Published and distributed under permit (No. 170) authorized by the Act of Oct. 6, 1917, on file at the Post Office of Garden City, New York. By order of the President. A. S. Burleson, Postmaster General.

# Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo




## Sumario:



DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL: VOLUMEN V SEPTIEMBRE DE 1921 NÚMERO 3

# INTER-AMÉRICA

EL propósito de INTER-AMÉRICA es contribuir a la comunidad de ideas entre los pueblos de América, concurriendo a vencer la barrera del lenguaje, que tiende a separarlos. Se edita alternativamente, un mes en español, comprendiendo artículos traducidos de la literatura periodística de los Estados Unidos y el Canadá, y otro en inglés, traduciendo igualmente artículos publicados por la prensa de las naciones americanas de habla española o portuguesa.

INTER-AMÉRICA sirve así de vehículo para la difusión internacional de artículos que ya hayan circulado en los diferentes países. No publica artículos originales ni editoriales propios. Traduce simplemente lo que se haya publicado, sin hacerse responsable por las ideas en ellos expresadas, de manera que el lector de las diversas naciones americanas tenga fácil acceso al pensamiento corriente en cada una de ellas.

INTER-AMÉRICA se ha fundado a instancias de la Dotación de Carnegie para la Paz Internacional, uno de cuyos objetos es cultivar sentimientos amistosos entre los habitantes de países diversos y fomentar la buena inteligencia y la comprensión mutua entre las diferentes naciones.

INTER-AMÉRICA se redacta en 407 West 117th Street, Nueva York, quedando la impresión y reparto a cargo de la casa editora de Doúbleday, Page y Compañía, de la ciudad de Nueva York.

---




PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

| | |
|---|---|
| INTER-AMÉRICA inglesa (6 números) . . . . | $ .80 anuales |
| INTER-AMÉRICA española (6 números) . . . | .80 anuales |
| INTER-AMÉRICA inglesa y española (12 números) . | 1.50 anuales |
| Número suelto de cualquiera edición . . . . . . | .15 cada uno |

*Diríjase toda la comunicación a*

INTER-AMÉRICA

407 WEST 117TH STREET — NEW YORK, E. U. DE A.

# ¿Ha Enviado Usted Agentes Comerciales a Estos Bazares?

CONSTANTINOPLA, Bombay, Calcuta: *¡el nombre mismo despierta visiones de comercio floreciente!* Pero desgraciado del agente comercial que se precipita pretendiendo arrollar el mercado en forma sensacional. Penetrado de las costumbres que se establecieron firmemente muchos siglos antes de que Colón saliera de España, el pueblo no cede con facilidad a las insinuaciones de los extranjeros.

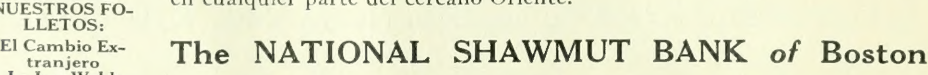
Busque un fabricante que haya establecido un mercado para sus productos en el Oriente y habrá hallado usted un *paciente creador* cuya visión va más allá del lucro inmediato. En la importación o la exportación, el éxito allí depende de ganarse poco a poco la confianza de aquellos mercaderes hábiles, *que sujetan a prueba los productos antes de darles fe.*

El National Shawmut Bank está representado en todos los centros importantes por bancos locales influyentes con los cuales está afiliado. Nuestro servicio de investigación e información comercial es un beneficio positivo que derivan los clientes del Shawmut; y particularmente valioso para quienes inician sus esfuerzos para la venta de sus artículos en cualquier parte del cercano Oriente.



**ESCRIBA POR COPIAS DE NUESTROS FOLLETOS:**

**El Cambio Extranjero**
**La Ley Webb**
**La Ley Edge**
**Aceptaciones**
**Escandinavia**



**The NATIONAL SHAWMUT BANK *of* Boston**

**Capital, Superávit y utilidades sin repartir, $22,000,000**

**BOSTON, E. U. A.**



# Retrato Kodak

Hecho con una Kodak Autográfica Junior No. 2 C, equipada con lente Kodak Anastigmático *f*.7.7. y Aditamento Kodak para Bustos. Reproducción del tamaño exacto.

## *También usted puede hacer retratos como éste*

El Aditamento Kodak para Bustos es un lente adicional que se ajusta sobre el lente corriente con que está equipada la cámara, modificando el foco, y permitiendo hacer retratos más de cerca, con toda corrección y del tamaño completo de la película como se observa en la ilustración.

EASTMAN KODAK COMPANY, Rochester, N. Y., E. U. de A.

KODAK ARGENTINA, Ltd.
Corrientes 2558, Buenos Aires

KODAK BRASILEIRA, Ltd.
Rua Camerino 95, Rio de Janeiro

# Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo




## Sumario:




DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL: VOLUMEN V SEPTIEMBRE DE 1921 NÚMERO 3

# DATOS BIOGRÁFICOS

SOBRE LOS AUTORES DE LOS ARTÍCULOS QUE APARECEN EN ESTE NÚMERO

JOHN BURROUGHS nació en Róxbury, Nueva York, abril 3 de 1837; murió el 29 de marzo de 1921; fué maestro de escuela durante varios años de su juventud; sirvió como empleado del tesoro de los Estados Unidos desde 1864 hasta 1873, y como revisador nacional de bancos desde 1873 hasta 1884; desde esa fecha hizo vida de agricultor, dedicándose al mismo tiempo al cultivo de los frutos materiales e intelectuales; fué miembro de varias sociedades científicas; entre sus obras pueden mencionarse *Wake Robin; Winter Sunshine; Birds and Poets; Locusts and Wild Honey; Fresh Fields; Signs and Seasons; Indoor Studies; Whitman, a Study; The Light of Day; Literary Values; Ways of Nature.*

JULIUS KLEIN nació en San José, California, en 1886; se educó en las escuelas primarias de su estado natal, en la University of California, en la Hárvard University y en la Université de París; ha sido profesor de historia y economía latinoamericanas en la Hárvard University, director de la división latinoamericana del departamento nacional de comercio, agregado comercial de la embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires, y es actualmente director del Bureau of Foreign and Domestic Commerce, ofécina del departamento de comercio de los Estados Unidos.

JÓSEPH HÉRGESHEIMER nació en Filadelfia, Pennsylvania, 5 de febrero de 1880; fué educado en Filadelfia; es literato y autor de *The Lay Antony; Mountain Blood; The Three Black Pennys; Gold and Iron; Java Head; The Happy End; Linda Condon;* y de numerosas historietas de revista.

GÉRTRUDE HALL, esposa de W. C. Brownell, nació en 1863; educóse en Italia; es novelista: autora de *Far from to-day; Allegretto; Foam of the Sea; The Hundred, and Other Stories; April's Sowing; The Unknown Quantity; The Truth about Camille;* y de numerosas historietas.

J. PIJOÃN es un institutor y literato catalán, particularmente interesado en arte y arqueología; es autor de la *Historia del arte,* publicada por Salvat, Barcelona; reside en Toronto, Canadá, y presta sus servicios como maestro de español en la University of Toronto.

EARL DERR BIGGERS nació en Warren, Ohío, 24 de agosto de 1884; completó sus estudios en la Hárvard University; es periodista y literato, y autor de *If You're only Human; Seven Keys to Baldpate;* y otras comedias.

CHARLES HENRY MÉLTZER nació en Londres, Inglaterra; fué educado en Londres y París; ha sido corresponsal de *The Chicago Daily Tribune* en París, y corresponsal especial y regular del *New York Herald* en París, Roma, Londres, Madrid, Berlín, Cairo, etcétera; vino a los Estados Unidos en 1888; desde entonces ha sido el crítico dramático y musical del *New York Herald,* secretario y ayudante de Maurice Grau y Héinrich Cónried, corresponsal de *The London Chronicle,* y colaborador en varias revistas; es autor de numerosas piezas teatrales que han conquistado gran favor.

NORMAN FÓERSTER nació en Píttsburgh, Pennsylvania, 14 de abril de 1887; educado en la Hárvard University y la University of Wisconsin; es profesor de inglés en la University of North Carolina; y autor de *Outlines and Summaries; Sentences and Thinking* (en colaboración con J. M. Steadman, hijo); y de numerosos artículos.

# LOS PLACERES DEL NATURALISTA

POR

JOHN BURROUGHS

El artículo que a continuación publicamos adquiere mayor interés por ser uno de los últimos que escribió John Burroughs, eminente naturalista norteamericano fallecido hace poco. Era un anciano benévolo, de alma plácida y serena, que había conservado toda su frescura al contacto de la naturaleza. Su artículo revela diversas fases del admirable espíritu del autor: su amor por la naturaleza y por la humanidad, su filosofía jovial, sus observaciones y conocimientos vastos y profundos. Leyéndolo sentimos el aura bienhechora de los campos, una frescura espiritual que nos aleja de la vida turbulenta de las grandes metrópolis y de las tensas emociones de los negocios, a la par que el asombro ante la inmensidad de vida que palpita en torno nuestro y de la que tan a menudo nos conservamos inconscientes. Niño aún, John Burroughs se escapaba de la escuela para vagar a campo abierto o internarse en medio de las selvas. Allí perdíase más tarde a meditar e "invitar a su alma," según la hermosa frase de Walt Whitman. Era amigo íntimo del poeta, sobre quien escribió un libro. Realizaba excursiones de exploración con John Muir y Théodore Róosevelt; llamaba al primero "naturalista de las sierras," y al segundo "naturalista de la Casa Blanca." Burroughs estuvo también íntimamente relacionado con Édison, Maxim y Fírestone. Édison consideraba al sabio "uno de los tipos más elevados en la evolución humana." Desde su primera juventud, se dedicó Burroughs a la literatura, y se refiere que vendió en la escuela una poesía por ochenta centavos a uno de sus condíscipulos, hábil y pequeño negociante que más tarde llegó a ser un gran financista. Sin embargo, las necesidades de la vida obligaron a John Burroughs a dar lecciones en las escuelas públicas y a aceptar un empleo en el departamento de estado. Más tarde fué inspector bancario; pero abandonó la oficina para vivir en el campo tan pronto como sus medios se lo permitieron. Entonces comenzó su obra fecunda. Colaboró en numerosas revistas, escribió tratados importantes sobre la vida animal y vegetal, y artículos de amena y penetrante filosofía. Después de una vida noble, sencilla, sana y fecunda, muere John Burroughs dejando tras sí las pruebas de su admirable labor. Descansa feliz en medio de los bosques y hermosos árboles donde, de acuerdo con sus deseos, fué sepultado.—LA REDACCIÓN.

¡CUÁNTA plenitud de vida existe en el menor rincón y grieta de la naturaleza, especialmente en nuestra templada zona septentrional! Este hecho se presentó vivamente a mi espíritu durante algunos días de junio que pasé ocupado en reparar los caminos de la granja donde había nacido. Remover las gastadas y ruinosas rocas amontonadas en grupos descuidados era como abrir un pequeño museo biológico y geológico, tal era la cantidad de pequeños seres que crecían a su amparo. La vida animal se ostentaba exuberante, desde la rayada ardilla roja hasta hormigas y arañas. Las ardillas se alarmaron en su nido a cincuenta centímetros o quizá más hondo debajo de las apiladas rocas. Había dos de ellas en un suave y abrigado nido de hojas secas y desmenuzadas de arce. No esperaron que las arrojáramos, sino que apenas oyeron el estrépito escaparon precipitadamente. Me sorprendió encontrar dos juntas, porque hasta entonces sólo había visto una en cada nido. Una serpiente lechosa (*Euphorbia corollata*) se había deslizado en una grieta y quedó aplastada en el terremoto en miniatura que se produjo. Dos pequeñas serpientes coral (*Farancia abacura*) de casi treinta centímetros de largo se habían albergado también entre las piedras.

Las hormigas se dieron a la fuga en gran consternación cuando sus huevos quedaron de improviso al descubierto. Debajo de cada piedra había un curso vivo de historia natural. Algunos chicos me trajeron fragmentos de rocas que habían recogido y que servían de asilo a cierta variedad de las arañas de capullo. Una de éstas, pequeña y de rayas obscuras, llevaba su bolsa de huevos, del tamaño de un gran guisante, adherida a la parte posterior de su cuerpo. La bolsa se desprendió, y entonces la araña la recogió prontamente, acarreándola sujeta entre las patas. Otro fragmento de roca del tamaño del puño cobijaba una larva de cierta especie de mariposas, que todavía se hallaba pegada al capullo por la parte posterior. Era admirable observar cómo aquella envuelta criatura, ciega y sorda, se encogía y estiraba como si nos amenazara con sus iras por haber invadido su santuario. Casi, casi esperaba uno que los huevos se echaran también a protestar.

El naturalista encuentra así placeres por

doquier. Las soledades están pobladas para él. Cada paseo matinal o vespertino está lleno de interés para la vista y el oído.

El naturalista innato es uno de los seres más felices de la tierra. Ya reine el invierno o el verano, ya llueva o brille el sol, encerrado en su morada o a campo abierto, encuentra siempre los placeres a su alcance. El gran libro de la naturaleza está desplegado ante su vista, y sólo necesita volver las hojas.

Cierta amiga mía, sentada en días pasados en un sillón de nogal en el vestíbulo de mi casa, mostrábase inquieta por los revuelos de una avispa solitaria que parecía querer instalarse en el sillón. Llevaba ésta un gusanillo entre las patas. Mi amiga la espantaba a veces, tan sólo para verla regresar muy pronto. Díjele que la avispa no intentaba picarla, sino que probablemente tenía su nido en alguna grieta del sillón. Y en efecto, tan pronto como se tranquilizó, escurrióse el insecto por una pequeña abertura al extremo de uno de los brazos de la silla y depositó allí su gusano, volviendo en seguida con otro, después con el tercero, y luego con el cuarto; y antes de que terminara la tarde, vino trayendo pedacitos de lodo y cerró herméticamente la abertura.

Mi paseo matinal hasta el bosque de hayas me procura a menudo ocasión de adquirir nuevos conocimientos y contemplar nuevos aspectos de la naturaleza. Esta mañana vi a un colibrí bañándose en las grandes gotas de rocío depositadas en las hojas de un pequeño fresno. Había visto a otros pájaros bañarse en el rocío o las gotas de lluvia que quedan entre el follaje, pero no sabía que el colibrí se bañara.

Descubrí también que las telarañas del camino, húmedas como se hallaban entonces por la niebla matutina, adquieren tintes prismáticos. Cada red de telarañas estaba salpicada de diminutas esferas de rocío y desplegaba todos los colores del arco iris. Observé que en todas ellas se reflejaba el extremo de un pequeñito arco iris; y avanzando uno o dos pasos, descubrí el otro extremo. Naturalmente, en área tan reducida no podía ver el arco completo. Estos fragmentos son tan inaccesibles como el arco iris del firmamento. También noté que cuando una gota de rocío suspendida toma los cambiantes de joya o despliega los tintes del arco iris, sólo es posible contemplar una al mismo tiempo, ya se mire hacia la derecha o hacia la izquierda. Esto es asimismo una reflexión fragmentaria del arco iris. No debe darse crédito a quienes afirman que ven un gran despliegue de efectos prismáticos en el follaje de los árboles o en el césped después de la lluvia. Es posible contemplar las gotas de lluvia brillando al sol a semejanza de cuentas de cristal, pero no exhiben en conjunto tonos prismáticos: solamente se distinguen en una gota por vez los tintes del arco iris. Cambiando de posición es posible observarlos en otra, pero nunca se percibe un gran despliegue de efectos prismáticos en una sola ojeada.

EN MI paseo de la otra mañana volteé una piedra en busca de arañas y hormigas. Encontré hormigas, en efecto, y además dos celdas de una de aquellas solitarias abejas que cortan hojas para fabricar sus nidos (género *Megachile*) y que los muchachos llaman "abejas del sudor" porque acostumbran posarse en las manos y brazos húmedos por la transpiración como si anduvieran en pos de sal, que es probablemente lo que las atrae. Son del tamaño de las abejas que fabrican la miel, pero de color más claro, y tienen el abdomen amarillo y muy flexible. Llevan el polen en el abdomen y no en las patas. Las celdas que encontré eran de color castaño verdoso, y semejantes a un barril en miniatura donde estaba encerrado el polen con el huevo de la abeja. Cuando revienta el huevo, la larva encuentra a mano su alimento. Cada uno de estos barrilitos estaba cubierto en la parte superior con una docena de trocitos de hojas superpuestos, cortados en círculo como si fuera a compás, y de tamaño exacto a la circunferencia del cilindro. Las paredes del pequeño barril estaban formadas de pedacitos de hojas en figura oblonga, como de un centímetro de ancho por centímetro y medio de largo, perfectamente comprimidos uno contra otro hasta una docena de láminas de espesor, y dispuesto el conjunto de la manera más ingeniosa.

En mi juventud he visto a veces a estas abejas cortando las hojas para obtener el

material para sus nidos. Sus mandíbulas trabajan con la perfección de tijeras. Una vez que han cortado sus trocitos oblongos o circulares los enrollan y emprenden el vuelo sujetándolos entre sus patas. He observado cómo los transportan y los introducen en el fondo de las pequeñas hendeduras de cercas viejas o de antiguos postes de madera. Nada sé, sin embargo, con respecto al período de incubación.

NO HACE mucho que publiqué en una de las revistas importantes sobre el arco iris un artículo en que trataba de otro fenómeno conocido como succión del agua por el sol, haciendo observar que es tan ilusorio e inaccesible como el arco iris. El observador se encuentra siempre exactamente frente al centro, esto es, frente a los rayos verticales, apareciendo la mitad de la reflexión sobre su mano derecha y la otra mitad sobre la izquierda, sin que el movimiento en cualquier sentido haga variar esta relación. Cuando el sol está a media hora o algo más de altura sus rayos se extienden ampliamente en ángulo muy agudo. Conforme asciende en el firmamento los rayos se recogen, digámoslo así, y asumen aspecto diferente; pero siempre en forma de un gran abanico abierto en las cuatro quintas partes de su extensión, como sucede cuando una persona lo maneja. Supongamos un abanico ordinario de dobleces; amplifiquémoslo hasta mil seiscientos metros de largo y ancho en proporción; e imaginando que pende del firmamento, tendremos una idea bastante aproximada de este fenómeno. Muchos corresponsales, entre ellos estudiantes universitarios de física, me escribieron que estaba engañado, que los rayos son en realidad paralelos; citaban el caso de las líneas ferroviarias en que, cuando nos encontramos colocados en situación de ver una larga extensión de rieles, las líneas paralelas convergen en la perspectiva hasta el punto de parecer encontrarse. Pero el punto débil de esta explicación, si otro no hubiera, es que los rieles, como cualquier otro sistema de líneas paralelas en la superficie terrestre, pueden observarse de flanco si cambia de posición el observador, en tanto que es imposible encontrar el flanco de las líneas que produce el sol en la absorción del agua. Se mantienen exactamente al frente, por más rápido o lejos que se avance. ¿Por qué, entonces, convergen los extremos en las nubes como si partieran del sol en lugar de encontrarse a más de ciento sesenta y cinco millones de kilómetros de distancia? No lo sé. Me inundaron de explicaciones basadas, decían, en leyes de perspectiva; pero olvidando siempre el hecho principal, esto es, que la aparición se produce siempre exactamente al frente del observador, como dije antes, lo mismo que sucede con el arco iris. Debe recordarse que estas líneas se producen en la atmósfera en plano vertical v no horizontal. Probablemente tienen al rededor de dos kilómetros de longitud, y el olservador se encuentra por lo general a dos kilómetros de distancia, aproximadamente, y bajo la sombra de las nubes.

Lo grande y lo pequeño son iguales en la naturaleza. En lagos y ríos se observan arco iris perfectos producidos por las diminutas gotas o esferas de niebla que quedan en la superficie. En las mañanas claras después de una niebla veo arco iris en las telarañas de los caminos. Cada hilo de la red está salpicado de estas diminutas esferas de vapor, semejando cuentas ensartadas.

En su artículo sobre el arco iris dice Týndall que una línea tendida desde el sol hasta el punto más elevado del arco, y desde el observador hasta el mismo punto, marca siempre un ángulo de cuarenta y un grados; hecho que demuestra por sí solo cuán inalterable es nuestra relación con tales fenómenos.

LAS GOLONDRINAS, al surcar el aire en busca de insectos, no se tiran repentinamente sobre la presa como los verdaderos papamoscas. Su abierto pico es una especie de red que tienden en el aire, volando con la rapidez de aeroplanos. Hace unas cuantas semanas, aunque el aire estaba frío, había muchos insectos de diáfana pelusilla que variaban en tamaño desde el mosquito hasta el cínife, y se mantenían cerca de la tierra. Yo estaba sentado en una roca hacia el lado del sol, mirando cómo pasaban los vencejos en su raudo vuelo. Uno pasó a tres metros de distancia, volando en derechura hacia un insecto muy visible que desapareció en su abierto pico con la rapidez del relámpago. ¡Cuántos

centenares o cuántos millares de insectos devorarán así diariamente los papamoscas! ¡Y qué número tan enorme de insectos consumirán en el transcurso de una estación las moscaretas, currucas y demás aves que hacen de ellos su alimento principal! La State Agricultural Society of Kansas estima que el número de pájaros asciende a doscientos cincuenta y seis millones en aquel estado, cálculo que probablemente no es exagerado; pero sí lo es el que destruyan anualmente quinientos setenta y seis millones de libras de insectos. Por lo menos la mitad de los pobladores alados se alimenta de semillas, lo cual rebajaría la proporción a doscientos ochenta millones de libras aproximadamente. La otra mitad, las moscaretas, currucas, pájaro-moscas y demás, permanecen en estas regiones tan sólo una tercera parte del año, lo cual disminuiría otra vez en gran escala la proporción. Doscientos millones de libras sería un cálculo bastante liberal, y que reduciría, sin embargo, los supuestos cuatrocientos ochenta trenes de cincuenta vagones, o sea veinticuatro mil vagones conteniendo veinticuatro mil libras cada uno, a mucho menos de la mitad del número indicado. Con todo, aun así salvarían los pájaros anualmente muchos millones de dólares a los agricultores de Kansas.

APENAS si se sospecha cómo hierven de vida las selvas y las orillas de los caminos. Vemos muy poco de esta vida a menos que nos detengamos a observar y esperar. Las criaturas silvestres usan de mucha cautela para revelarse: sus enemigos están siempre al acecho. Durante la noche ciertos bosques están llenos de ligeras ardillas que nunca se dejan ver de día, salvo algún incidente inesperado. Además, hay muchos merodeadores nocturnos: mofetas, zorros, coatíes, visones y hubos; sí, buhos y ratones.

Muy rara vez se ve a los ratones silvestres. Sólo en una ocasión he sorprendido al pequeño y astuto topo, a pesar de que sé que es muy activo por la noche. Cierta vez armé en el bosque una trampa de las llamadas "de ilusión," cerca de unas rocas donde no tenía el menor motivo de sospechar que hubiera más ratones que en cualquier otro lado; y dos días después encontré la trampa literalmente atestada de estos roedores, media docena por lo menos.

Cuando se levanta una piedra en el campo puede observarse la consternación que cunde entre los pequeños seres que se encuentran debajo—hormigas, babosas, escarabajos, gusanos, arañas—resistiéndose todos a la luz del día, no porque sean dañinos, sino simplemente obedeciendo al instinto de conservación. Mientras escribo estas líneas una ardilla roja, que tiene su nido en la pequeña eminencia al borde del camino, está muy atareada almacenando las grosellas en sazón que maduran entre la maleza a pocos metros de distancia. Por cierto que las grosellas fermentarán y se pudrirán, pero esto no la preocupa: siempre quedarán las semillas que es lo que constituye su alimento. A principios de verano, cuando aun no han madurado las nueces ni los granos, las dificultades para la subsistencia son grandes entre los pequeños roedores, que se ven obligados a recurrir a toda clase de expedientes.

CON respecto a esta plenitud de vida en los rincones escondidos de la naturaleza dice Darwin del globo en conjunto:

> Por más que se afirme que el mundo es inhabitable, ya sea en los lagos salados o en los lagos subterráneos, bajo las montañas volcánicas o en los calientes manantiales de agua mineral, en la ancha extensión y profundidad del océano, en las regiones superiores de la atmósfera, y aun en las superficies cubiertas de nieve perpetua, en todas partes se encuentran seres orgánicos.

Jamás ha habido amante alguno de historia natural tan ardiente como Darwin. Escudriñaba el gran documento biológico del globo como nadie lo había hecho en épocas anteriores. Durante el viaje del *Beagle*[1] no se economizaba penalidades con tal de aumentar su caudal de conocimientos. Abandonando las comodidades del buque, mientras a bordo levantaban planos, hacía excursiones de centenares de kilómetros a lomo de mula, internándose en regiones

---

[1]Buque en que Darwin emprendió viaje para llevar a cabo sus exploraciones de naturalista. Era un barco de doscientas treinta y cinco toneladas, al mando del capitán Fítzroy. Zarpó el 27 de diciembre de 1831, regresando el 2 de octubre de 1836. Anteriormente se había enviado este mismo buque a levantar planos en la costa de la América del Sur.—LA REDACCIÓN.

ásperas y peligrosas con el objeto de acumular nuevas observaciones. Con un poco de hierba y agua para su montura, y geología o botánica o zoología o antropología para él, conceptuábase el hombre más feliz del mundo. En las grandes altitudes de los Andes se sufre a causa de la rarefacción del aire cierta angustia de la respiración que los naturales llaman "soroche," y para combatir la cual acostumbran comer cebollas. Darwin decía, guiñando el ojo: "En cuanto a mí, nada me sienta mejor que las conchas fósiles."

Su viaje en el *Beagle* es una revista completa de la ciencia de la historia natural. Nunca hasta entonces se había escudriñado y pasado así por la criba una región en busca de hechos biológicos. En lagos y ríos, en bosques y pantanos, por doquiera, penetraban sus ojos insaciables. Las obras de Darwin se leen y vuelven a leer con propósitos diversos. Si uno se interesa en insectos, busca este tema en sus libros; si en aves, allí se acude en pos de conocimientos; si en mamíferos, en fósiles, en volcanes, en antropología, se lee a Darwin encontrando amplia información sobre cualquiera de estas materias. Recientemente, estaba yo preocupado con el problema del alto vuelo circular del cóndor, y volví a leer sus obras; por supuesto, Darwin había asimismo estudiado y dominado el tema. Si está uno interesado en saber si los característicos rasgos biológicos de los continentes de la América del Norte y la América del Sur son similares o desemejantes, encuentra allí lo que desea saber. Se enterará de que las diversas clases de luciérnagas y gusanos de luz de la América del Sur son las mismas que existen en la América del Norte; que cuando se pone boca arriba al escarabajo, salta en el aire y da la vuelta sobre sí mismo cayendo sobre sus patas, de igual manera que lo hacen los ejemplares conocidos de nuestras especies; que los hongos obscenos, o *Phallus*, infestan los bosques tropicales como especies análogas infestan nuestros prados y dehesas; y que las avispas albañilas (*Pelopæus lanatus*) acarrean a su arcilloso nido arañas semimuertas para alimento de sus larvas, lo mismo que en la América del Norte. Naturalmente hay nuevas especies de vida animal y vegetal, pero no en gran abundancia. Darwin tiene siempre en cuenta la influencia del medio en la modificación de las especies.

EL NATURALISTA puede darse por satisfecho con un día de pequeños descubrimientos. Si llega a descifrar siquiera una palabra, así sea de una sílaba, en el gran libro de la naturaleza, adelantará sus conocimientos en gran manera. Yo descifré una de estas palabras la otra mañana observando que las marcas de un tierno pero completamente emplumado pinzón de las nieves (*Junco hiemalis*) eran semejantes a las del gorrión vespertino. En los pájaros tiernos se ostentan siempre por breve período las marcas distintivas de las aves de la familia de que son originarios. Así nuestros petirrojos tienen el pecho manchado revelando su parentesco con el zorzal, y el pinzón de las nieves descubre en las rayas del pecho y dorso, y en las blancas plumas laterales de su cola, la analogía de familia con el pinzón corriente o gorrión vespertino. El tono pizarra hace desaparecer pronto la mayor parte de estos signos, permaneciendo, sin embargo, las blancas plumas de la cola. El gorrión vespertino no sigue los hábitos de anidar de sus antecesores. Hace su nido en el suelo, a campo abierto; pero el pinzón de las nieves elige alguna eminencia musgosa o montecillo a orillas del camino, construyéndose un artístico nido de hierba seca y de fibras tan bien disimulado que el transeunte rara vez llega a descubrirlo.

Descifré otra pequeña palabra acerca de ciertas rocas de las montañas Cátskill, mi comarca natal, al encontrar cierta clase de piedra arenisca, lisa, gris azulada, que, cuando se parte con ayuda de punzones de acero y un gran martillo, o se hace estallar con dinamita, presenta a la vista, en vez de la gris y pulida superficie, una capa roja que parece una especie de fango esmaltado o sometido a un proceso de electrotipia. Aparentemente data desde los primeros días fangosos de la creación. Tengo una de estas piedras en el dintel de la puerta de entrada en Wóodchuck Lodge; y es divertido observar cómo la atacan con jabón y agua caliente los barrenderos y limpiadores de umbrales sin que sus esfuerzos obtengan la menor recompensa. En ninguna otra parte he encontrado rocas cubiertas así del

lodo primitivo. La formación de agua dulce de las rocas de las montañas Cátskill explica en cierto modo esta circunstancia.

TODO el mundo se interesa en los cambios de temperatura, pero el naturalista los observa con el objeto de descubrir algo de las leyes a que obedecen. En cierta estación me conquisté fama de profeta del tiempo anunciando que el primer día de diciembre haría un frío muy intenso. Era muy fácil predecirlo. Había visto en Detroit un pájaro del lejano norte, ave que jamás había contemplado hasta entonces: el picotero o *Ampelis*. Se cría en el círculo ártico, y es común a ambos hemisferios. Pensé entonces que si los pájaros árticos descendían hacia el sur, era indudable que venía tras ellos una onda fría. Y así sucedió efectivamente.

Cuando no hay pájaros que auguren el carácter probable del próximo invierno, ¿en qué signos se puede confiar? En éstos: cuando se presentan en diciembre cambios súbitos y violentos de frío y de calor en la temperatura, el invierno será interrumpido: no habrá frío continuado. He dicho en alguna otra parte que el zumbido de abejas en diciembre es el *réquiem* del invierno; pero cuando la estación sigue un curso regular, aumentando el frío paulatina y constantemente en noviembre y diciembre sin precipitaciones ni violencias, entonces hay que prepararse para un bonito invierno.

En cuanto a la humedad o sequía del verano, es fácil guiarse por las lluvias de la costa del Pacífico: si son escasas en la costa occidental, ello significa que habrá exceso en la oriental. Durante los cuatro o cinco años recientes escasearon las lluvias a tal punto en California que se dejaba sentir inquietud general por la diminución continuada de la provisión de agua en diques y represas; y todos los lugares que conozco de Nueva York y Nueva Inglaterra tuvieron estaciones muy lluviosas de verano, inundaciones a mediados de estación, y fuentes y manantiales rebosantes en todo el tiempo, siendo las sequías pasajeras y locales.

Acostumbramos decir: "tan variable como el tiempo," aun cuando las leyes meteorológicas son bastante definidas. Todos los signos fallan en la sequía, como fallan asimismo en las estaciones lluviosas. A veces el viento sur no trae lluvia, y otras el viento norte y el noroeste aportan grandes chubascos. La complejidad de condiciones en un área continental de ríos y lagos y cadenas de montañas es demasiado vasta para pretender descifrarla: es inherente a la naturaleza de las cosas. Es una de las fuerzas y potencialidades que existen en la materia. No podemos penetrarla.

PARÉCEME razonamiento erróneo la comparación que usa Wílliam James en sus conferencias sobre la inmortalidad humana. El cerebro, admite, es el órgano del pensamiento; pero el pensamiento, afirma, tiene únicamente con el cerebro la relación que tienen los alambres con la corriente eléctrica de que son transmisores, o la que un tubo de cañería tiene con respecto al agua que transporta.

Ahora bien: la fuente de donde emana la corriente eléctrica es ajena al alambre que la transmite, y sólo puede tener una relación fugitiva con el material exterior a través del cual funciona. Mas, por reducidos que sean nuestros conocimientos, sabemos que el espíritu o intelecto humano es parte integrante del cuerpo del individuo, se origina en el cerebro y en el sistema nervioso; de donde se deduce que el pensamiento y el órgano por intermedio del cual se manifiesta son uno en esencia.

La analogía del cerebro con la batería eléctrica o con el dinamo donde se origina la corriente es la única lógica y aceptable.

Máeterlinck lo expresa sabiamente cuando dice:

> El insecto no pertenece a nuestro mundo. Los demás animales, aun las plantas, a pesar de su vida muda y de los grandes secretos que atesoran, no parecen del todo ajenos a la humanidad. A despecho de todo, sentimos una especie de fraternidad terrestre con ellos. . . . En el insecto hay algo, por otra parte, que no pertenece a las costumbres, la ética, la psicología, de nuestro globo. Casi se siente uno tentado de decir que los insectos vienen de otro planeta más monstruoso, más enérgico, más insensato, más atroz, más infernal, que el nuestro.

Ciertamente más cruel y monstruoso que el nuestro. Entre las arañas, por ejemplo, la hembra devora al macho y a menudo a su propia prole. El escorpión procede

de idéntica manera. No sé que suceda nada semejante entre los animales terrestres fuera del mundo de los insectos.

Los insectos viven, a la verdad, en una tierra maravillosa de que apenas tenemos concepción. Todas nuestras facultades existen en proporción inmensamente exagerada entre aquellos pequeños seres. Sus facultades les permiten conocer la íntima constitución molecular de la materia con mucho mayor exactitud de lo que nos es posible a los hombres a favor de nuestros groseros análisis químicos. El mundo está agitado por vibraciones toscas y delicadas de las cuales nuestros sentidos pueden percibir solamente las más lentas. Si exceden de tres mil por segundo son demasiado agudas para nuestros oídos. El tambor y tubos auriculares de los insectos son extremadamente finos. Aquello que para nosotros es un ruido continuo, para ellos es una serie de golpes separados. El oído humano comienza a sentir los golpes como rumor continuado cuando ascienden aproximadamente a treinta por segundo. La mosca casera tiene cuatro mil lentes ópticos por término medio; la mariposa de berza (*Pieris*) y la libélula, diecisiete mil más o menos; y ciertas especies de insectos poseen hasta veinticinco mil. Apenas podemos concebir el agitado mundo en que viven los insectos, vibrante y penetrante a extremo tal que nos enloquecería. Si poseyéramos igual visión microscópica, ¡cuánto cambiaría el aspecto del mundo! Veríamos una bocanada de humo como una bandada de pequeñas mariposas azules, y el zumbido de un mosquito resonaría en nuestros oídos como el vibrante son de una trompeta. De otro lado, mucho de lo que nos molesta puede escapar a los insectos, porque sus sentidos son demasiado finos para percibirlo. Es indudable que ellos no escuchan el retumbar del trueno ni sienten el rumor del terremoto.

Los insectos son, por varias razones, mucho más sensibles que nosotros al frío y al calor. El número de ondas etéreas que nos da la sensación del calor es de tres o cuatro millones de millones por segundo. El número de vibraciones requeridas para producir la luz roja se estima en cuatrocientos setento y cuatro millones de millones por segundo; y de seiscientos noventa y nueve millones de millones por segundo para producir la luz violada. No hay duda de que los insectos reaccionan de acuerdo con todos estos diferentes grados de vibración. Aquellos maravillosos instrumentos llamados antenas parecen ponerlos en contacto con un mundo del cual los hombres nos hallamos enteramente inconscientes.

LA VIDA se ha comparado a muchas cosas: a un viaje, con sus tempestades y corrientes adversas y al cabo su abrigado puerto; al día, con su mañana, tarde y noche; a las estaciones, con su primavera, verano, otoño e invierno; a una partida de juego, una escuela, una batalla.

En una de sus arengas a los obreros comparaba Húxley la vida a una partida de ajedrez. Necesitamos aprender los nombres, el valor y el movimiento de cada pieza, y todas las reglas del juego, si queremos ganar la partida. El mundo es el tablero, las piezas son los fenómenos del universo, las reglas del juego son lo que llamamos leyes naturales. Pero es dudoso que esta comparación haya sido feliz. La vida no es una partida de juego en el sentido de que no es una diversión ni un pasatiempo ni un torneo para derrotar a un contendor, salvo en episodios aislados e incidentales. El dominio del ajedrez no servirá de mucho para dominar la vida. La vida es una tarea diaria, una lucha en la cual las fuerzas que entran en juego por ambos lados son mucho más variadas e intangibles que las del tablero de ajedrez. La vida es cooperación con otras vidas. Se triunfa ayudando a otros a triunfar. Imagino que los negocios tienen más semejanza que la vida con los incidentes de una partida de juego: la ganancia significa a menudo la pérdida de otro, y se procura con toda deliberación sobrepasar a rivales y competidores; pero en la vida sana y normal hay muy poca analogía con partida de juego alguna.

Todos necesitamos dinero o su equivalente. Existen tres grandes factores: el dinero, la producción y el trabajo; siendo el trabajo el más poderoso de los tres. El trabajo es la suma de todos los valores. El valor de las cosas está en armonía con la labor que requieren para su producción y obtención. Si hubiera oro en abundancia

y la plata fuera escasa, este último metal sería el más precioso. Los hombres que manejan la azada y el arado, y los que trabajan en las minas de hierro y de carbón cuentan en primera línea. Estos hombres arrancan a la naturaleza aquello que todos necesitamos, cosas que no se encuentran en poder ni bajo la custodia de nadie que procura mantenerlas fuera de nuestro alcance o arrebatarnos nuestras capacidades y recursos.

El símil del ajedrez tiene únicamente valor retórico. Los obreros de Londres a quienes se dirigió Húxley buscarían en vano en sus problemas de la vida algo que se asemejara a una partida de ajedrez, o alguna idea aprovechable por analogía. Con toda probabilidad eran mecánicos, comerciantes, artesanos, carreteros, lancheros, pintores o cosa por el estilo, y conocían por propia experiencia las fuerzas contra las cuales habían de luchar. Pero, ¿cuántos de los triunfadores en la vida poseen conocimiento práctico de las fuerzas y condiciones que deben afrontar, semejante al que poseen los jugadores de ajedrez acerca de los peones y caballos y alfiles y reyes y reinas del tablero?

Húxley era casi siempre emocional y convincente, sin embargo, y usaba imágenes de lógica más poderosa que las que emplean muchos escritores.

La vida puede compararse con más exactitud a un río que brota en una montaña o en un manantial de la ladera, con su espumosa, brillante y rumorosa juventud, con su volumen mayor, reposado y poderoso más tarde, y luego con el movimeinto plácido y sereno de su curso hacia el mar. ¡ Bendita sea la vida que se purifica constantemente como las aguas corrientes; que se presta a nobles usos, sin salirse nunca de madre ni convertirse en fuerza destructora!

EN DÍAS pasados recibí una carta de cierto individuo que deseaba saber por qué los ratones campesinos roen y descortezan los manzanos cuando una espesa capa de nieve cubre la tierra. ¿Era acaso porque encontraban difícil atravesar la nieve gruesa y helada para salir a la superficie en busca de semillas para su alimento? Parecía ignorar que el ratón campesino no vive de semillas sino que se alimenta de hierbas y raíces, y se mantiene oculto bajo la tierra durante el día, aprovechando de salir de sus escondrijos y agujeros cuando cae espesa nevada para gozar alegres días de ocio y libertad debajo de la nieve, a salvo de gatos, zorros, buhos y halcones. La vida se convierte entonces en una especie de *picnic* para el ratón del campo. Construye nuevos nidos en la superficie del terreno, abre nuevas sendas, y se solaza con gran recogijo al parecer. La nieve es su protección. Descorteza los árboles a su gusto. Cuando desaparece la nieve terminan las fiestas invernales, y se retira a sus escondrijos dentro de la tierra y debajo de las chatas piedras, viviendo de nuevo en continua alarma.

SENTADO en mi pórtico la primavera pasada, envuelto en mantas, y convaleciente de una ligera indisposición, me hallaba en estado de ánimo apropiado para interesarme en los aspectos diarios que la naturaleza desplegaba ante mis ojos: las lilas blancas y violadas, las hojas de arce casi en pleno desarrollo, las pendientes franjas de los amarillentos renuevos de los castaños y robles, los verdes vástagos de las parras, y todo lo demás. Esto era únicamente el marco o fondo de la vida silvestre que hervía en derredor.

Los pájaros son como chiquillos que se asoman a mirarme furtivamente o se quedan contemplándome con curiosidad entre el follaje de este gran templo de árboles. Hay reyezuelos, petirrojos, pájaros azules, tordos, silvias, y a veces otros visitantes de especies más raras. Pocos días ha una curruca se asomó de pronto por el suelo a la vuelta de la casa, y avanzó hasta las gradas del vestíbulo mirándome atrevidamente. Cuando me levanté para echar una ojeada sobre la verja, el pájaro había desaparecido. Luego vino una curruca manchada del Canadá, deslizándose entre los arbustos de lilas y arbolillos de jeringuilla, y quedó contemplándome de hito en hito. La curruca macho del este apareció entre las siemprevivas del tejado de la casa de piedra, pero no se dejó ver por acá en "El Nido." La hembra se acercó varias veces al sendero de cascajo, próximo al sitio donde yo me hallaba, evidentemente en busca de material para comenzar la fabricación de su

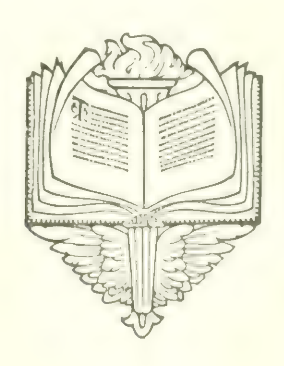
nido; en tanto que la hembra del reyezuelo, el incontenible reyezuelo, aparecía y desaparecía cada cinco minutos muy atareada acarreando material al cajón cololocado en la esquina del pórtico. ¡Cuán vehemente y dedicada avecilla! Y ¡cómo palpita el macho y vibra en la plenitud del canto! Ayer apareció un intruso. Macho o hembra, volaba hasta el cajón como a hurtadillas, revoloteaba sobre la cubierta, y se detenía para observar si la costa estaba libre. Procedía como si él mismo comprendiera que era un intruso. Rápido como un relámpago brotó un manojo de plumas castañas desde las ramas de un arce a nueve metros de distancia, y el propietario del cajón se le echó encima. El intruso no se detuvo a discutir; escapó precipitadamente, perseguido muy de cerca. No olvidaré el par de tordos que estaban fabricando su nido en un arce situado más o menos a quince metros de distancia. ¡Cómo me deleita verlos removerse en el suelo, con sus graciosos movimientos que son música para la vista! Las plumas de la cabeza y cuello del macho resplandecen, y hay algo de viril y elegante en su manchado pecho.

Un par de pájaros burlones tiene su nido en los matorrales de berberís al extremo sur de la casa, y se les ve a todas horas. Pero cuando el nido esté terminado, y comience la incubación de los huevos, se mantendrán alejados de la vista del público tanto como les sea posible. Se retirarán de la escena, ocultándose tras de bastidores.

Cierto día escuché desde mi asiento en el vestíbulo el canto del tordo de dorso verdoso entre los arbustos y matorrales de grosellas a pocos pasos de distancia. Inmediatamente me sentí transportado a las profundas selvas y arroyos de mis montañas natales. Oía el murmurio del agua y sentía la agreste frescura de aquellos retiros; ¡tal es la magia de la asociación de recuerdos! Pocos momentos antes una oropéndola macho de garganta amarilla había lanzado su aguda nota desde el arce cercano, mientras la hembra con su insistente arrullo contribuía a los sonidos desagradables. No me gusta la oropéndola; no tiene notas musicales, y en tiempo de vendimia su pico está siempre rojo o violado con la sangre de las uvas.

Con todo, la mayor parte de estos pequeños seres me hacen feliz y ponen un nuevo rayo de sol en los luminosos días de mayo. No podré olvidar fácilmente la visión de aquella curruca de especie rara asomándose para mirarme y desvaneciéndose luego detrás de la esquina del pórtico como una pequeña hada.

Para interesarse así por las aves no es suficiente estudiarlas en forma científica. Es necesario vivir entre ellas, tener relaciones diarias con los pájaros, por decirlo así, y cultivarlas durante estaciones sucesivas. Entonces, cuando vienen a posarse cerca de vuestra morada o campamento, cuando las encontráis yendo de paseo, llegan a convertirse en parte integrante de la vida, y dan tono y colorido a los días de la existencia.



# LA DOCTRINA DE MONROE COMO INTELIGENCIA CONTINENTAL[1]

POR

JULIUS KLEIN

**La conflagración reciente del Viejo Mundo ha dado a las repúblicas sudamericanas el primer concepto real de su capacidad para el propio engrandecimiento y para la cooperación continental en sus fases sociales y económicas, dice el autor. En efecto, aisladas en sentido económico del continente europeo, las naciones de la América del Sur han estrechado en forma notable sus relaciones recíprocas. Indicios significativos, que el autor de este artículo pone de relieve, manifiestan la tendencia hacia una reorganización de la situación internacional hispanoamericana. A juicio del escritor, este acercamiento ejercerá influencia profunda y favorable sobre el prestigio de la doctrina de Monroe. A principios de 1920, el presidente Brum del Uruguay propuso una liga americana que, colocando a igual nivel a todas las naciones del continente, defendiera a todas y cada una de ellas contra la posible amenaza de su integridad territorial, ya fuera de parte de Europa o de cualquiera de los gobiernos americanos; y el ex presidente Taft, en su memorándum al presidente Wilson sobre el artículo X de la liga de naciones, revelaba ya la tendencia al principio mencionado, que no es sino aplicación pura y simple de la doctrina de Monroe. Es posible que el anhelo de librar al continente americano de la amenaza del bolchevismo ruso y de los males que éste acarrea consigo sea uno de los factores que contribuya con más eficacia a la consolidación de América sobre la base de un principio nuevo y liberal. Avanzamos indudablemente a un período de la historia en que la buena inteligencia continental, manifestándose quizá en mayor grado en el sentido económico, pero extendiendo su influencia a la esfera política y diplomática, asumirá trascendentales proyecciones.—LA REDACCIÓN.**

NO ES el propósito del presente artículo aventurarnos en una nueva discusión del problema, ya tan discutido, de las relaciones de la doctrina de Monroe con la liga de naciones. Nos proponemos más bien examinar brevemente ciertos desenvolvimientos, económicos en su mayor parte, que han tenido lugar en la América hispánica desde 1914, y especialmente desde 1918, y que han ejercido influencia directa sobre las relaciones políticas y diplomáticas entre aquellas naciones y los Estados Unidos. Asumiendo que los intereses de todas las repúblicas americanas demandaran aún el mantenimiento del principio de Monroe, o sea la exclusión de engrandecimiento político de naciones que no pertenezcan al continente americano, surgen estas cuestiones: el movimiento político y económico de años recientes, ¿ha ejercido sobre la situación general de la América hispana alguna influencia que afectara la imposición eficaz de dicha doctrina? Entre las asombrosas transformaciones producidas por la guerra en las repúblicas del sur, ¿ha habido alguna que influyera sobre lo que podría llamarse problemas continentales, o sobre las relaciones políticas y económicas de los pueblos americanos del norte y el sur? ¿Puede una declaración unilateral, defensiva, como la doctrina de Monroe—ni siquiera una política continuada, sino más bien un criterio susceptible de desviación, que ha variado en ocasiones desde la pasividad y casi la inercia hasta desembozadas amenazas de guerra—puede concepto semejante constituir la base de un compromiso internacional o de un acuerdo continental?

Uno de los efectos más significativos de la guerra en las repúblicas del sur ha sido el cambio verificado en sus relaciones recíprocas. No me refiero a la formación de asociaciones políticas y diplomáticas, como la llamada liga de arbitraje del A. B. C., que hasta hoy no se ha ratificado. Más significativos y trascendentales, aunque mucho menos conspicuos, son los prosaicos vínculos comerciales y económicos que se han desarrollado entre aquellas naciones durante la forzosa cesación de sus relaciones con el mundo exterior desde 1914 hasta 1919. Por vez primera en la historia se han visto compelidas a entrar en relaciones recíprocas más intimas, cuyos efectos son aparentes

[1]Discurso leído el 30 de diciembre de 1920 en la conferencia de la American Historical Association y la American Political Science Association, en el edificio de la Unión Panamericana, Wáshington.

para el observador que se encuentre en situación de comparar sus impresiones anteriores a la guerra con las de la época presente. La historia colonial de esa región estuvo marcada por una dependencia administrativa directa, cuidadosamente meditada, de la corona de Castilla. El siglo diecinueve fué un período de turbulencias políticas y de reorganización económica interna, apoyadas en gran escala por Europa en el lado económico, pero que apenas permitían contacto alguno entre las repúblicas hispanoamericanas, salvo a punta de bayoneta.

Vino luego 1914; y del mismo modo que las preocupaciones europeas en su gran cataclismo anterior—las guerras napoleónicas—dieron campo a la América española para establecer su independencia política, la conflagración reciente del Viejo Mundo ha dado a las repúblicas del sur el primer concepto real de su capacidad para el propio engrandecimiento y para la cooperación continental en sus faces sociales y económicas.

Desde luego, sería absurdo suponer que los años de 1914 a 1918 han librado a la América hispana de toda ulterior dependencia económica de Europa; pero frente a ciertos hechos significativos, que mencionaremos más adelante, sería igualmente ridículo asumir que la América hispana continuará esperando de Europa, o siquiera de los Estados Unidos, la satisfacción de sus necesidades en cuanto se refiere a artículos manufacturados, y aun al capital y combustible. Las pruebas son abundantes al respecto, y en vez de disminuir desde 1918, aumentan constantemente. Citemos, por ejemplo, algunos casos aislados en el campo del capital. Ciudadanos argentinos facilitaron últimamente un préstamo de 500.000.000 de liras al gobierno italiano; el gobierno argentino ha prestado 40,000.000 de libras a los aliados, y se dice que considera al presente negociaciones similares con Austria y Alemania. Los capitalistas chilenos han asumido durante los dos últimos años una posición prominente en la industria del estaño en Bolivia, y proyectan la explotación activa del petróleo y otros productos minerales en la Argentina. Desde 1918 se han formulado planes detallados y arreglos para la construcción por lo menos de cinco ferrocarriles internacionales, y seis o más líneas cablegráficas y telegráficas en la América hispana. Los comentarios son ociosos frente a esta expresión material y eficaz de la nueva aspiración hacia mayores vínculos continentales, y tampoco es necesario recordar el profundo efecto político y económico que tales lazos están llamados a producir. Circunstancia digna de notarse es que casi todas estas empresas se están formando con capitales privados.

Cambios comerciales de la misma índole se observan a cada paso, debido principalmente a la extraordinaria diversidad de industrias y de producción en los últimos seis años. Desde 1914 el comercio entre la Argentina y el Brasil ha incrementado en un 500 por ciento, y recientes estadísticas revelan todavía mayor expansión. El comercio mejicano con los países más importantes de la América del Sur, incluyendo productos alimenticios, petróleo, fibras y aun papel de imprenta, se ha cuadruplicado durante la guerra, desarrollándose más rápidamente todavía en los dos años recientes. Durante 1919 y 1920 se han celebrado por lo menos cinco congresos hispanoamericanos, y no con el objeto de cambiar aquellas hermosas expresiones de amistad fraternal que con tanta frecuencia constituyen la atmósfera de tales asambleas. Por el contrario, en todos los casos los tópicos han sido prosaicos y poco pintorescos, pero al mismo tiempo definidos y constructivos: lechería y agricultura ganadera, regulaciones de policía, inmigración, arquitectura y educación física.

Éstos son unos cuantos ejemplos tomados al azar; pero podrían duplicarse muchas veces, aun con respecto a las pequeñas repúblicas de los trópicos. Revelan, sin la menor duda, el principio de una nueva reorganización de la situación internacional hispanoamericana. La influencia de tan significativo desenvolvimiento en lo que concierne a asuntos políticos y diplomáticos es demasiado obvia para necesitar explicación. La América hispana puede depender todavía de Europa en cuanto a inmigración, capital, inventos y manufacturas; pero esta dependencia, especialmente en cuanto se refiere a los últimos tres, ha disminuído en gran escala. Las oportuni-

dades y necesidad de incursión y explotación europeas en la América hispana van desapareciendo, y los recursos naturales para la defensa individual o cooperativa de las naciones sudamericanas contra estas poco deseables intrusiones aumentan lenta pero seguramente.

Los efectos de este acercamiento sobre la doctrina de Monroe son inevitables, en consecuencia. La profecía hecha en junio de 1918 por el profesor G. G. Wilson parece a punto de cumplirse: la doctrina de Monroe entra evidentemente en un período de mayor influencia. Si bien la organización económica del sur altera profundamente las relaciones entre la América hispana y Europa, el cambio ha perjudicado muy poco nuestros intereses económicos; en primer lugar, porque estos intereses han adquirido relevancia únicamente en los años anteriores a la guerra, y su relativa juventud los hace más plásticos, más adaptables a la nueva situación, de lo que podrían permitirse los antiguos y en este momento seriamente coartados competidores europeos. Los resultados de esta situación son bien conocidos; el enorme incremento en el valor de los productos comerciales es menos significativo para los propósitos de esta discusión que la aparición de vínculos reales y permanentes entre ambas Américas: vínculos materiales que tienden a robustecer la buena inteligencia y una permanente comunidad de intereses entre la América del Norte y la del Sur. Es oportuno recordar a este respecto que antes de 1914 no existía una sola sucursal de bancos de los Estados Unidos en la América hispana, en tanto que ahora se cuentan más de ciento; que hay cerca de doce cámaras de comercio norteamericanas en las repúblicas del sur, de las cuales la más antigua ha sido fundada hace dos años aproximadamente; que importantes conexiones cablegráficas y los valiosos servicios de dos grandes asociaciones corresponsales de periódicos norteamericanos se han extendido enormemente en aquel campo; y que los buques norteamericanos son al presente bastante numerosos en aguas meridionales para transportar al sur cerca del 50 por ciento de nuestros productos, lo cual representa cinco veces la proporción que llevaban en 1914.

Desde 1915 la alta comisión interamericana ha procurado establecer firmemente, aunque sin ostentación, una serie definida y eficiente de vínculos recíprocos en América, tales como leyes uniformes y prácticas de comercio, que representan un sistema constructivo de gran valor.

El marcado aumento de puntos de contacto entre los pueblos de América sugiere inmediatamente la posibilidad y aun la probabilidad de una nueva declaración de la doctrina de Monroe sobre bases más amistosas. Las esfuerzos del presidente Wilson en este sentido son bien conocidos. Podemos recordar especialmente la propuesta hecha el 7 de junio de 1918 a los periodistas mejicanos que visitaron los Estados Unidos, o sea, que "cada una de las repúblicas americanas, incluyéndose la nuestra, garantizara la independencia política e integridad territorial de las otras:" frase que, de acuerdo con la segunda explicación del presidente, fué el origen de la idea expresada más tarde en el artículo X del tratado de la liga de naciones. Sin embargo, en vista de las disputas fronterizas en muchos de los países hispanoamericanos, es difícil concebir la manera en que pueda establecerse una firme e incondicional garantía de integridad territorial. Es indiscutible, con todo, la conveniencia de una garantía recíproca de las naciones de América con respecto a la soberanía o independencia de los diversos gobiernos republicanos; nuestras recientes experiencias en la América del Centro y las Antillas demuestran claramente la necesidad de promesas reiteradas y oficiales de que por nuestra parte nos sentimos ligados por dicho convenio.

En abril de 1920 el presidente Brum del Uruguay expuso el plan de una liga americana que "considerara conjuntamente todos los problemas americanos, colocara en igual nivel a todas las repúblicas de América y defendiera a cada una de ellas contra amenazas de Europa o de cualquiera de los gobiernos americanos." Esta proposición de "solidaridad americana" ha sido acogida con escepticismo en varias capitales hispanoamericanas, como una utopía desvanecida ya por las agresiones de los Estados Unidos en el área del mar Caribe. La sugestión del distinguido uruguayo es probablemente prematura; mas podemos

mencionar, en lo que concierne al sometimiento de la doctrina de Monroe al dictamen de otros gobiernos americanos, que hemos firmado ya tratados con más de quince repúblicas hispanoamericanas, estipulando "someter las controversias de cualquier índole"—incluyendo presumiblemente las que atañen a la doctrina de Monroe —a comisiones conjuntas de investigación durante el período de un año, aunque no se trate de un arbitraje final y decisivo. El memorándum del ex presidente Taft al presidente Wilson, con fecha 21 de marzo 1919, concerniente al artículo X del tratado de la liga, indica la disposición de aceptar el principio arriba mencionado y aun de ampliarlo en forma de arreglo definido para la protección de la soberanía de todo estado o estados de América por otro estado o estados americanos; lo cual juzga "aplicación pura y simple de la doctrina de Monroe."

Pueden observarse indicios de la nueva tendencia de los acontecimientos. "La guerra ha reducido a polvo la antigua leyenda del calibanismo de la América del Norte," como lo ha expresado Semprum, el distinguido literato venezolano; no somos ya "monstruos rudos y obtusos de enormes pies y enormes periódicos," como nos describía el gran poeta Darío; y no somos ya una amenaza colosal, "impetuosa, arrolladora, feroz y zafia," aunque las películas cinematográficas que tan ampliamente hacemos circular parezcan confirmar por lo menos algunas de estas calificaciones. Más de un publicista hispanoamericano ha observado que cierto escritor de su raza afirmaba que "la parte que los Estados Unidos han desempeñado en la guerra es la más importante que haya correspondido jamás a pueblo alguno." Sáenz Peña, el finado presidente de la Argentina, tuvo razón quizá al decir en 1914: "Nosotros los sudamericanos tenemos recuerdos desagradables de nuestros amigos del norte;" tuvo razón ciertamente al manifestar que en aquel tiempo había más puntos materiales de contacto entre la América del Sur y Europa que entre ambas Américas; pero, como observamos antes, se han producido muchas circunstancias que han alterado la situación durante los últimos seis años. En primer lugar, nos hemos convertido en nación acreedora en vasta escala, y algunas de las más importantes repúblicas hispanoamericanas han prestado asimismo capitales a las demás naciones. En consecuencia, se ha cumplido la predicción hecha hace once años por el profesor A. C. Cóolidge de Hárvard: los deudores irresponsables del Nuevo Mundo se encuentran en situación de cumplir con acreedores del mismo continente, y los pueblos americanos estudian ahora bajo una nueva luz la doctrina de Drago en defensa de los deudores, teniendo en cuenta los intereses y el punto de vista del acreedor.

Es alentador por cierto que un famoso hispanoamericano, originario de una de las pequeñas repúblicas del continente, declare que "la estabilidad absoluta del crédito es la única base sólida del prestigio individual y nacional." Continúa luego manifestando dicho estadista que la doctrina de Monroe se ha convertido en precepto para la familia americana, cuyos estrechos lazos económicos y comerciales contribuyen a mantener la autonomía y el poder defensivo de cada uno de sus miembros. Y es interesante observar que uno de los recientes estímulos para este acercamiento continental es el peligro inminente de incursiones de agitadores radicales de la Europa oriental, lo cual representa asimismo un grave problema tanto para las repúblicas del sur como para los Estados Unidos. La doctrina de Monroe de 1823 fué formulada en parte contra las agresiones políticas de Rusia en el Nuevo Mundo. Es posible que ahora, al aproximarse el centenario de esta doctrina, uno de los factores que contribuyan con más eficacia a la consolidación de América sobre la base de un principio nuevo y liberal sea el anhelo de defender al continente americano contra la amenaza del bolchevismo ruso y de los males que acarrea consigo.

No obstante, ciertos críticos suspicaces y sensibles dejan escuchar la censura de que "los Estados Unidos están dando a la doctrina de Monroe un sello económico. . . . la doctrina se ha convertido en la expresión de las ambiciones de los Estados Unidos de apartar de la América latina a la Europa de los negocios más bien que a la Europa política;" que todo esfuerzo de nuestra parte hacia la cooperación eco-

nómica con las repúblicas del sur significa únicamente una nueva tentativa para asegurar nuestra hegemonía en aquella región. Y sin embargo, cuando los bancos norteamericanos rehusaron en mayo de 1920 renovar un préstamo de 50,000,000 de dólares a la república Argentina, se nos acusó de falta de sinceridad y de lealtad a los principios del panamericanismo, y nuestro prestigio en la América española sufrió el golpe más serio que hubiera recibido en muchos años.

Nuestras intenciones no se dirigen, ni deben dirigirse a un arreglo exclusivo y monopolizador de cooperación económica con la América latina. Si, por ejemplo, el movimiento panhispánico tomara un matiz económico—y hay indicios ya de esta tendencia—nuestra actitud sería afrontarlo en un espíritu de franca y amistosa rivalidad, dejando que nuestros amigos hispanoamericanos eligieran entre ambos.

La situación puede resumirse así: el marcado incremento de relaciones económicas y vínculos recíprocos entre las repúblicas hispanoamericanas, por un lado, y entre dichas naciones y los Estados Unidos, por el otro, revela de manera concluyente que avanzamos a un período de la historia en el cual la buena inteligencia continental, manifestándose principalmente quizá en la esfera económica, pero influyendo de manera inevitable en las relaciones políticas y diplomáticas, desempeñará un papel muy importante.



# LA EPIDEMIA SENTIMENTAL EN LA NOVELA NORTEAMERICANA

POR

JÓSEPH HÉRGESHEIMER

Novelista más bien que crítico, el autor desarrolla en este artículo uno de los principios que inspiran su obra literaria. El artículo es un vigoroso ataque contra la influencia del gusto femenino en la novela norteamericana. En los Estados Unidos, dice el autor, los novelistas populares escriben para las mujeres. Por cada lector masculino, la novela común tiene diez mil lectoras. Las mujeres han fomentado un género folletinesco en el cual héroes absurdos luchan con el único propósito de poner su gloria a los pies de la amada, y heroínas de aldea son detenidas al borde de la deshonra en la desenfrenada vida metropolitana. En tales obras todo concluye bien; los argumentos rematan en una insensata felicidad matrimonial o en una gran fortuna. Esto es irreal; pero ofrece precisamente lo que las mujeres desean leer. El novelista oculta la fase masculina de la vida. La trágica belleza de las grandes figuras varoniles es suplantada por fanfarronadas de espadachines. El arte, concluye el autor, tiene por objeto mantener vivo y exaltar cuanto de bello y heroico presenta la experiencia humana; y el novelista debe sacudir esta monopolizadora influencia femenina, imprimiendo a la novela popular la pujanza masculina de que hoy carece.—LA REDACCIÓN.

LAS obras imaginativas, las novelas, reflejan la vida; o más bien, tal es la opinión generalmente aceptada, recibida con aplauso. Por el contrario, la vida que observo parece reflejar novelas singularmente vulgares. La lectura y sostén de la novela se han convertido desde hace años en privilegio de la mujer, hasta cierto grado en Inglaterra y de manera abrumadora en los Estados Unidos. La mujer lee novelas; el hombre, en los intervalos de sus compromisos, lee cuentos. Salvo *The Saturday Evening Post,* admirable excepción entre las revistas literarias, las novelas de folletín tienen alrededor de diez mil lectoras por cada lector masculino. La mujer ha establecido el tipo y determinado el tono de la novela norteamericana característica; y tanto las mujeres como las novelas deben juzgarse de acuerdo con ese hecho inalterable y fatal.

Tengo profunda desconfianza por las generalidades; por esta razón creo necesario definir una novela típica norteamericana. He ojeado muchas de estas novelas, que pasman por la monotonía de sus designios utilitarios. Sus rasgos principales son incuestionablemente la dulzura y la brillantez. En otros términos, sus heroínas se asemejan a los diáfanos juguetes de caramelo de la infancia, y están iluminadas por una moralidad tan nocivamente fuerte como el brillo de una lámpara de arco. El desarrollo de la novela conduce invariablemente de un estado de inquietud mental o financiera a una felicidad del todo insensata o a una gran riqueza, en el último capítulo. Péter Gríndleby desafía los terrores del mundo desde el Antártico hasta el Brasil, y pasa por las aflicciones y calamidades terrenales a fin de poner el fruto de su heroísmo a los pies de la pequeña Mary Simms, en el vestíbulo, aquella noche de abril en que regresa bronceado y embellecido por sus hazañas. Conviene notar que Péter Gríndleby nunca retorna sin la mina de oro, jamás vuelve antes de que el monte de las grandes selvas del noroeste se haya convertido en valores negociables.

¿Es el hombre o la mujer quien ha proporcionado el tema de semejante novela?

La única novela típica diferente, pero sólo en decoración escénica, es la de Cároline Lócker, quien, descontenta con las limitaciones de su aldea natal, va a Nueva York en busca de una carrera digna de sus aptitudes. Cároline aparece por lo menos treinta veces al borde de la ruina . . . en una de esas oportunas escenas de café en la víspera de año nuevo, en lo que se describe vagamente como el taller de un artista; en un automóvil pintado de rojo. Casi en todas partes está al margen de la claudicación. Pero al fin la mujer triunfa en Cároline; y el hombre fuerte y silencioso de su aldea querida, que ha llegado a ser senador de los Estados Unidos durante la

ausencia de Cároline, la rodea con sus robustos brazos, mientras ella, desde la plataforma posterior del tren, mira como en un ensueño las luces de la ciudad, que con su resplandor infernal se hunden en la noche.

¿Quién puede dudar por un momento el sexo de esta novela?

Me he referido también a la plenitud de la riqueza. Tal tema, si bien superficialmente parece del todo exento de la preferencia femenina, lo está tanto en realidad como el relato, que recorre todos los peldaños, desde el honrado sótano hasta la alcoba y los títulos de la hija del presidente de alguna sociedad anónima. Álec Wrangle entra en la fábrica de acero, donde trabajan dos mil hombres más o menos, y derribando a un par de corpulentos capataces y apartando al superintendente, salva un horno que está a punto de consumirse en metal líquido; luego, después de una semana de tranquila lectura a la luz de la lámpara del estudiante, en su cuarto pobre pero inmaculado . . . mas, ¿a qué molestarnos en continuar con las proezas y transformaciones de Álec? La huelga en el penúltimo capítulo, cuando, hermoso a pesar de sus heridas, detiene por sí solo al populacho enfurecido, le asegura un porvenir glorioso.

Si el lector considera a Álec Wrangle más varonil que a Cároline cuando ésta se halla en peligro de perder su químico candor; si le juzga masculino en mayor grado que Mary Simms cuando ésta espera bajo el pórtico de rosas, me veré obligado a concluir que el lector ha sido burlado también.

Nada significa que tales novelas hayan sido escritas o no por hombres; consciente o inconscientemente, han sido escritas para mujeres. En estas obras sólo hay una necesidad absoluta: el héroe debe unirse en santo matrimonio a una mujer predeterminada, y llegar a ser rico al final. Por sus hechos los conoceréis: Cároline, Mary, Álec; allí reside la dulzura y la brillantez. En personajes triviales semejantes, en novelas de esta clase, no se encuentra un solo átomo de virilidad. Tales obras se fundan en lo que demanda la generalidad de las mujeres.

En estas líneas me refiero a las novelas de gran fama y circulación, a las obras que realmente gustan y son fomentadas, iniciándose con una edición de doscientos cincuenta mil ejemplares, que se agota en una semana. Conviene no cometer error sobre este punto: tales obras representan las tendencias, el criterio, la moral del país. Su público proporciona dinero e incentivo a la industria de la literatura novelesca, y compra las revistas. Contra esta mayoría sólida y enorme, una voz o una pluma rebeldes tienen alcance tan limitado como una carta particular. Ocasionalmente una novela que contiene algo de verdad y algo de pasión se substrae a la corriente general, siendo apreciada y recompensada; pero luego, por tres meses o seis, todo es nuevamente mansedumbre y calma en la superficie de la mediocridad pusilánime. Aun la excepción ofrece circunstancias atenuantes a la mirada trivial del público: nunca ataca seriamente el dogma consagrado, la tesis moral; y emplea siempre la pasión como fuerza destructora.

Para explicar mi convicción de que en los Estados Unidos las enaguas estrangulan la novela, tal vez conviene continuar analizando, por ejemplo, un rasgo genuinamente viril del último argumento aludido: la hazaña de Álec Wrangle al conquistar el reino del acero. Indudablemente, hombres que descendieron a los bajos fondos de las fábricas de acero se han encumbrado después hasta el gabinete de directores; pero tal no fué el resultado o la recompensa de su atractivo personal ni de la práctica de una moral rutinaria. Conozco a varios hombres que se han levantado a gran altura; uno de ellos presenta la giba que contrajo de niño al cargar pesados sacos de harina en un almacén de víveres. En lugar de una bravura a lo Bayardo, desplegada sólo en defensa del honor y de los débiles, aquel hombre tenía un patrimonio extraordinario de penetración, alcance mental y vitalidad. Lo que realmente le hizo sobresalir entre el común de los mortales fué su capacidad para trabajar cien veces más que el hombre de aptitud mediana.

Debo insistir en la palabra vitalidad, porque sólo ese término explica mi concepto. Hombres como el citado tienen visiblemente el aire; casi exteriorizan la emoción de su fuerza. En el fondo, es una cualidad indescriptible, indefinible, in-

consciente; y no podemos hacer otra cosa que reconocer su presencia. Una especie de magia acompaña a tales hombres, que marchan en línea recta a través de las impotentes sinuosidades del gregario camino de la humanidad; y a la par que su firmeza, poseen principalmente esa inconmovible confianza en sí mismos, que espíritus inferiores tildan de presunción. Juzgado según el principio absoluto de normalidad, el hombre que describo resultará, pues, necesariamente anormal; la imaginación extraordinaria, el cerebro mágico, son anormales: sus necesidades, sus impulsos, su poder, se hallan por completo fuera de la comprensión del innato empleado de oficina. El espíritu superior tiene responsabilidades totalmente distintas de las del mediocre; los propósitos que rigen y bastan a éste no pueden adaptarse a aspiraciones inmensamente más grandes. En obsequio a la hipocresía pública de nuestra falsa apariencia nacional de absoluta rectitud, la trágica belleza individual de los grandes hombres, de las grandes figuras de la industria, ocúltase tras del disfraz periodístico, sin un solo rasgo verdadero, hermoso o reivindicativo. Para ser auténtico, el retrato de un hombre debe destacar en bulto la forma entera, como dicen los escultores. En cambio, los retratos de las novelas norteamericanas son los bajo relieves más inexpresivos que se conocen.

Si Álec Wrangle fuera fuerte en realidad, progresaría primero silenciosamente, por hazañas de la memoria, la excelencia técnica y un tino infinito, unido a la resolución de arrostrar peligros estupendos que para cualquier otro serían sólo sueños abrumadores. Al tener un sueldo anual de dos mil dólares más o menos, y veintisiete años de edad, Álec probablemente se casaría con una joven muy bonita y capaz. Al matrimonio seguirían los hijos; una mudanza a otra casa algo mejor; una nueva mudanza; un automóvil—un Ford—para ir a la fábrica. Desde entonces la historia de Álec Wrangle no sería una historia doméstica, del corazón, sino de la cabeza. Las ráfagas de la combustión en los hornos fundirían todo menos el acero de su ambición. Luego lo engolfaría una magna lucha, como el oleaje de un mar embravecido; y él batallaría heroicamente con inflexible coraje y astucia ilimitada—una astucia que conduciría a la cárcel a un hombre mediocre—hasta dirigirse por última vez a Florida, en su automóvil particular, quebrantado y atormendado por sus largos sufrimientos, en pos de la fuente de juventud eternamente perseguida y jamás hallada.

¿Cuáles, supone el lector, serían las distracciones de un hombre como ése? ¿Una tertulia campestre, en que sus hijos y amigos danzaran dulcemente al son de una victrola? ¿Es posible imaginarle rodeando con el brazo a su fiel esposa, y refiriéndola cómo ha rechazado una aviesa propuesta del Mikado? ¿Puede vérsele jugando *auction bridge* en un salón tan bullicioso como una pajarera? Sé de uno que recrea su mente a la máxima velocidad del automóvil más poderoso. Había otro que buscaba entretenimiento en el *ballet* y en el aparatoso efecto de un célebre teatro de ópera. En sí mismas, estas consideraciones no son importantes ni triviales; pero si un novelista prescinde de ellas, y las reemplaza por una serie de virtudes, aun más insípidas que la mente que las concibe, el resultado es funesto para la verdad y la belleza.

Un breve análisis descubre el mismo caso en las novelas escritas sobre la vida universitaria. Éste es, a todas luces, un tópico masculino: pertenece a los jóvenes; sin embargo, también ha sido discreta y convenientemente rodeado de prejuicios de índole femenina. El vocabulario de los inexperimentados personajes en esas obras recuerda, más que otra cosa, las expresiones de un grupo de Rollos[1] modernos. ¿Quién osa escribir con sinceridad acerca del atletismo en las universidades? Confieso mi ignorancia en la materia; pero sé bastante de la vida para comprender que apenas se oye un eco vago de la oculta lucha. ¿Por qué? Porque aun cuando se aceptan ciertas convenciones, cuerdamente a no dudarlo, no armonizan con la presunción de las erróneas concepciones populares.

Según entiendo, la vida deportiva universitaria se ha regenerado profundamente; sólo me refiero, pues, a pasados extravíos. Antes, si un *half back*[2] excepcionalmente rá-

[1]Alusión a Rollo, héroe infantil en las obras tituladas *Rollo Books* de Ábbot.—LA REDACCIÓN.

[2]Jugador de *football* que se sitúa en el lado derecho o izquierdo del campo, entre el *quarterback* y el *fullback*, según la práctica norteamericana.—LA REDACCIÓN.

pido y peligroso se veía abrumado por un mundo de contrarios, le era en extremo fácil recibir un empellón de la manera más adecuada para calmar su interés en el resto de la partida. Esto no tiene disculpa; de encontrarme entre los espectadores, yo hubiera participado probablemente en una protesta de ardiente indignación. Pero como el incidente ha ocurrido sin duda, no puede considerarse real la descripción del *football* que prescinde de los hechos para ofrecer el relato fantástico de un estudiante heroico a quien se juzga erróneamente durante un año por la gravedad de sus movimientos y su orgulloso silencio, pero que, admitido en la partida contra el deseo de todos los estudiantes, salva a Yale o derrota a Princeton[3] por medio de una carrera desesperada de cien metros para atravesar la meta en el *touchdown*[4] final.

Joven o viejo, poderoso o débil, el hombre es a mi juicio muchísimo mejor precisamente por ser más vulnerable, más falible, más apasionado, menos virtuoso de lo que pretenden aquellas detestables fanfarronadas.

Esta falsedad abominable explica por qué los relatos de la última guerra escritos en los Estados Unidos fueron sólo artimañas de oropel. Los hombres juzgan la guerra con criterio diferente. En una partida de caza vi a un guardia civil que había luchado durante todo el conflicto y que no aspiraba a cosa mejor; pero hombres a quienes conozco íntimamente y que han servido en el ejército tanto como el guardia civil reprobaron, abominaron y temieron la obligación de servir. Consideraban la guerra una siniestra locura universal, y obraron con un heroísmo inerte. Un soldado, primo mío, se encontraba junto a un colega de su compañía cuando éste fué fatalmente herido. Moribundo, rogó a mi primo que entregara una carta a una joven: deber noble y conmovedor, privilegio sentimental, de una tristeza superior a la pluma de cronistas almibarados, pero que mi primo describió en garrapatos descuidados con esta frase: "¡Mentecato de pensar que me acordaré de cumplirlo!" Esto es masculino y verdadero. Pero un libro en que se admitiera semejante detalle, ¿tendría probabilidad alguna de circular entre lectoras femeninas? Los apóstoles de la brillantez y la dulzura cuidarían de echar ese detalle al cesto de desperdicios, ensalzando con clarines al héroe tan fragante como los retoños de mayo; y el héroe no sólo llevaría tiernamente a Mary Simms el mensaje postrero, sino que deslizaría protectoramente un brazo alrededor del talle de la apasionada y doliente doncella.

A este respecto, mi único propósito, mi solo deseo, es hacer ver las serias consecuencias que tiene el confiar a la mujer todas las cuestiones de estética. Uno de los resultados se encuentra en la música, la cual, salvo el acompañamiento lírico de la danza de pantorrillas, casi ha cesado de existir como placer masculino. Por ejemplo, en Filadelfia es imposible tener conciertos en la noche, porque muchas damas no pueden ir solas. La música es el arte más sublime y vital; la buena música abunda precisamente en la armonía que el hombre estima y aplaude en su forma más perceptible. Requiérese algo de comprensión, algo de esfuerzo; pero la recompensa es inapreciable y consiste en un placer tan prolongado como la vida, encontrándose fuera del alcance de la desventura. Sin embargo, muchísimos hombres, que deberían tener más cordura, creen que hacer música y tocar el piano es afeminado. Piensan así, no por una razón intrínseca, sino porque la música ha sido casi enteramente monopolizada por la mujer. En los intervalos que les dejaba libres el cuidado de los hijos y la cocina, las mujeres no tenían otra cosa mejor que tocar mal a Chopin; mientras que los hombres se dedicaban a importantes asuntos. . . ¿Cuáles? . . . A disputarse el poder, a emitir acciones de compañías petrolíferas de Tejas persiguiendo ensueños financieros, a mantener por las nubes el precio del trigo y el precio del carbón.

Hijas y esposas, principalmente, afirman que en la América del Norte los hombres son del todo prácticos, preocupándose sólo de los asuntos y detalles de sus ocupaciones. Sucede precisamente lo contrario: son las mujeres, ya sea la joven que sólo tiene un

[3]Alusión a los campeonatos de *football* entre los estudiantes de estas famosas universidades.—LA REDACCIÓN.

[4]El *touchdown* ocurre cuando la pelota pasa de la línea de la meta o *goal*.—LA REDACCIÓN.

anillo de diamante, ya sea la dama que posee brazaletes y collares de perlas, quienes muestran vivo interés en la parte material, el lucro en los negocios. En repetidas ocasiones he descubierto en los hombres de negocios, fantasías excéntricas, ecos de armonías, memorias poéticas e ideales queridos. Incurablemente tímidos, su sentimentalismo les avergüenza. A veces, cuando se reúnen entre ellos o están en compañía de una mujer—una mujer difiere entera y absolutamente de las mujeres—dejan escapar una nota de armonía, un suspiro. Lo extraño e incomprensible es que tales emociones constituyen todo lo que poseemos para dignificar una vida obtusa y mecánica. Este sentimentalismo no debería sonrojarles: un hombre capaz de guardar en el corazón el calor de un vivo sentimiento, la ternura de un recuerdo, está animado por una divinidad superior a la carne corruptible.

Sin embargo, en todos los hombres es evidente una represión rigurosa. El sentimiento, la belleza y el romance confíanse a la autoridad femenina, que no tarda en organizar con dichos elementos una sociedad anónima de modistas, confiteros y joyeros. No quiero decir que los hombres deben llevar marchitos ramilletes de lilas prosaicamente prendidos a los faldones del frac, ni calzar guante blanco hasta el codo. El recato constituye una necesidad de las emociones delicadas; pero creo, en cambio, que los hombres sensatos no debieran ignorar que la literatura imaginativa y creadora tiene por misión mantener vivo y exaltar cuanto de heroico y bello ofrece la experiencia humana, prescindiendo acaso de todo lo demás. La música, las letras y la pintura reconocen sólo una razón y un objeto: agradar; y en el cumplimiento de su tarea, salvo supremas consideraciones estéticas, sólo obedecen a un deber: la sinceridad.

Esto se olvida en el tumulto actual de perfeccionamiento y fácil cultura, en el voluble régimen social de nombres y títulos acatados. Nadie parece recordar que el placer es, en sí mismo, un bien raro e inmenso; su utilidad resulta mucho mayor que la de la adversidad. Se argüirá tal vez que el esfuerzo de la vida tiende a la obra y no al placer; pero esta insensatez proviene de una falsa y vulgar concepción de la palabra placer. La obra es placer cuando constituye la expresión del ser innato de quien la crea. La prolongada y agotadora consagración a una tarea anónima, a pesar de ser el cumplimiento de un deber, equivale al suicidio.

El carácter necesario de la sinceridad no requiere explicarse ni justificarse; pero acaso ello contribuya a la claridad de una definición. En literatura la sinceridad no significa otra cosa que el empleo de todos los conocimientos y creencias del novelista, expuestos con rectitud y de preferencia a cualquier otro conocimiento, por más imperioso que parezca, a cualquiera otra creencia, por más tiránica que sea. Ajena es la cuestión del valor de aquel conocimiento o esta creencia: la responsabilidad del novelista no va más allá; el tiempo y la sabiduría ampararán al mundo. Y tal era lo que deseaba decir al comienzo de este artículo, cuando manifesté que la vida contemporánea me parecía reflejar a menudo el género de la novela barata. Aun conociendo casi toda la verdad acerca de su propia vida, sus sentimientos y ocupaciones, los hombres consienten en la hipocresía de pretendidas mentiras sentimentales, más transparentes que las caretas de un *bal masqué*. ¡Novelas baratas, vidas miserables y baratas! Las unas fomentan las otras. Cuando quiera que los hombres encuentran raras novelas viriles, las leen con deleite y admiración. *Tono Bungay*, historia de una medicina patentada, es un ejemplo. *Tono Bungay* lo es, pero no *Mr. Britling Sees It Through*. La influencia femenina hizo vacilar la pluma de Mr. Wells. Árnold Bénnett se substrajo a esa influencia en *The Pretty Lady;* pero inmediatamente después sumergióse en el mar perfumado.

En los Estados Unidos Mr. Cabell ha escrito para los hombres, por muchos años; pero sólo recientemente túvose la fortuna de descubrir este hecho, en parte por haberse prohibido la circulación de *Jurgen*. En la época actual no pretendo desestimar el peligro extremo de un ataque contra la consagrada norma de una decencia decorosa. Mr. Cabell ha pagado un alto precio. Pero si los hombres hacen el más ligero esfuerzo plausible, si se quitan de los ojos

el polvo de *sachet*, obtendrán, para satisfacción propia, una respuesta cada vez más proficua del arte.

En tal forma la literatura norteamericana llegará tarde o temprano a constituir una entidad nueva e incorruptible. Los hombres, cuando jóvenes, vehementes y aventureros, apenas necesitan obras imaginativas; pero cuando su ardor se aplaca, cuando llegan a una edad más serena, la poesía de la existencia puede ofrecer una recompensa de valor inapreciable. Sin embargo, para perdurar, la obra artística debe poseer la belleza de la forma y la pujanza, y hablar un lenguaje universal al corazón. Una peculiaridad de esta literatura consiste en presentar a las mujeres en forma visionaria, inmaterial, más bien que realista. Las mujeres también son susceptibles del ensueño que arrastra para siempre más allá del círculo del abrazo. No puedo ni pretender siquiera explicar estas palabras; pero he señalado la diferencia entre la mujer y las mujeres. Casi siempre se descubre a una mujer en el fondo de la obra artística viviente, en el fondo de la obra escrita o de la concepción del escritor. Como los pobres, las mujeres están siempre con nosotros; pero, ¿cuántas veces o por cuánto tiempo tenemos a nuestro lado a la adorada figura? ¿Cuántos momentos dichosos tiene el hombre en los largos años de su vida? No los bastantes para desquiciarlo, pero sí para inspirarle obras de arte. Las novelas perpetúan estos momentos, evocan sus ardores en mentes desgastadas y tibias, y los hacen revivir con el mismo brillo y seducción en espíritus enfermos y marchitos. Tan valioso recurso debería aplicarse exclusivamente a su propósito, sin ser mutilado por manitas blancas, ágiles, rapaces.



# ENSUEÑOS[1]

POR

GÉRTRUDE HALL

Los ensueños se prestan muy bien a las conjeturas e interpretaciones a que tan aficionada es la inteligencia humana. La autora analiza sucintamente los caracteres esenciales de los sueños y sus diferentes clases y formas; pero no les atribuye significación especial, como era corriente en la antigüedad y como lo hacen aún algunas personas supersticiosas; y se contenta con hacer una reseña amable y vívida de las formas habituales que asumen los ensueños y de sus cualidades más notorias.—LA REDACCIÓN

JAMÁS me tropiezo con un artículo sobre ensueños que no lo lea. Jamás habla alguien de sueños que yo no lo escuche. Invito a los demás a que me cuenten lo que han soñado. Y todas las noches me acuesto con la viva esperanza de que voy a soñar.

Rara vez, sin embargo, encuentro lo que busco en la literatura relativa a los sueños. Los artículos más serios nos dicen que si bien en lo antiguo se creía que el espíritu del durmiente visitaba en realidad las regiones y pasaba por los trances que le representaban sus sueños, la ciencia no nos permite creer tal cosa; y, además, que todo cuanto uno sueña es una especie de reminiscencia y que una impresión que experimentamos o una idea que se nos ocurre durante la vigilia es lo que nos sugiere cada uno de los espisodios fantásticos que soñamos. El cerebro de los locos, dicen, funciona, durante la vigilia, como sólo en el sueño funciona el de la gente sana. El cerebro del que duerme es, por lo tanto, como el cerebro de un loco. Yo sentiría que se demostrara de una manera incontrovertible que esto es cierto, como quizás lo es. Prefiero creer que algunos sueños tienen cierto género de significación que un sabio, favorecido por la gracia divina, podría descifrar. No importa que no exista semejante sabio. Los sueños no necesitan de interpretación nunca. Pero nos agrada imaginar que pueden interpretarse y luego admirarnos de ello.

Es desagradable clasificar algo tan amable como los ensueños, algo que ocupa, además, tan considerable espacio en la vida, cual simple espuma en la superficie del sueño. Como a las intrincadas rayas de la palma de la mano, anhela uno encontrarles un motivo algo recóndito. Ignoro si es estrictamente científico creer que tenemos un alma. Los más damos por sentado que la tenemos. Y cuando sentimos el impulso de dignificar la hermosa actividad de la imaginación durante el sueño, tratamos de atribuirla en cierto modo al alma. Suponemos que el alma sabe de cosas que el cerebro no conoce conscientemente, y a veces, durante el sueño, puede proporcionarle una idea que el cerebro conserva después que sale del ensueño.

Esto de vez en cuando. Consideraríamos ridículo el conceder importancia al ordinario ensueño nocturno. Es ése evidentemente un medio que tiene la imaginación de distraerse, cuando está de vacaciones, por decirlo así, libre de apremios y reglas. Si la criada nos ha prestado su libro explicativo de los sueños, no debemos ponernos a volver con cuidado las hojas, para enterarnos, si hemos soñado con una comida, de que sería conveniente practicar severa frugalidad, o si hemos soñado con una serpiente, cuidarnos de un enemigo. Eso será más bien motivo de risa, y lo echaremos pronto al olvido. ¿Podemos acaso pensar en clasificación más injuriosa para el orgullo de nuestra inteligencia que el vernos incluídos entre las personas que creen en sueños?

No; el ensueño nocturno ordinario parece ser exactamente como el libro de cuentos ilustrados, por medio del cual la naturaleza, la bondadosa y vieja nodriza, les ilumina a sus hijos las horas de sombra. Meterse en el lecho es, para el hombre sano que tiene el hábito de soñar, lo mismo que partir para un viaje en busca de aventuras. La sorpresa es siempre el elemento más agradable en todo esto. Si es cierto, como nos dicen, que nosotros mismos hemos preparado la sorpresa, no es menos cierto que

[1]Tomado del *Scribner's Magazine* de febrero de 1921 por especial permiso de Charles Scribner's Sons.

nos encontramos genuinamente sorprendidos por el giro que toman nuestros ensueños y por los descubrimientos que hacemos, completamente engañados por nosotros mismos. Aguardamos una cosa y sucede otra. Hacemos una pregunta, formulando mentalmente una respuesta, y nos dan otra distinta. Abrimos una caja que parece de las de guardar te (aunque se parece también a la linterna de latón que compramos ayer para un niño) y la abrimos, seguros de encontrar el te que buscamos . . . pero no: lo que contiene es un poco de polvo de hojas de rosas secas y un fragmento de lápiz encarnado. Subimos varios tramos de la escalera de una casa, creyendo que al fin debemos de llegar a la azotea. Ahora bien: al llegar arriba, nos encontramos a campo raso, entre cerros y árboles. Seguimos un sendero que serpentea a través de la hierba, y que baja de pronto en pendiente; y, antes de que nos demos cuenta de lo que pasa, nos encontramos en la plaza de una ciudad. Nos acercamos al espejo para ponernos el sombrero, y en vez del rostro que estamos acostumbradas a ver, nos encontramos con una vivaracha morena, de cabello rizado, ojos saltones y negros y colores chillones. El sombrero que se está poniendo es un mamarracho como su cara; ¡un mamarracho tal como jamás permita el cielo que tenga yo que ponerme uno! Se trata de un ridículo sombrero negro adornado con rosas encarnadas.

Apenas un poco menos divertidas que las sorpresas de los sueños son, consideradas a la luz del día, las cosas que consideramos naturales cuando soñamos. Una amiga se propone aparecer en un espectáculo público. Examinamos el traje que piensa llevar, y vemos, sin que nos produzca la menor sorpresa, que se compone de una falda de medio metro de longitud, hecha de una red negra, salpicada de lentejuelas sobre una franja flotante formada por cintas de terciopelo negro.

Ahora bien: si somos nosotros los que hemos urdido por nuestra cuenta todo eso que desconcierta nuestro propio espíritu, parece legítimo que nos sintamos orgullosos de ello. La inteligencia que inventa todo eso es mucho más rica en arbitrios que la nuestra. Admiramos, hasta el punto de envidiarla, la fertilidad y la índole dramática del espíritu que traza nuestros sueños. Y también su perspicacia de observación. Las personas con quienes estamos familiarizados en la vida diaria y a quienes vemos en sueño, aunque proceden quizás de una manera fantástica, dicen y hacen de continuo cosas que reconocemos como perfectamente características, aunque dependan de una idiosincracia de que no nos habíamos percatado despiertos. ¡Terminamos el día tan fatigados del giro habitual de nuestros pensamientos; son tan invariables los límites de nuestra inteligencia y es tan lánguida nuestra imaginación! Pero el otro, el yo de la noche, es un poeta, un novelista, un prodigio. En ciertos instantes sorprendemos a ese otro yo en acción y lo reconocemos como nuestro propio yo. Ocurre así cuando soñamos que estamos leyendo, y nos damos cuenta de que mientras leemos, vamos componiendo el texto nosotros mismos. La facilidad y prontitud con que lo hacemos despierta en nosotros un sentimiento de sorpresa. Si conservamos algo del texto en la memoria después que despertamos, ¡qué pobres hojas secas no resulta ser lo que tomamos por oro! De vez en cuando, sin embargo, quedan entre las hojas secas un grano o dos de oro para consolarnos.

Inventar un sueño con propósito literario es muy ardua empresa. Me refiero a un sueño que logre engañar a un observador ducho, acostumbrado a soñar, haciéndole creer que es un verdadero sueño. La cualidad del sueño es peculiarísima. Tiene algo de común con el parecido de los retratos; algo muy sutil, que ningún invento parece capaz de suministrar. ¿Quién puede decir cuál es la razón de ese tinte de rareza que ofrecen casi siempre los sueños? Pero este carácter es el que distingue al sueño como sueño. Ahora bien: una cosa no es verdaderamente rara si puede predecirse. El espíritu en vela consigue pocas veces concebir rarezas tan imprevistas como lo hace en sueños. Un sueño no es nunca enteramente análogo a la vida sino por breve lapso. Por conveniente que sea mientras lo soñamos, al recordarlo, ya despiertos, algunos pormenores nos delatan su carácter de sueño. Nos encontramos en un gran baile de disfraces; los asistentes, con trajes de espléndidos colores, a la moda

del siglo dieciocho, lánguidas reminiscencias de Watteau, ejecutan la figura de una danza que simboliza las estaciones. Nosotros somos de los que danzan. Nuestras miradas caen sobre nuestros propios pies y los vemos calzados de botas negras, que nada tienen del estilo del siglo dieciocho, y que son, en realidad, las que usamos en el trajín diario. Nos sentimos llenos de mortificación. Miramos cautelosamente en torno, a ver si alguien lo ha notado; y luego nos reanimamos con la reflexión de que si aquel solecismo de nuestros pies fuera a suscitar las burlas de la concurrencia, ya lo habría conseguido. Si nuestra vergüenza es muy viva, quizás nos digamos a nosotros mismos que se trata sólo de un sueño, reflexión a la que sigue inmediatamente el consuelo, pues de ordinario en este punto el sueño se transforma en otro diferente. O bien presenciamos un accidente terrible, un tranvía que atropella a una persona. La impresión que experimentamos es tan fuerte que despertamos. Hemos visto el cuadro tan a lo vivo que no podemos por un momento desechar la idea de que hemos asistido positivamente a una catástrofe. Luego, a medida que nos tranquilizamos, recordamos que, por más que la calle y el tranvía estaban llenos de gente, nadie prestó la menor atención al hombre atropellado, nadie excepto nosotros, mientras la señal inmediata de un accidente semejante, cuando no pasa en sueños, es, como sabemos, la afluencia de gente, salida no se sabe de dónde, que se agolpa en el sitio.

La condición de rareza, repetimos, es el rasgo que más caracteriza al sueño como sueño; pero al rasgo de rareza tenemos que agregar el de exageración. Todos nos hemos sorprendido algunas veces en el acto mismo de quedarnos dormidos y hemos visto cómo una imagen de la vigilia se convierte en una imagen del sueño. Estaba uno viendo casualmente la torrecilla del tragaluz por donde reciben la claridad atenuada del espacio los aposentos interiores de un alto edificio. Mientras estábamos despiertos no era más alta que las más altas de su clase que estamos acostumbrados a ver. De pronto, se alarga hasta llegar a una altura inconcebible, alineándose hilera sobre hilera de rectángulos obscuros de ventanas, hasta que no alcanzamos a divisar el ápice. Un hotel de Nueva York se convierte en palacio sobrenatural de sueños. Es posible que nuestros gustos y predilecciones influyan en el carácter de nuestros ensueños, que soñemos las cosas *como nos gustaría que fueran*. Me refiero a aquel rasgo de exageración. Algunas personas tienen cierta inclinación al exceso, al aumento; se regodean imaginando llanuras o aguas sin límite, montañas que se alzan hasta el cielo, abismos en cuyas entrañas habita la noche perpetua; gustan de la sensación de la inmensidad; se sienten fascinadas y al mismo tiempo despavoridas ante los portentos de la astronomía; trepan con ahinco a grandes alturas, sean montañas o campanarios, para recrear los ojos en los prodigios de una vasta perspectiva; y aun en pintura prefieren los cuadros en que la figura humana resulta achicada a fin de hacer mayor la escala del paisaje. Es quizás a tales personas a quienes la inmensidad de los sueños ofrece sus delicias.

Pero la exageración en esplendidez es el rasgo de los sueños que más nos infunde, al despertar, la impresión de haber vivido en un mundo fantástico. La tierra no puede equiparársele; la imaginación toma lo más espléndido que le ofrece la tierra y lo multiplica tantas veces cuantas se le antoja. Las catedrales del ensueño pueden ser tan vastas que, vista desde lo alto del coro, la muchedumbre de los fieles apenas forma una masa hormigueante y confusa. Las fuentes de los jardines del ensueño pueden tener, en vez de los grupos en mármol o en bronce que hemos visto en Roma o en Versalles, figuras majestuosas e innumerables, iluminadas por un resplandor áureo. En cuanto a los banquetes, es posible que los cocineros terrenales hayan conseguido esbozar una idea de la poesía de la mesa, pero la poesía ingeniosa y pintoresca de las fiestas del ensueño es digna nada menos que de Keats. Se dice que uno nunca come la comida de los sueños. Creo que a veces lo hacemos, aunque no la saboreamos, como no saboreamos por lo común la de etiqueta cuando sentimos interés en la conversación o en el espectáculo que presenciamos. Nunca había reflexionado en ello, pero sí tenía una impresión de brillo y delicadeza relacionada con formas

a veces familiares, a veces nuevas y extrañas.

Pero éstos son los sueños de algunas noches escogidas. A veces, la exageración, en lugar de ser en el tamaño o la opulencia, preséntase en la intensidad de la belleza, o mejor dicho, en la intensidad con que uno percibe la belleza de las cosas. Son entonces mares griegos de color de zafiro, sembrados de doradas hojas de sauce (¡siempre el pormenor caprichoso!), y mientras una barca nos conduce por entre islas deliciosas, el barquero canta un nombre griego, que todavía recordamos al despertar y que olvidamos luego, de súbito. O bien caminamos por la cima de una sierra nevada. Las masas de nieve son tan majestuosamente hermosas que algo parece advertirnos que no son naturales. Y sentimos la certidumbre de que fué Miguel Ángel quien las modeló. O ante nosotros se despliega un paisaje lleno de madurez otoñal. Entre las hacinas de trigo, se pasea pensativamente un león incapaz de daño alguno, un león manso. La luz fantástica del paisaje nos insinúa que acaso es la hora en que irá a echarse al lado del cordero. Volvemos al mundo real sintiendo como si hubiéramos disfrutado de unas vacaciones. La misma exageración entenebrece los malos sueños. Visitamos viviendas de indecible inmundicia, como nunca la hemos visto en la realidad, y contemplamos la más asquerosa y degradada miseria. La intensidad del horror que nos despierta forcejeando puede provenir de un motivo enteramente desproporcionado, tal como una corriente de polvo lanoso y gris, que suave pero inexorablemente sopla a ras del suelo, con el aire que se filtra por debajo de la puerta. Vivió en sueños una vez un animal parecido a una babosa perteneciente a un chino perverso, y del cual emanaba una influencia tan aciaga que era de temerse que se escapara de la botella en que el chino le tenía encerrado e infectara con sus miasmas al mundo entero.

Uno se pregunta por qué ciertos sueños se presentan con tanta frecuencia. No el mismo sueño, pero sí el mismo plan de sueño con diferentes peripecias. Uno puede preguntarse por qué sueña que debe aparecer en las tablas en una representación dramática, cuando no conoce el papel que va a desempeñar; o por qué se prepara para emprender un viaje, y no encuentra nada de lo que necesita ponerse o llevar consigo; o bien ha dejado de ponerse alguna prenda de vestir o la pierde de un modo misterioso. ¿Por qué, cuando soñamos en la necesidad de darnos prisa, los dedos se nos vuelven de corcho y los pies de plomo? Es casi obvia la razón por qué soñamos tales cosas. Pero, ¿por qué sueña una persona tan a menudo, por ejemplo, que se ha mudado a una nueva casa (la más grande y lujosa en que nunca ha vivido) y va de aposento en aposento, examinando la extraña arquitectura y los muebles, haciendo planes para la instalación de la familia en la suntuosa morada, siendo así que esa persona se ha mudado en realidad contadas veces o ha tenido apenas que entenderse con las molestias de la mudanza? Y, ¿por qué sube y baja uno con frecuencia infinitas escaleras y atraviesa extraños pasadizos que lo conducen a cosas inesperadas? La experiencia de la vida no nos proporciona ejemplos análogos. Tal vez es sencillamente porque los ensueños lo complacen a uno: son parte del *como gustéis* del sueño.

Se creería casi que existen en los ensueños lugares adonde uno de veras puede ir. Estamos ingenuamente seguros de haber visitado en sueños la misma quinta, la misma ciudad, el mismo suburbio de la ciudad, donde hay una puerta almenada y una terraza con un jardín de arbustos cuya encantadora rareza y extraño encanto no se parecen a nada de lo que en realidad hemos conocido. Si no existe semejante región de ensueños, es lo cierto que puede soñarse con los mismos parajes más de una vez. ¡Si conocemos nuestro camino hacia aquella quinta, al través de las calles de esa ciudad, por haber estado allí muchas veces! En estas calles la sorpresa consiste en que, en vez de tropezarnos a la vuelta de cada esquina con lo inesperado, encontramos que todo es familiar para nosotros.

Una curiosa sugestión es la que ofrecen los sueños acerca de cosas que son, al parecer, asunto imposible para el pensamiento. Apenas hallo cómo expresar lo que quiero decir, pero mis colegas de ensueños serán capaces de interpretarlo con su propia

experiencia. Es claro que hemos soñado algo y la impresión perdura cuando despertamos. Pero no puede encerrarse en términos de pensamiento y mucho menos en palabras. No podemos traducirlo ni en una imagen ni en una sensación, y, sin embargo, en cierto recóndito rincón de nuestro ser, sabemos bien de qué se trataba. No es que se nos haya olvidado, sino que es inexpresable a los demás y a nosotros mismos. Sólo ello mismo sabe lo que era, y ello se encuentra enterrado en una parte remota, dentro de nuestro mismo ser. Cuando hacemos inútiles esfuerzos por formarnos un concepto de la cuarta dimensión, recordamos esta índole de ensueños.

Existen, por supuesto, personas para quienes los ensueños representan únicamente un sueño intranquilo e incómodo, porque sus ensueños son una especie de padecimiento. Despiertan fatigadas, como después de un ejercicio. Pero los más afortunados durmientes, aun cuando lo que les ocurre en sueños sea doloroso, no padecen más de lo que padecerían leyendo eso mismo en un libro. Los nervios de la sensibilidad parecen entumecidos. Detrás de los más agudos peligros del ensueño, subsiste la noción salvadora de que, a pesar de todo, se trata solamente de un ensueño, y de que si se torna intolerable, puede uno sacudirlo y despertar.

Durante un ensueño hemos recordado un hecho que de tiempo atrás habíamos olvidado en las horas de vigilia; durante un ensueño hemos resuelto un problema de aritmética; vivido el argumento de un cuento, siendo a un tiempo mismo el tema del cuento y su autor; hemos compuesto versos, bastante malos; hemos forjado un jugo de palabras, no muy agudo después que despertamos, pero de acuerdo con las reglas; hemos inventado una adivinanza, una anécdota o aderezado un chascarrillo que nos obliga a despertar desternillándonos de risa. Tales diversiones vienen a entretener nuestras noches de niños. ¿Podría el ingenio inventar fantasmagoría más rica que la que se nos ofrece? Y como para impedir que dejemos de divertirnos por sólo un instante, las escenas se confunden unas con otras, los personajes cambian de personalidad, y a veces conviven completamente dos personas en una sola.

El solo hecho de que enriquecen con sus rasgos fantásticos la noche más vulgar sería lo bastante para que glorificáramos los ensueños; pero hay otra razón por la cual deben sernos caros, y en ella pensaba principalmente al comenzar a escribir esta disertación. Los ensueños pueden brindarnos mucho consuelo. Pocos negarán que las más tristes ocurrencias de la vida son las pérdidas que sufrimos. Primero la pérdida real de las personas queridas, y luego el cerrarse del espacio que ocupaban, el borrarse de la estela que dejaron, el desvanecimiento de nuestro propio pesar, la conciencia que tiene uno de haber sido irremediablemente infiel a ellos, por la misma ley de la naturaleza:

> Los días van llenando nuestro espíritu
> Del polvo que lo debe sofocar;
> Y si olvidamos es porque debemos,
> Y no porque queremos, olvidar.

Pero si esto es cierto en cuanto a nuestras horas de vigilia, no lo es para nuestro misterioso ser durmiente. Una y otra vez se nos presentan por la noche los seres adorados y desaparecidos, y el ardiente amor que por ellos sentimos subsiste entonces íntegro, tan fresco como al principio, aunque hayan pasado años que no los vemos fuera del ensueño. Las señales características de los ensueños se presentarán probablemente en esos en que ellos aparecen: la extrañeza, la exageración, la incoherencia; pero una realidad tan dulce e intensa reside en el revivir de nuestro afecto hacia ellos, que nos contentamos al sentir renovarse la angustia que tan a menudo lo acompaña. Experimentamos la grata certidumbre de que algo dentro de nosotros mantiene firmemente en su secreta fortaleza lo que se le ha confiado. La densa muchedumbre de impresiones diarias lo entierra cada año más profundamente, pero allí están los ensueños para demostrar que no consiguen destruirlo. Los ensueños atestiguan el triunfo del amor sobre el tiempo. Lo que es ideal cuando estamos despiertos resulta ser lo real cuando dormimos.

Y al concluir, como preferimos hacerlo, que algunos de nuestros sueños tienen

relación con el alma, o que nos encontramos ocasionalmente más cerca de nuestras almas cuando soñamos, cedemos a la inclinación de suponer a veces que existe un significado en los sueños cuyas insinuaciones considera posible apoyar nuestra inteligencia, por más que ella misma no las haya producido. Una había reñido con un amigo; y aunque deseaba reconciliarse, lo imaginaba enojado e intratable, hasta que soñó que la ofrecía una brazada de rosas carmesíes. Al despertarse parecíale que el corazón del amigo, como el propio, pedía perdón. Y el desenlace del episodio convirtió el sueño en realidad. Por otro amigo sentíase una olvidada, hasta que soñó que la llamaba por un antiguo apodo familiar no usado nunca por otra persona y que implicaba el recuerdo de los viejos términos de cariño. Y despertó consolada. Otro recibió una carta de una persona que hacía muchos años no le había escrito. Entre los confusos caracteres del ensueño, una palabra resultaba clarísima: "MISPA?" Después de esto, pareció saber cómo se encontraba. Otro soñó que visitaba el infierno y se sintió muy impresionado por la sencillez y la justicia de sus tormentos: una viva y violenta pesadumbre, que impide el sueño, a causa del mal cometido. Otro vió en sueños a nuestro Señor Jesucristo. Señaló una estrella que brillaba encima diciendo: "Esa es la estrella que te guiará;" e interpretó la parábola en el sentido de que lo más alto que podía concebir, ésa es la norma cristiana de la vida. La fantasía gusta de lisonjearse a sí misma, atribuyendo a los sueños de esta especie cierta clase de intuición perspicaz. Uno vacila y urde teorías. Es más prudente, sin duda, el no sostenerlas con sobrado ardor.

Pero los ensueños más memorables de todos no están relacionados con imagen alguna; y si lo están, no es esto lo más importante de ellos. Consisten en una impresión recibida, apenas sabe uno cómo, durante el sueño: una convicción con la cual se despierta. Cuenta Élifaz el temanita:

A mí, empero, suele traérseme furtivamente una palabra,
Y mi oído percibe un leve murmullo de ella.
En pensamientos de visiones nocturnas,
Cuando cae profundo sueño sobre los hombres,
Apoderóse una vez de mí susto y horripilación,
Que hizo que se estremecieran todos mis huesos.
En seguida un espíritu se desliza suavemente ante mi rostro;
Erízase el pelo de mi carne;
Se detiene, mas no puedo discernir su forma;
Una apariencia está ante mis ojos;
Hay silencio; entonces percibo una voz, que dice:
"¿Acaso el mortal será más justo que Dios?"

No tiene mucho de común este sueño con el extravagante espíritu del sueño en que uno le echa por leña a un horno ladrillos de pasta de chocolate o anda con nieve caliente al tacto. El antiguo amigo de Job despertó seguramente con la certidumbre de haber visto confirmadas las conjeturas de su impetuosa fe por una revelación de lo alto.

El ensueño citado puede ser literatura, pero es, no obstante, típico. La idea que el soñador tiene del mensaje nocturno, después de despertar, está descrita a perfección: la impresión de que había en él mucho más que no podía recordar despierto, y que mientras dormía tuvo conciencia de algo más grande de lo que realmente pudo percibir, no podían expresarse en la forma de un pensamiento articulado:

A mí, empero, suele traérseme furtivamente una palabra,
Y mi oído percibe un leve murmullo de ella.

Sintió que esa cosa, la revelación, era completa; pero reconoce que lo que el oído, el alma consciente, pudo recoger era sólo parcial.

Uno de los principales puntos referentes a semejantes revelaciones de la noche es que el que sueña tiene fe en los que se le aparecen, cualquiera que sea su opinión sobre los que se comunicaron con otros. La certidumbre es, después de todo, el resultado del acuerdo entre una proposición y el modo cómo uno cree íntimamente que son las cosas; y en el curso de las revelaciones en cuestión no abrigamos dudas, porque parece parte de nuestro ser esencial saber que son verdad. Uno puede vivir el resto de su vida sacando ánimos del recuerdo de una cosa que le infundió certidumbre, como a Elifaz el temanita:

En pensamientos de visiones nocturnas,
Cuando cae profundo sueño sobre los hombres.

# ¡SURSUM CORDA!

POR

J. PIJOÁN

Los cataclismos violentos, que fuerzan la evolución paulatina y normal, no entrañan, sin embargo, la ruina de la humanidad, de la civilización ni de la ciencia. Vemos desaparecer no sólo personalidades e instituciones, sino que contemplamos la caída de grandes ciudades. La raza humana parece inmovilizarse y hasta volver a la barbarie primitiva; mas, por difícil que sea explicarlo, este retroceso no afecta el progreso: el alma de la civilización sobrevive. Y quienes emprenden la ardua tarea de reconstituir el pasado, enriquecen los antiguos conocimientos adaptándolos al espíritu moderno. El autor desarrolla estas ideas ilustrándolas con interesantes ejemplos, y termina su artículo con una cita bíblica que inspira la repetición del título: *¡Sursum corda!*—LA REDACCIÓN.

OYESE decir muy a menudo que nuestra civilización moderna está sentenciada, y no cabe la menor duda que hay multitud de cosas destinadas a desaparecer más pronto o más tarde. Sin embargo, podemos decir confiadamente que lo que hay de más importante en el mundo civilizado no se perderá, ni se ha perdido nunca en parecidas vicisitudes que tuvieron lugar en el pasado. Por otra parte, la ruina de anteriores organizaciones ha sido siempre causada por la invasión de pueblos extranjeros (*Völkerwanderung*) que no sólo ignoraban las costumbres de los pueblos civilizados, sino que tenían otros gustos, diferentes idiomas y creencias; mientras que al presente el cambio, si ocurre y cuando ocurra, no será el resultado de una irrupción extraña, sino la evolución de jefes de una misma familia, el hombre con zaragüelles de obrero sucediendo al hombre de sombrero de copa.

Indudablemente que si sobreviniera la dictadura del proletariado, desaparecerían en gran parte el lujo y el refinamiento que estamos acostumbrados a considerar como esenciales para la civilización. Escasearían muchas cosas que nos procuran alegría y placer, y por algún tiempo las echaríamos de menos.

Por ejemplo, el otro día estuve leyendo la descripción de una visita que hizo la hija del conde Witte a un palacio de Petrogrado en 1918, cuando todavía lo habitaba la famosa bailarina Tchesinskaya; y sería imposible consignar aquí la infinidad de detalles referentes a la servidumbre, a la variedad de flores de colores raros, a los exquisitos perfumes de la magnífica residencia que ocupaba la pequeña bailarina. Pocas semanas después estaba instalada en el palacio la imprenta que editaba el *Pravda*, órgano oficial bolchevista en Petrogrado.

Sucede lo mismo con el instituto deo Smolny famoso liceo fundado por la gran Catalina para educar a las jóvenes nobles rusas para damas de la corte. Recuerdo la extraña impresión que me hizo ver una reproducción del vestíbulo de este palacio en una exposición del arte ruso. El salón de espera estaba decorado con los re ratos de las alumnas del instituto que habían alcanzado mejor éxito, pintados por los antiguos maestros de la pintura rusa; y pude comprender el pesar que causa a algunos de sus compatriotas ver este suntuoso edificio y sus hermosos jardines utilizados como cuartel bolchevista, mientras marineros y guardias rojos atraviesan pesadamente los salones cuyo piso sólo hacían resonar en otro tiempo los elegantes zapatos de aristocráticas damas.

Al presente vemos desaparecer no sólo personalidades e instituciones, sino que contemplamos la caída de grandes ciudades, tales como Viena. En una ocasión, el alcalde de la ciudad expresaba la esperanza de que Viena sobreviviría como una curiosidad histórica, como una especie de Venecia. Pero es poco probable que pueda compararse la una con la otra. Venecia fué siempre una ciudad activa y un gran puerto, y aun en la época napoleónica, cuando su fortuna se encontraba en su mayor decadencia, se construyeron algunos hermosos palacios en el gran canal. Hoy

es un centro muy importante industrial y marítimo. Viena nunca podrá revivir como Venecia; ni despertará jamás la curiosidad intelectual de que Roma fuera objeto en la edad media. El estilo de los palacios de María Teresa, privados de sus ujieres de brillante uniforme, parece muy trivial.

Y aun nos aguardan pérdidas mayores que éstas. Sufrirán menoscabo la ciencia, la ilustración y la cultura. Despertaremos cualquier mañana privados de muchas cosas preciosas y sagradas. No sólo en Rusia y en Austria se verán reducidos a la miseria los hombres de ciencia y abandonados los laboratorios: nos llegarán peores nuevas y más cercanas; lloraremos pérdidas irreparables. Imaginemos lo peor. Supongamos, por ejemplo, que el British Museum haya sido volado en una de las últimas huelgas; o que la Óxford University haya sido quemada por una banda de rojos (fuerzas regulares del gobierno de Cárdiff) huyendo de la milicia regular del gobierno de Londres, o sea del "gobierno blanco" que actúa bajo la dictadura de Winston Chúrchill. (Por supuesto que no es de esperar que sucedan estas cosas, como lo advertimos al principio, pero pueden servir como ilustraciones.) Mas, aun cuando hubiéramos de contemplar tales pérdidas, no desaparecerían nuestras preciosas conquistas científicas y civilizadoras. La humanidad parece a veces inmovilizarse y hasta volver a la barbarie, o a la más primitiva forma de vida; y, sin embargo, por difícil que sea explicarlo, este retroceso, como lo demuestran pasadas experiencias, no afecta el progreso. Sin ocuparnos de las edades prehistóricas ni del derrumbamiento de los imperios orientales, tenemos en Europa, en tiempos históricos, dos ejemplos de civilizaciones que habían alcanzado un grado de desenvolvimiento comparable al nuestro, y que fueron destruídas de raíz, viéndose obligados nuestros antecesores a comenzar de nuevo.

El primero de estos casos ocurrió en el siglo nono antes de Jesucristo. Por esa época florecía en la parte oriental del Mediterráneo una civilización a la que hemos dado el nombre de cultura prehelénica. Los castillos de los magnates micenos y los palacios de Creta podían jactarse de un refinamiento femenino quizá comparable al del instituto de Smolny de Petrogrado. El gran monarca de Creta, que vivía en el palacio de Knosos, gustaba de rodearse de eruditos y artistas que poseían conocimientos que orgullosamente proclamamos hoy como descubrimientos recientes. De improviso invadieron Grecia los bárbaros del norte: dorios ignorantes, desnudos, de atléticas formas; y aparentemente fué arrasada la próspera civilización prehelénica.

Indudablemente desapareció el progreso material, el refinamiento en el arte y gran número de conocimientos diversos; pero, lo digo confidencialmente, ahora que nos son conocidos los resultados de este suceso, ninguno de nosotros quisiera haberlo evitado. ¡Cuán monótona se hubiera tornado la civilización griega sin esta irrupción de los bárbaros dorios! El arte helénico se habría convertido en estilo baroco, y en una o dos centurias más, la religión y la ciencia se habrían hecho convencionales. No se perdió, pues, ni una partícula de lo que era de verdadera importancia; el alma de la civilización sobrevivió. Vemos esto claramente en las artes plásticas, y podemos juzgar que pasó otro tanto en las ciencias físicas y en la literatura. Los poemas de Homero, compuestos y revisados después de la catástrofe, tuvieron como base las antiguas tradiciones y mitos de los tiempos prehelénicos, pero la inconsciente influencia de las nuevas razas les dió ese espíritu moderno que los hace tan preciosos para nosotros. Si en vez de aquellos poemas del siglo siete, nos hubieran llegado simples cuentos micenos, ¡qué deficiente fuera su belleza! Es fácil imaginar que su literatura sería análoga a la que se encuentra en las inscripciones orientales cuneiformes: literatura particular de un pueblo, sin la universalidad que distingue los poemas de Homero, y que es el resultado de la colaboración de dos diferentes y casi antagónicos espíritus.

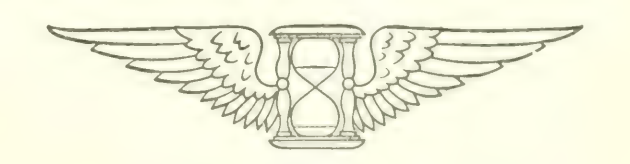
Encontramos el segundo ejemplo de una civilización destruída por la barbarie en el siglo cuatro, cuando cayó el imperio romano, y los germanos ocuparon las provincias occidentales. Todavía pueden verse las columnas rotas, los templos destruídos, las termas arruinadas y las ciudades abandonadas; y podemos formarnos una idea de cuántas obras intelectuales perecieron

y cuántos tesoros artísticos se perdieron en aquel tiempo. Lo repito, sin embargo: hoy, estudiados los efectos de aquella catástrofe, nadie querría haber detenido a los bárbaros en el Rhin.

Es más que probable que si la civilización clásica hubiera continuado su desarrollo normal en vez de hundirse, la humanidad habría alcanzado ciertos progresos materiales mucho antes de lo que ha ocurrido. Relojes y bicicletas habrían sido populares desde el siglo ocho; y los autómoviles y tranvías eléctricos contarían siglos de uso. La astronomía, las matemáticas y la física habrían llegado hace tiempo al grado de adelanto en que se encuentran. Pero la ciencia habría tomado un aspecto diferente, y es de temer que no hubiera sido tan interesante para nosotros.

Cada partícula de nuestros actuales conocimientos ha sido adquirida a costa del sufrimiento y constancia de los que emprendieron descubrir de nuevo el pasado; y en esta obra han enriquecido la antigua ciencia, adaptándola al espíritu moderno, nuestra más preciosa adquisición. Puede formarse un concepto de lo que habría sido la erudición y la labor clásica, si no hubiera sido destruída por los bárbaros. Tenemos el ejemplo de Bizancio. Allí la vieja civilización siguió su curso sin ser pertubada, y ¿cuál fué el resultado? ¿Dónde hubiéramos querido estar, caro lector, en los comienzos de la edad media? ¿En el Convento de Estudio en Constantinopla, con todas las obras de la literatura griega y latina, con todos los volúmenes de Esquilo y la colección completa de Menandro en las manos, o en el oeste tratando de descifrar el griego con Isidoro en Sevilla, o con Beda y Casiodoro? ¿Habríamos preferido visitar la soberbia mansión de Lausos, millonario bizantino de Constantinopla, con su jardín lleno de antigüedades, que contenía, entre otros tesoros, la Venus enidia de Praxiteles? ¿O encontrarnos al lado del bárbaro jefe de los galos con Venancio, Fortunato o Sidonio Apolinario, y oír sus cantos al amor del fuego? Algunos hombres modernos, ávidos de emociones, dirán: "Desearíamos haber estados en ambos lugares." Pero obligados a elegir, ¿qué hubieramos decidido? Sin duda alistarnos bajo el pendón de nuestros antepasados del oeste, luchar con ellos contra la obscuridad y tratar de abrir una nueva senda a la civilización. Si aun nos sintiéramos indecisos, nos preguntaríamos una vez más: ¿Habría sido preferible estar en el palacio real de Constantinopla al lado de Constantino Porfirogeneta, cuando escribía el libro de las *Ceremonias*, o con Carlomagno, en compañía de Alcuino, Teodulfo y Einhardo? Creo que la respuesta no admite duda.

Alguien dirá, sin embargo: "Todo eso está muy bien, pero, ¿por qué no tener ambas cosas? ¿Qué necesidad imponía la destrucción de una civilización clásica, con el único fin de tener que reconquistarla? El espíritu germánico pudo ingertarse en el viejo tronco romano. El progreso pudo avanzar mejor por medio de una evolución normal. ¿Por qué arruinar para reconstruir? ¡Parece que se quisiera abogar por las catástrofes! Siguiendo esa idea, muy pronto sería esencial para el progreso destruir, cada novecientos años, bibliotecas y laboratorios, y en seguida comenzar de nuevo." A lo cual replicaré: "Personalmente, tampoco soy partidario de tales experiencias, mas ésta parece ser la ley del espíritu: Si el grano trigo que cae en la tierra no muriere, él sola queda; mas si muriere, mucho fruto lleva."



# MANOS OCIOSAS

POR

EARL DERR BIGGERS

De cómo es imposible y hasta peligroso arrancar a un hombre activo de sus ocupaciones predilectas y acostumbradas, bajo pretexto de salud y necesidad de descanso físico y mental, y de cómo el trabajo no es desdoro sino honra y prez del individuo, es el tema que desarrolla en interesantes escenas el autor de esta linda y muy humana historieta que, estamos ciertos, ha de agradar inmensamente a nuestros lectores.—**LA REDACCIÓN.**

COMO de costumbre, al dar las ocho, Jim Alden abrió los ojos, arrojó a un lado los cobertores con rápido movimiento, y se sentó en la cama. Su mente despertaba activa, diligente, lista para resolver cualquier problema, por difícil o intrincado que fuera. Pero al tocar sus pies la rica alfombra extendida delante de su lecho, recordó de improviso la nueva situación. Apoderóse de él un sentimiento de inercia, de desesperación, y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Cada mañana sucedía lo mismo. Cada mañana despertaba con el deseo y la esperanza de un día activo, emocionante, como en el pasado, tan sólo para recordar un instante después que frisaba en los sesenta años, que se había retirado de los negocios, y que estaba muriendo a pulgadas en su hermosa residencia en el sur de California.

Acercóse lentamente a la ventana y miró hacia fuera. Pasadena es una ciudad de ocio. No se veía un alma por las calles. Alden suspiró y se dirigió a tomar su baño. Entristecíale la perspectiva del día inútil que le esperaba. Sería semejante a los anteriores, que gastaba en vagar de un lado a otro sin objeto, desde que se estableció en la localidad, tres meses antes. Nada que hacer, nadie con quien hablar, ninguna parte adonde ir: tortura que se interrumpía por una triste comida, para comenzar la nueva tortura de una larga y vacía velada, aguardando la hora de acostarse, para dormirse en espera de otro día exactamente igual.

"Más valdría morir," murmuró.

Durante el baño, su desconsuelo se convirtió en violenta indignación contra los médicos que le habían condenado a semejante existencia. ¿Por qué se había dejado impresionar por toda esa tonta habladuría acerca de "alta presión de la sangre, neuralgia del corazón, arterioesclerosis?" ¿Por qué había cedido a las instancias de su esposa y de sus hijas, que le exigían que vendiera su negociación de automóviles, abandonando el famoso motor Alden que él mismo había diseñado y que era su creación? ¿Qué habría sucedido, si se hubiera mantenido firme, ocupándose de sus negocios? Era la muerte quizá, la muerte en la brecha. Bien: allí era donde acababa la mayor parte de los hombres; era la muerte más feliz, la mejor manera de terminar.

Para algunos seres, reflexionó, la vida ociosa tiene sus encantos. Árthur, el esposo de Edie, no sentía inclinación por el trabajo. Pero Árthur era un mozo holgazán, nacido en la clase acomodada. Y Cárter Andrews, el brillante picaflor que hacía la ronda a Angie, no se interesaba al parecer sino por el *polo* y el *golf*. "¡Vaya, vaya!" pensó Jim Alden, experimentando cordial aversión por ambos jóvenes. No era de sorprender que tuvieran estas aficiones. Jamás habían conocido otra cosa; en aquel ambiente nacieron.

Sus propios comienzos habían sido muy diferentes. Mirando retrospectivamente contempló en lontananza sus cuarenta años de lucha. Doce años de mecánico en los talleres de Póntiac con las manos engrasadas y alimentando vastas ambiciones. Luego, el nacimiento del motor Alden, los modestos primeros éxitos del autómóvil de su nombre. La importancia gradual de los negocios, la vida desarrollándose hasta culminar en un grandioso desenlace, como un drama bien escrito. Finalmente la oficina, cargada de electricidad con las emociones del intenso tráfico: importantes decisiones tomadas entre el teclear de cien maquinillas

de escribir; la ola de telegramas y cables; los altos rimeros de correspondencia; y de pronto, el vacío, la nada. Ver desaparecer todo eso como si nunca hubiera existido. "¡Demasiado tarde!" pensó con amargura. "¡Demasiado camino recorrido durante cuarenta años para poder detenerse de repente!"

Bajó con desaliento las escaleras refunfuñando un "buenos días" a su mayordomo japonés, y oyó a Angie en el salón cantando una cancioncilla. Su fisonomía se despejó al acercarse a su hija. La muchacha vino a su encuentro, fresca y hermosa como una mañana de California, el ser más caro a su corazón.

—¿Cómo estás hoy, papa?—dijo besándole.

—¿Yo? Muy bien.—La pregunta le molestaba aun viniendo de Angie.—¿Te parece que tengo el aspecto de un inválido?—

Le contempló ella un instante, desviando al punto la mirada. Sí; supiéralo él o no, parecía un inválido. El cambio, que debía hacerle tanto bien, producía un efecto desastroso. Sus manos aparecían arrugadas y venosas; su rostro estaba pálido, y obscuras y abotagadas ojeras marcábanse bajo sus ojos. Angie suspiró con pesar.

—¿Qué es eso?—preguntó Alden señalando un papel que tenía ella en la mano.

—Es un cablegrama de Cárter Andrews, que cumple su promesa de enviarme un mensaje diario.

—¡Hum! Debe de estar loco por ti.

—Así lo pretende,—dijo ella sonriendo.

—Es extraño que te haya dejado para irse a correr el mundo.

—¡Oh! Es que se ha ido por negocios: asuntos relacionados con sus propiedades.

—Todo el mundo sabe el motivo de su viaje: se le agotó su reserva de licores y se ha ido al extranjero para poder beber. Y sigue bebiendo mientras da la vuelta al globo.

—Papa, no es generoso que digas eso.

—Pero es la verdad. ¿Pretende acaso casarse contigo?

—Sí. Pero no te preocupes. No pienso en casarme todavía. Con todo, Cárter me divierte.

—También divierten los monos; pero eso no es cualidad suficiente, ¿verdad?

—Vamos, papaíto regañón, ven a almorzar.—

Fueron al comedor. Mrs. Alden, Edie y Árthur estaban ya a la mesa. A fuer de marido correcto, Jim Alden se acercó a besar a su esposa, una cincuentona erguida y austera. Al dirigirse a su asiento, acarició con precaución la mejilla pintada de Edie. Árthur le saludó efusivamente, felicitándole por su buen semblante. Para Árthur todo el mundo tenía buen semblante. Jim Alden cogió su periódico.

—Deja eso, Jim,—ordenó su esposa;—tienes todo el día para leerlo.

—Es verdad,—contestó él, obedeciendo;—lo había olvidado.

—¿Cuáles son tus proyectos para hoy?—preguntó la señora.

—¿Mis proyectos? ¡Oh! Iré a Los Ángeles a mi oficina.

—¡Tu oficina! !Vienes aquí precisamente para dejar todo lo que signifique oficina, y lo primero que haces es ir a alquilar una! No veo para qué la necesites.

—A los viejos retirados nos gusta tener una oficina,—observó con vaga sonrisa.—Así tenemos donde ir en las mañanas, un lugar donde despachar la correspondencia.

—Toda la que te llega,—repuso ella desdeñosamente,—podrías despacharla en veinte minutos en la biblioteca.—Sintió el escozor; era verdad.—¡Si al menos fueras a jugar el *golf!*

—¡Eso es, papá!—exclamó Árthur con forzado entusiasmo.—Edie y yo vamos al club; vente con nosotros.

—No, no. Gracias. Hoy no; otro día.

—Tendremos mucho gusto,—mintió Árthur, disimulando su satisfacción. Él y Edie eran jugadores eximios, y se proponían arreglar una vigorosa partida de cuatro, a diez dólares el hoyo.

—Deberías ir,—insistió Mary Alden con acento quejumbroso;—el doctor Tillson dice. . . .

—Sí, sí;—convino Alden;—ya me decidiré. No soy opuesto al *golf;* es una recreación muy saludable después de un día de trabajo. Pero hacer de este juego el principal objeto de la vida, como algunas personas. . . .

—Edie,—dijo Árthur,—está aludiendo a mí.

—Papá, deja tranquilo a Árthur,—ordenó Edie.

—Me mortificas, Jim,—dijo ásperamente su esposa.—No eres feliz aquí.

—¿Yo? Muy feliz.

—Deberías serlo,—repuso, mirándole como si dijera: "Sé feliz o te rompo la crisma."—Pero no es así; el cambio no te ha hecho ningún bien, y es por culpa tuya. No quieres descansar, no te das al reposo. Deberías esforzarte en hacerlo, si no por ti al menos por mí y por nuestros hijos.

—A fuer de uno de estos queridos pequeñuelos,—intervino Angie,—yo diría que demos al pobre papá un poco de respiro. Le han quitado todo punto de apoyo, todo sostén, y ahora está como flotando en el espacio; con el tiempo se reafirmará y se convertirá en un gentil viejo desocupado, que se pase el día dando golpes a la pelota por todo el campo de juego, como los demás.

—¡Angie lo ha dicho!—exclamó Jim Alden con gratitud;—me acostumbraré al fin. Ahora todavía no sé dónde estoy parado.

—Bien. Procura averiguarlo. Yo, cuantas veces se ha tratado de adaptarme a nuevas condiciones, siempre he. . . .—

Continuó explicando lo que había hecho siempre, sin que nadie la escuchara; y pasó el rato.

Después del almuerzo, Jim Alden salió al corredor, siguiéndole Edie y Árthur, en elegante atavío de *golf*. El último había telefoneado al garage, y ya los aguardaba en la calzada un lindo y ligero automóvil. Alden sacó un cigarro y lo encendió con aire de desafío.

—Sería mejor que mamá no te viera con eso,—advirtió Edie. El guardia de policía femenino a quien se refería apareció pronto, evidentemente lista para un día de proficua labor.

—¿Qué es eso, Jim?—exclamó. ¿Fumando de nuevo?

—Es el primero hoy, Mary.

—El doctor Tillson dice. . . .

—Dice que disminuya poco a poco, y así lo hago, querida, puedes estar segura.

—Pero no es permitido fumar sino cuando estoy presente.—Y volviéndose a su hija:—tú y Árthur pueden dejarme en el club de lectura. Se prepara un gran banquete, y yo soy de la comisión. Y tú, Jim, no te ocupes de nada hoy: descansa.

—No hago más que descansar todo el día.—

Permaneció mirando el pequeño vehículo que se deslizaba rápidamente a lo largo de la asoleada calle, hasta que Angie bajó con un precioso abrigo de verano sobre los hombros.

—Papá, iré contigo a la ciudad, si no tienes inconveniente. Tengo que hacer algunas compras y almorzar con una amiga.

—Con mucho gusto,—dijo él, yendo a buscar su sombrero y su gabán.—

Cuando volvió a salir, les esperaba un soberbio limousine manejado por un japonés de fisonomía impasible. Ayudó a subir a Angie, y ordenó:—¡En marcha, Haku!—

Dirigiéronse velozmente a Los Ángeles en la espléndida mañana. Angie puso una de sus manos sobre la de su padre, abandonada con descuido sobre sus rodillas.

—Papá, tiene razon mamá: no eres feliz.

—¡Oh, Angie! Ahora me siento muy bien. Sólo que ha ocurrido algo que no es de mi agrado: me he vuelto viejo.

—¡Qué idea! Sesenta años no son la vejez.

—No lo eran en otro tiempo; pero al presente parece que es el fin. ¡Y me ha caído tan de repente! Antes, cuando estaba a punto de suceder algo que me desagradara, lo evitaba. Pero en este caso nada podía hacer.—

Angie estrechó cariñosamente su mano.

—Supongo,—continúo Alden,—que todos los viejos nos sentimos así: rebeldes. Querríamos atrasar el reloj. ¿Sabes? Yo daría mi último centavo a trueque de retroceder; de volver a comenzar, lleno de alegres esperanzas.

—Y yo, ¿dónde estaría?

—¿Tú? Estarías en tu cuna, en la vieja casa de la calle Tercera, hecha una linda y sonrosada nena. Fué una época muy feliz, aquélla en que viniste al mundo, hace veinticuatro años. Comenzaba apenas a trabajar, y éramos unos pobres diablos. Pasé las de Caín para pagar al doctor que te trajo a luz; pero fué la mejor inversión de dinero que he hecho en toda mi vida.—

Los azules ojos de Angie se llenaron de lágrimas. Desvió la mirada, dirigiéndola

hacia una línea de carteles que formaba parte del escenario.

—Papá, deberías esforzarte, como dice mamá. Si estuvieras contento, vivirías un siglo en este país. Prométeme intentarlo; hazlo por mí.

—Te lo prometo, Angie.

—Si pudieras encontrar algo en que emplear tu tiempo,—prosiguió la niña pensando en voz alta,—algo que te ocupara la imaginación. . . . —

Calló Angie; y cuando el automóvil se detuvo delante del alto edificio donde estaba instalada la absurda oficina, se inclinó y besó tiernamente a su padre. ¡Parecía tan solo y tan triste!

—Estarás aquí a las cinco como de costumbre, Haku,—dijo Alden al bajar.

—¡A las cinco!—exclamó Angie—¿Qué es lo que . . . ?—y se interrumpió. ¿Qué es lo que haría abandonado a sí mismo hasta las cinco! Pero después de todo, era asunto suyo. Se despidió de él con una sonrisa encantadora: —Adiós, papá querido.—

Tres minutos después abría éste la puerta de su pequeña oficina en el décimo piso. La atmósfera estaba caliente y pesada. Se apresuró a abrir la ventana, dejando penetrar el aire fresco tan afamado de aquella región. Al volverse, vió una carta sobre su escritorio. La cogió y abrió.

James M. Alden.

Muy señor nuestro:

Acusamos a usted recibo de la suma de diez centavos en sellos de correo, por cuyo valor, y según su pedido, remitimos a usted en cubierta separada un catálogo de los aparatos eléctricos que fabrica nuestra firma. . . .

"¿Bajo cubierta separada?" Miró alrededor; el catálogo no había llegado. Sintió cierta decepción. Le había ocurrido que quizá revisándolo encontraría algo que ocupara su mente. ¡Qué mal servicio el de correos!

Sentóse delante de su mesa escritorio, donde sólo aparecían una vacía cesta de correspondencia, un secante y un tintero. Con la llave que pendía de su cadena abrió los cajones tirando hacia afuera el primero algunos centímetros; en seguida desplegó su periódico y se puso a recorrerlo cuidadosamente como todas las mañanas. Después de las noticias del día, el mercado de valores y los editoriales, buscó la columna obituaria.

"Falleció en su residencia Édward Máckay, ex presidente de la Máckay Supply Company, retirado de los negocios hace un año."

"Murió en su residencia Péter Faxton, retirado."

"Henry Downs, dejó los negocios activos hace seis meses. . . ."

Se retiraron, y a poco figuraban en la lista mortuoria. ¡Qué corta distancia para casi todos ellos entre uno y otro acontecimiento! Trató de distraerse revisando la página deportiva. Pronto no tuvo más que leer. Dejó con desaliento el periódico y miró su reloj: las diez. Faltaban siete horas mortales hasta que llegara Haku con el automóvil. ¡Siete horas! Quedaban los cinemas, es verdad, pero no antes de la tarde. Los odiaba, y, sin embargo, iba regularmente. Iría hoy también. Recogió el diario y después de estudiar cuidadosamente los anuncios, eligió su película de la tarde. Pero, ¿que haría el resto de la mañana? Daría un largo paseo: Tillson había insistido en el paseo. O se sentaría en un banco del parque con otros desocupados. Podría ir también a la biblioteca pública, instalada en el sexto piso de un edificio destinado a oficinas, porque la ciudad de Los Ángeles, que posee cinematógrafos por valor de un millón de dólares, no tiene mejor local que ofrecerle. Allí podría sentarse a leer, entre otros parias como él, algunos de los cuales parecía que nunca tomaban un baño, y se les notaba mal olientes.

Se asomó a la ventana del pequeño y tranquilo aposento. Afuera se oía el ruido y el bullicio del mundo que lo había arrojado a un lado. Abajo, a lo lejos, en la atestada calle, los hombres corrían apresurados a sus negocios. ¡Sus negocios!

Jim Alden volvió a su escritorio, se dejó caer lánguidamente en el asiento y miró de hito en hito el secante que Angie le había ayudado a elegir. Era color de rosa, un color alegre, decía ella. De pronto se abrió la puerta y entró un joven de fisonomía jovial, que se quedó mirando en torno un instante, como queriendo darse cuenta de dónde se hallaba.

—Buenos días,—dijo,—¿a quién tengo el honor de hablar?

—Mi nombre es Alden, Jim Alden.

—¡Ah, sí! Mr. Alden. El nombre de usted no está en la puerta, ni lo he visto tampoco en el directorio de la entrada.

—No. Mis negocios no lo requieren. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Mr. Alden, quiero pedir a usted un favor. Quiero que se detenga usted un momento entre el torbellino de los negocios, que se detenga un momento y piense.

—¿En qué?

—En el futuro.

—¡Ah, sí!—dijo Alden sonriendo.—A decir verdad, joven, precisamente en eso estaba pensando cuando ha entrado usted.

—¿Es posible? ¡Cuánto me alegro! En ese caso, habrá comprendido usted cuán incierto es el futuro. Si le sucediera a usted algo, ¿que sería de su familia?

—¡Ah! ya entiendo, hijo. Usted coloca pólizas de seguros.

—Sí, señor; de seguros sobre la vida y de accidentes. No creo que la compañía le diera a usted una póliza de vida a su edad; pero, ¿por qué no tomaría usted una de accidentes? Son muy frecuentes los accidentes en Los Ángeles. De cada mil personas que caminan por la calle, cinco serán víctimas de los automóviles antes de que termine el año.

—Sí; pero yo soy muy precavido. Llevo una vida muy tranquila.

—Eso precisamente era lo que decía siempre Mr. Jámieson. ¡Pobre Mr. Jámieson! Tenía su oficina en este mismo edificio; creo que en este piso. Acostumbraba pasarse el día recostado en su sillón, justamente como está usted ahora, y me decía cuando venía a verlo que no era probable que le ocurriera nada. Y, ¿sabe usted lo que pasó?

—No. ¿Qué?

—Un día resbaló la silla debajo de él.—Jim Alden se enderezó vivamente.—Su cabeza chocó contra el radiador. No sé cuál sería su último pensamiento, pero podría apostar que deploraba no haberme escuchado.—

Alden se echó a reír.—Es usted un visitante entretenido, hijo mío. Yo no necesito ninguna póliza de seguro hoy, pero siempre que pase usted por aquí entre a mi oficina.

—Mr. Alden,—dijo el joven levantándose,—voy a hacerle una pregunta algo peculiar. ¿Me invita usted a volver por que haya alguna probabilidad de que entremos en negocios, o desea usted que venga para conversar?

—Bien. . . . Yo. . . .

—Usted está retirado de los negocios, ¿no es así?

—Sí; hace tres meses.

—¿Y se siente usted como un pez fuera del agua, completamente aburrido?

—Exactamente.

—Así lo adiviné, pues trato a muchos hombres que se hallan en la misma condición. Los hay por centenares en Los Ángeles. Tienen pequeñas oficinas como ésta, donde se pasan día tras día sin hacer nada. Cuando voy a verles me reciben con los brazos abiertos, me ofrecen cigarros. . .

—Dispénseme usted, tome uno.

—Gracias. Y me conversan de cuanto es posible: política, estado del mercado, aun de religión. Ahora bien; por mi parte soy sociable por carácter, y nada me gustaría más que ir a charlar aquí o allá; pero tengo familia que sostener, ¿comprende usted?

—Sí; lo comprendo. ¿De manera que hay muchos que están en mi situación? Nunca se me había ocurrido.

—En esta misma casa habrá una docena. Me dan pena todos ellos, pobres diablos. A algunos les he ofrecido, gratis completamente, una pequeña idea mía, pero hasta ahora ninguno ha tenido suficiente decisión para adoptarla.

—¿Una idea?—preguntó Alden.

—Es muy bueno este cigarro,—dijo el joven sonriendo y volviéndose a sentar.—Le concedo a usted diez minutos más por su excelente aroma. Apuesto que usted lee cuidadosamente su periódico, pero que nunca se ha detenido en la columna de "Oportunidades para negocios." ¿No es así?

—No puedo decir que lo he hecho.

—Hágame el favor de pasarme el diario. Aquí tenemos tres columnas de anuncios al respecto: "*Se vende*— Una lucrativa peluquería en San Diego: dos sillas, tres lavatorios, buena clientela." ¿No es verdad? !Mire! "*Carnicería*—Trabaje usted independientemente. . . ." Utilidad a medias en un acreditado *Salón de Belleza*'. . . . No sirve; hay que huir de las bellezas acreditadas. "Se necesita un so-

cio para un garage y estación de servicio para autos."

—¡Ah, un garage!—dijo Alden pensativo.

—No tengo tiempo de leerlos todos,—continuó el joven;—pero ya comprende usted mi idea. Si yo fuera uno de esos millonarios retirados, no me sentaría a esperar al empresario de pompas fúnebres. Si me obligaban a dejar mi negocio acostumbrado, me buscaría otro en alguna de estas pequeñas localidades y lo manejaría, como una especie de juguete, por supuesto, para tener algo en que pensar y en que emplear mi tiempo; viviría satisfecho; les jugaría una mala partida a los médicos, y alcanzaría una edad avanzada. ¿No le parece razonable?

—Sí; efectivamente.

—Me alegro mucho. Y ahora, me voy. Si se decide usted a seguir mi consejo y le resulta bueno, no olvide que me debe una pequeña póliza. ¿Quedamos en eso?

—Si resulta, joven, si resulta. De todas maneras, vuelva a verme.

—Cuente conmigo. Me llamo Kurtz; aquí le dejo mi tarjeta. Hasta pronto; y no se meta en el salón de belleza. Exceptuando eso, puede arriesgarse en cualquiera otra cosa.—

Y salió, dejando a Jim Alden con el diario en las manos. Por largo rato, el inventor del famoso motor Alden permaneció sumido en reflexiones. "¿Por qué no?" se preguntó a sí mismo. ¿Por qué no un pequeño garage en cualquier parte, donde pudiera ir, encontrar gente, charlar, discutir las ventajas de los motores con hombres entendidos como los que había conocido y apreciado en Póntiac? Era una idea espléndida.

Pero, ¿qué diría Mary y su austero aliado el doctor Tillson? No más negocios, ¡lo había jurado! Pero eso se refería a los grandes negocios. Y lo que Mary deseaba era que estuviera contento, que no se quejara. Además, no era necesario que lo supiera. Este último pensamiento le hizo reír. No era dado al engaño por carácter, pero se creía con derecho a buscar la felicidad donde pudiera encontrarla, sin que nadie interviniera. ¿Por qué no ensayar una especie de vida doble? Sólo Angie estaría en el secreto, y ella comprendería y simpatizaría con el proyecto. No hacía dos horas que había manifestado vivo deseo de que tuviera algo en que ocupar su imaginación.

Volvió a repasar detalladamente las tres columnas. Había en venta muchos talleres de reparación de automóviles; pero uno de los anuncios llamó en particular su atención. Lo recortó y lo leyó repetidas veces:

SE DESEA UN SOCIO——Taller de reparación de automóviles y abastecimiento de gasoleno en camino muy traficado, en los alrededores de San Marco:—$2,500 por la mitad de la instalación, herramientas, carro de remolque, edificio y contrato de arrendamiento del terreno. Los libros pueden ser revisados por el comprador. No hay que perder tan buena oportunidad. Teléfono: San Marco, 5376; pídase por Péterson.

Jim Alden vaciló un instante; tomando luego su poco usado teléfono, pidió el número. Contestó el mismo Pétersen.

—He visto su anuncio y quizá podría entrar en negocio. ¿Que cuál es mi nombre?—Se detuvo un momento. De ninguna manera convenía hacer mención de Jim Alden, famoso en el comercio de automóviles; su secreto habría sido conocido en menos de una hora.—¡Oh! John Grant es el que habla.—Dió el nombre de un antiguo compañero suyo en los talleres de Póntiac. —Quisiera dar una ojeada al establecimiento. No necesita usted hacer eso; pero si insiste, ¿a qué hora puede usted venir? A las dos; muy bien. Me encontrará usted en la oficina número 1018 del edificio de Súrrey, Los Ángeles. ¿Sabe dónde es? Espléndido. Allí estaré.—

Colgó el receptor y se dirigió alegremente hacia la ventana. Sus ojos brillaban. ¡A las dos! ¡Tenía una cita, una cita de negocios! "Esto es mejor que el cinema," pensó con regocijo.

## II

MR. PÉTERSEN apareció puntualmente a la hora señalada. Jim Alden estaba muy dispuesto a encontrarle de su agrado, pero a la primera mirada quedó decepcionado. Era un hombre de baja estatura, con ojillos astutos y falsos. Estaba lejos de ser el tipo del mecánico alegre y jovial. Alden resolvió al punto no entrar en negocios con él; pero como no era cortés romper relaciones a la simple

vista del individuo, convino en ir a ver la propiedad.

En un viejo y derrengado Ford condujo el hombre del garage a Jim Alden por lo que parecía ser un camino de ronda; y cuando el inventor de la máquina Alden bajó delante de la propiedad de Pétersen, comenzó a flaquear su determinación. Estaba situado el garage en medio de hermosos contornos, en el cruce de dos carreteras, una de las cuales se notaba muy frecuentada. Tenía en frente un bosquecillo de naranjos, y detrás del pequeño edificio, se veían las montañas coronadas de nieve, que aparecían mucho más cercanas de lo que en realidad estaban. Pétersen le mostró el taller, y pudo cerciorarse de que su equipo era completo y se hallaba en buenas condiciones. Cuando volvieron al escritorio, tres carros a la entrada aguardaban que les proveyeran de gasoleno.—Y esto es lo mismo todo el día,—dijo Pétersen, acentuando la frase con un movimiento de la mano;—puede usted comprobarlo examinando los libros: quiero que los vea.—

Alden estudió los registros durante una hora. Eran de los tres años últimos y demostraban un aumento constante de tráfico, especialmente acrecentado durante los seis meses anteriores.

—¿Qué le parece a usted el negocio?—inquirió Pétersen, cuando hubo terminado la inspección.

—No es malo. Usted es dueño de la fábrica; pero, ¿en qué términos está el terreno?

—Lo tengo escriturado. Pago ochocientos dólares al año, como habrá visto usted en los libros. Es barato, bien considerado.

—Así me parece,—asintió Alden. No le agradaba Pétersen, pero el establecimiento era bueno. Probablemente llegaría a acostumbrarse al socio; y andaba por allí trabajando como ayudante, cierto mozo vivo y alegre llamado Álfred.

—¿Da usted plazos para el pago?—preguntó.

—No,—contestó rotundamente Pétersen,—la venta es al contado.

—¡Hum!—Jim Alden pensó en los once millones de dólares en que había vendido sus intereses en el este, y sonrió.—Bien, creo que podré reunir la suma.

—Entonces, ¿es cosa decidida que usted compra?

—Sí; mañana nos encontraremos, . . —y se detuvo. Había estado a punto de decir: en casa de mi abogado. Pero esto lo habría echado a perder. —Donde usted quiera,—concluyó;—llevaré el dinero.

—¡Bravo!—exclamó Pétersen con vaga sonrisa.—Fume usted un puro.—Y le pasó un buen cigarro de a diez centavos.—Vendrá usted por el tranvía, supongo. Baje en la esquina de las calles Primera y California, en San Marco, mañana a las diez. Conozco por allí un abogado; iremos a su estudio y arreglará el asunto.—

Jim Alden tomó el tranvía para volver a su oficina, llegando a tiempo justamente de cerrar su escritorio y aguardar a Haku con la limousine a la hora fijada. Sentíase algo emocionado, y le agradaba esta sensación. Era un hombre feliz.

Al día siguiente decidieron en el despacho del abogado que quedaría formada la compañía desde el primero del mes, que ocurría ser el lunes próximo, siendo jueves el día en que arreglaron el asunto. Firmado el contrato, y cuando los dos mil quinientos dólares del precio habían encontrado solícita acogida en las ávidas y sucias manos de Pétersen, hizo éste una propuesta:

—Mire, Grant, he recibido un montón de respuestas a mi anuncio, y me ha entrado el deseo de realizar del todo el negocio para volverme a Dakota; pero como hemos convenido en que ninguno puede vender su parte sin consentimiento del otro, quisiera saber si tendría usted inconveniente en darme el suyo para transferir mi acción a un muchaco franco y simpático que quiere comprarla. ¿Qué diría usted?—

Alden sonrió complacido. Pétersen era la única sombra en su felicidad, y tendría mucho gusto en sacudirse de él.

—Por mi parte, convenido. ¿Por supuesto que será alguien que entienda del asunto, un buen mecánico?—Y por primera vez se fijó en que Pétersen no había estipulado esta condición respecto de él mismo.

—¡Por cierto que sí!—aseguró; pidiéndole en seguida que firmara un memorándum autorizándole para vender.

—Muchas gracias, Grant. Nos veremos el lunes en el garage.

—Con repique de campanas,—asintió

Alden riendo. Al parecer, su risa contagió a Mr. Pétersen, quien se despidió muy alegre.

El domingo por la noche, Angie y su padre estaban solos en la biblioteca, y éste fumaba muy contento un habano prohibido.

—¡Hermosa noche!—dijo.—¿Sabes, Angie, que está empezando a gustarme California?

—Así lo he notado,—admitió ella sonriendo.—Pareces otro desde hace pocos días. ¿A qué lo atribuyes?

—¡Pues! Me estoy acostumbrando, creo. Acostumbrándome a la ociosidad.

—¡Nada de eso! ¡Estás tramando alguna diablura! A mí no me engañas.—

Alden se rió y se dirigió de puntillas hacia la puerta con fingida alarma. Regresando luego y encarándose con ella, le dijo solemnemente:

—Querida mía, se trata de algo muy grave y oculto. No repitas nunca a nadie lo que te voy a decir.

—Lo juro,—contestó Angie.

—Soy propietario de la mitad del garaje de Pétersen, situado a la sombra de las montañas justamente detrás de San Marco: negocio muy bonito, créeme.—

La muchacha se quedó con la boca abierta.

—Amor mío, he hecho retroceder el reloj del tiempo,—continuó él.—Si quieres ir mañana por allá, me encontrarás en traje de obrero como al principio de mi carrera; y puedo asegurarte que las perspectivas de éxito en mi negocio son brillantes.

—Pero, papá, ¿qué dirá mamá?

—La mar de cosas . . . si llegara a saberlo. Pero eso es lo más divertido: mamá no sabrá nada. El pobre inválido papá se hace llevar vacilante a su oficina por la mañana temprano; una vez allí, cambia de traje rápidamente y toma de prisa el tranvía para irse a su trabajo. Regresa por la noche, cansado pero dichoso. Si dejas escapar una palabra de esto, no eres mi hija.—

Angie se echo atrás en la silla riendo a carcajadas.—¡Viviendo una doble vida a tu edad, papa! ¡Es chistosísimo!

—Pero, ¿apruebas, no es así? Tú misma decías. . . .

—Claro que apruebo. Eso era precisamente lo que necesitabas; y la sola idea te ha probado maravillosamente. Pero, ¡si lo supiera mamá!

—Ya lo sé,—dijo él con tono medroso. —Pero San Marco está a diez millas de aquí; estoy a salvo. Si necesitas algo en mi ramo, ve a buscarme; soy nada más que un pobre joven que trata de salir adelante.

—Iré por allí mañana. Dime otra vez dónde queda.

Delineó un mapa para su hija en el revés de un sobre.

—Acuérdate,—dijo—que mi nombre allá es John Grant.

—¡Oh, papá!—exclamó.—¡Un nombre fingido! ¡Qué interesante!—

A la mañana siguiente, Alden rebuscó en su guardarropa hasta encontrar un viejo terno azul, brillante ya por algunos sitios, y que su mujer le había prohibido volver a usar. Se lo puso audazmente y bajó. Se suscitó una ligera discusión al respecto, pero su esposa no estaba al parecer en humor bélico y cedió.

A las nueve lo depositó Haku frente a su oficina. El edificio hacía esquina y tenía acceso por dos calles. Jim Alden atravesó el vestíbulo y salió por la puerta del costado. En una tienda de ropa se proveyó de zaragüelles y blusa azul obscuro de trabajo; avanzó una cuadra más e hizo una seña al tranvía, que tomó, dirigiéndose a San Marco. Cuando llegó a su nueva propiedad, le pareció que reinaba en torno cierto ambiente de soledad y silencio. Álfred estaba sentado en la corredera de un automóvil leyendo el periódico de la mañana, y no se veía a Pétersen por ninguna parte. Alden se encaminó al escritorio. Un joven alto y delgado, de sonrientes ojos grises, enderezándose en una silla, se levantó a saludarle.

—¿Dónde está Pétersen?—preguntó Alden.

—¿Es usted Mr. Grant, Mr. John Grant, —interrogó el extranjero.

—¡Ah! Sí . . . yo soy Grant.

—Mi nombre es Mérrick, Bill Mérrick. Estreche usted la mano de su nuevo socio, Mr. Grant. El viernes último compré la acción de Pétersen.

—¿Es posible? Bien; tengo mucho gusto de conocer a usted. Por lo visto, Pétersen no ha perdido el tiempo.

—Me mostró un memorándum firmado por usted; espero que no tendrá usted nada que objetar. . . .

—¡Oh, no! Está muy bien. Me sorprendió un poco; eso es todo. No me importa cambiar de socio. Por el contrario, me agrada; y creo que hemos adquirido un negocio activo.

—Así parecía por los libros. Pero debo decir que hace hora y media que estoy sentado aquí y no ha caído nada.

—¡Ah! es que es temprano todavía; y, además, lunes por la mañana. Voy a ponerme la ropa de trabajo para estar listo. —Y el millonario abrió su paquete y extendió su armadura completa, procediendo a quitarse el saco.

—¿Supongo que usted entiende de automóviles?

—¡Oh, sí! Yo sé que la gasolina, colándose por no sé dónde, es lo que los hace caminar. Fuera de esto, estoy un poco a obscuras. Pétersen me dijo que usted era muy buen mecánico y que tendría gusto en enseñarme.

—Le dijo eso, ¿eh? . . .—

Jim Alden quedó pensativo, mientras endosaba sus zaragüelles. Mr. Pétersen iba haciéndose cada vez menos atractivo a medida que se descubría su carácter.

—Mire usted,—continuó el joven, que tenía maneras muy simpáticas, —yo estuve a punto de ser abogado. Aprendía las leyes en el estudio de mi padre en Duluth, cuando estalló la guerra. A mi regreso de Francia me escocían las plantas de los pies, como a una porción de otros muchachos. Una tía mía murió, legándome tres mil dólares; y, como había tragado un poco de gas en Argonne, que me proporcionó una tocecilla muy poco conveniente, tuve que venir a California, donde estoy hace dos meses buscando trabajo. ¿Ha tratado usted de conseguir trabajo aquí?

—¡Lo puede usted apostar!

—La provisión parece ser inferior a la demanda, ¿no es cierto? Mi dinero se iba como el agua en los fondinas, así que decidí la zambullida con Pétersen por dos mil dólares, que era todo lo que quedaba del legado de mi tía Elvira.

—¡Dos mil!—repitió Alden condensando sus ideas respecto de la conducta equívoca de Pétersen.

—Sí, señor; todo el capital de este pequeño aventurero. Tenemos que hacer que el negocio salga bien.

—¡Oh, sí! Así será.—Pero no estaba tan seguro. Pétersen aparecía bajo nuevos aspectos cada minuto.

Emplearon un par de horas en revisar el equipo y estudiar una vez más los libros que Pétersen obsequiosamente les había dejado. En toda la tarde, sólo dos autos se detuvieron delante del establecimiento; uno para pedir cinco galones de gasoleno y otro para preguntar por el camino. La sospecha iba tomando cuerpo en la mente de Jim Alden. Salió a la puerta del pequeño escritorio y llamó a Álfred, que se acercó al parecer un poco avergonzado.

—Mire usted, Al; no se hace aquí un gran negocio, ¿no es así?

—Es que . . . —dijo Al,—se hacía hasta el sábado último.

—¡Eh! ¿Y qué ha sucedido el sábado?

—¿No lo sabe usted?—dijo el muchacho, realmente sorprendido.—El sábado último se abrió el nuevo camino del estado, a dos millas al este de aquí. Ha estado impracticable durante seis meses.

—Ya comprendo. ¿Quiere decir que nos hallamos ahora fuera de la ruta de tráfico?

—Ciertamente. Este camino es al presente tan útil como una quinta rueda. No verá usted muchos transeuntes por aquí, excepto los que viven en las cercanías,—comentó.—Prodújose un silencio penoso.—Yo creía que Pétersen se lo hubiera advertido; él me aseguró que lo había hecho y que vendía la propiedad con gran pérdida.

—No nos lo advirtió;—dijo Alden lentamente.—Vuelva usted a su . . . trabajo, Al.—El muchacho salió.

—¡Muy bien! Éstas son excelentes nuevas,—exclamó Bill Mérrick con amargura. —¡Estafados! ¡Hasta el último centavo que tía Elvira y yo poseíamos en el mundo! —Se interrumpió y miró a su socio. La cara de Jim Alden expresaba profundo disgusto, que el otro interpretó como agudo sufrimiento.

—Y lo que es para usted,—prosiguió el joven,—será la pérdida de todos sus ahorros, ¿eh?—

Alden no replicó.

—!Qué desvergüenza!—continuó Bill. —Por lo que hace a mí no es tan grave;

¡pero usted que ya está viejo! Es decir, que ya no es usted tan joven. Pero déjelo a mi cargo. Encontraré a ese pícaro de Pétersen dondequiera que esté, y cuando lo encuentre . . . ¡oh, ya verá!

—Espérese un momento,—interrumpió Alden.—De nada serviría hallar a Pétersen. . . . Quizá podemos todavía salir adelante.

—Y ¿cómo?—interrogó Mérrick.—Venga a ver,—y lo sacó afuera. —Hermoso, tranquilo, un escenario idílico, ¿no es cierto? ¡Ni un solo auto a la vista, ni uno solo!

—¡Oh, sí! Allí viene uno,—dijo Jim Alden señalando.

Veíase venir a lo lejos por la desierta carretera, a razón de sesenta millas por hora, uno de los más nuevos y lucidos automóviles de Alden, manejado por Angie. Deslizóse rápidamente por la calzada que cortaba la esquina, y con airosa curva fué a deternerse entre el tanque de gasoleno y la puerta del garaje. Y sólo entonces distinguieron los ojos de la joven a Jim Alden que hacía una cómica figura con su uniforme de mecánico tan limpio y nuevecito. Una argentina risotada fué el tributo instantáneo que le rindió.

—¡Papá!—exclamó.—¡Apenas si te he conocido, picaronazo!—

Y al instante su linda cara expresó una viva contrición. El pesar y la contrariedad se leían en sus ojos, que pedían perdón humildemente. Durante todo el camino venía repitiendo: "John Grant, John Grant," una y otra vez. ¡Y de improviso había soltado la verdad echándolo todo a perder! ¡Siempre había de ser la misma!

Jim Alden estaba observando a su socio, que al ver a Angie se había quedado como quien ve a un ángel bajado del cielo. Y cuando en su deslumbrado espíritu fué penetrando lentamente el sentido de las primeras palabras del ángel, se volvió sorprendido hacia Alden.

—¿Papá?—exclamó.—¡Lo ha llamado a usted papá!

—Sí; en efecto. Esta señorita y yo,—dijo, levantando la voz lo suficiente para que oyera Angie,—somos antiguos amigos. Su padre y yo trabajábamos juntos un tiempo en los talleres de Póntiac, antes de que él hiciera dinero. Cuando su padre—su verdadero padre, quiero decir—compró su primer automóvil, yo era el que lo conducía, y acostumbraba pasear a esta niña por todo Póntiac. Con frecuencia se dormía en mis rodillas y sus cabellos se enredaban en el manubrio. Por entonces comenzó a llamarme papá, y tengo el orgullo de decir que ha continuado llamándome así.—Al hacer una pausa en su discurso vió clavados en él los ojos fascinados de su hija.

—Venga usted, Bill. Miss Angie, quiero presentarle a mi socio, Mr. Bill Mérrick. Bill, Miss Angie Alden.—

Mr. Bill Mérrick pareció quedar privado de la palabra cuando su mano tocó la de Angie.

—¿Cómo está su papá?—le preguntó Jim Alden.

—Mejor, mucho mejor,—respondió ella, dejando aún transparentarse su admiración.

—Papá, me parece que éste es un lindo sitio para un garage,—observó Angie echando en torno una mirada;—sobre todo, teniendo un socio, un socio tan simpático.

—Sí; es una suerte tener a Bill; nos hacemos compañía el uno al otro. De no ser así, encontraríamos muy solo este lugar, porque, vea usted, acabamos de descubrir que se ha abierto un camino nuevo al este, y que nos hemos quedado en seco, por decirlo así.

—¡Oh, cuánto lo siento!—dijo Angie.

—Así lo creo. El otro día que nos encontramos en Pasadena, le dije a usted que el negocio era bastante bueno, pero temo que fué una opinión prematura. Sin embargo, mientras hay vida hay esperanza, y saldremos adelante, ¿no es así, Bill? Además, Bill no tiene más que veinticinco años, y yo me siento rejuvenecer a cada minuto. Y ahora, ¿en qué podemos servir a usted Miss . . . Miss Angie?

—Pueden venderme diez galones de gasoleno, si me hacen el favor.—

Ambos se apresuraron a atender a su pedido. Alden se hizo cargo de la bomba, y Bill Mérrick tomó por su cuenta el depósito del automóvil. Al hacerlo se inclinó hacia la linda conductora:

—Debo haberle parecido estúpido cuando le fuí presentado,—dijo. —Pero, le diré a usted, me sentí trastornado. Me pareció demasiada dicha para ser real; quiero decir, el haber vuelto a verla.

—¿Haber vuelto a verme?

—Sí. Nos habíamos encontrado en otra ocasión; imagino que usted no lo recuerda.

—Así es. Lo siento mucho.

—Es natural. Éramos algunos centenares y estábamos en un tren, en 1917, en camino al campamento. Fué en la estación de Detroit. Yo miraba muy triste por la ventanilla, y usted venía a lo largo del andén, y me dió un *sandwich*.

—¡Ah, sí! ¿Fué de jamón o de queso?

—No lo sé hasta el día de hoy.

—¿Tan malo estaba?

—Delicioso. Hubiera querido guardarlo en mi libro de memorias. Sólo que no tenía libro de memorias y sí mucha hambre y me lo comí. Después tuve un gran pesar. Hubiera querido conservarlo, conservarlo para siempre. Pero. . . . ¡Deténgase Grant! No le dé más a la bomba. ¡el tanque se derrama!

—¡Ah, es verdad! Dispénsenme. . . Me había olvidado de que lo hice llenar ayer.

—No son más que tres galones,—dijo Jim Alden decepcionado.—¿Necesita aceite para el motor?

—Sí; siempre se necesita aceitarlo, y yo nunca pienso en eso. Bill Mérrick recordó entonces que era socio de la empresa, y fué por el aceite, mientras Alden levantaba la cubierta del vehículo. Su hija los miraba hacer, reflexionando que Bill Mérrick era un joven muy agradable. Precisamente el camarada que necesitaba su padre. Y, ¡qué distinguido!

—¿No necesita llantas, cadenas, algo de eso?—preguntó Alden. ¿Nada más? Bien; debe usted dos dólares doce centavos.

Angie le dió un billete de cinco dólares, diciéndole noble y graciosamente:—Guárdese el vuelto, papá.

—¡Oh, no, Miss Angie! Sería abusar de su generosidad.

—Pero yo lo exijo.—Y volviéndose a Bill Mérrick.—No se desanimen,—continuó;—cuenten con que yo seré una parroquiana segura.

—¿Vendrá usted otras veces? ¡Magnífico!

—Por cariño a papá, que es bonísimo. Sea usted un buen amigo para él,—dijo. Y oprimiendo el pedal de su automóvil, partió.

Bill Mérrick volvió despacio al taller, y dejó en el suelo su cubo de aceite.

—Diga, papá. Yo también quiero llamarle papá, si no tiene inconveniente. Creo que algo dijo usted respecto de que antes su padre no tenía dinero.—¿Quién es ella, por fin?

—Pues, es hija del viejo Jim Alden.

—¡De Alden? ¡De James Alden, el de los automóviles?—Y el semblante de Bill expresó la más aguda desesperación. Se dejó caer sobre un banco. —¡Qué endiablada desgracia!—exclamó, lamentándose.

—Y ¿por qué?—dijo su socio.—Alden no es tan malo; me imagino que es bantante buen padre.

—Quiero decir: desgracia para mí.

—¿Cómo así?

—Creo que me oyó usted decirle que la había conocido antes, en Detroit. Y nunca he podido olvidarla. Nunca he podido fijarme en ninguna otra muchacha desde entonces. ¡Es una criatura maravillosa! He pensado en ella, he soñado con ella. . . .

Y se quedó mirando lúgubremente a lo lejos, frente a sí. Jim Alden lo contempló con nuevo interés. Le gustaba el muchacho, la expresión de sus ojos, su sonrisa, extinguida por el momento. Decididamente había algo muy atractivo en Bill Mérrick. El anciano lo comparó con Cárter Andrews que aquella mañana había enviado un nuevo despacho de Yokohama.

—Pero, ¿por qué esa desesperación?—interrogó.

—¿Por qué? Usted sabe quien soy, sabe lo que tengo. ¡Y descubrir ahora que es hija de Alden, un hombre que posee millones! . . .

—¡Tontería! Jim Alden no es mejor que usted o que yo. Lo conocí cuando era mecánico en Póntiac. Trabajábamos en el mismo banco. Me acuerdo perfectamente.

—Sí; usted se acuerda, ¿Pero, él? Podría apostar que ni con un diagrama podría usted probarle que alguna vez ha trabajado para vivir. Así se vuelven ésos. Me parece verlo, pomposo, finchado, importante. Podría usted imaginarse que yo vaya y le diga: "Mr. Alden: he venido a pedirle la mano de su hija." "Y ¿quién es usted?" "¡Oh! yo soy un Napoleón de las

finanzas, que compré un garage en un camino por donde nadie pasa. Y además de su hija, Mr. Alden, tengo que pedirle a usted diez centavos para pagar mi pasaje de regreso a la ciudad."—

Jim Alden se echó a reír.—Me parece que es usted algo prematuro. Por lo que puede juzgarse, Miss Angie tiene todavía el corazón y el pensamiento libres. Y por ahora, hijo, recuerde usted que debemos luchar contra la corriente, que tenemos un problema entre manos. ¿Va usted a hacerle frente conmigo, o voy a tener que buscar un nuevo socio?—

Bill Mérrick se puso de pie.

—Tiene usted razón, papá. Me trastornó de pronto volverla a ver. Pero ya ha pasado ese momento de debilidad. Que guarde Alden su hija y sus millones. Yo soy pobre, pero orgulloso. Soy paupérrimo, pensándolo bien. ¿Qué es lo que usted propone?

—Una cosa es indudable,—dijo su socio. —Tenemos que trasladarnos a ese camino nuevo; pero no vale la pena de transportar esta casucha. Debemos alquilar un terreno por allí, levantar un edificio nuevo y marcharnos cuanto antes.

—Pero este terreno está escriturado por dos años.

—Sí; y es un gran perjuicio. Son ochocientos dólares que deberemos cargar a pérdidas, y que tenemos que agradecer a Pétersen. Sin embargo, no me ha echado por tierra; me dejó un momento aturdido, pero ya estoy pronto para la lucha. Elegiremos con mucho cuidado nuestra nueva locación.

—Pero, papá, ¿no ve usted que todo eso es un sueño color de rosa? ¿Con qué fondos podemos contar para todo ello? Yo estoy casi en quiebra.

—No se preocupe usted por fondos. Ya le he dicho que Jim Alden es un antiguo amigo mío. Estoy seguro de que nos ayudará hasta donde sea necesario. Yo iré esta noche a verlo en su casa de Pasadena y le hablaré.

—¡Jim Alden!—exclamó Bill.—Me disgusta la idea de pedirle un préstamo a él, a su padre.

—¡Simpleza! Eso lo hará interesarse por usted. Y si sale adelante, lo respetará.

—¿Cree usted? Entonces, quizá convendría que yo vaya con usted.

—No, no. No es necesario. Yo puedo manejarlo mejor solo. Ahora, dejemos esto a cargo de Al, y vamos a ver ese nuevo camino y a echar una ojeada por los alrededores, de modo que cuando tengamos el dinero. . . .

—Parece usted muy seguro de conseguir el dinero.

—Por cierto que estoy seguro. Jim Alden hará cuanto sea posible en el mundo por mí.

—¡Dios mio! ¡Quisiera poder decir otro tanto!—dijo Bill Mérrick mientras subían al carruaje.

III

AQUELLA noche, el grupo de la familia estaba reunido en el salón. Árthur, que tenía una excelente voz de tenor, o al menos habría podido tenerla, estaba sentado al piano y cantaba una balada. Angie se levantó y fué a buscar a su padre a la biblioteca. Lo encontró sentado delante de su escritorio, sumido en reflexiones. —¡Bravo!—dijo.—Tenemos aquí al antiguo empleado de Alden; nuestro primer conductor de automóviles, al que tratamos como a un miembro de la familia.

—¡Chitón, Angie, chitón!

—¿Así que yo acostumbraba dormirme en tus rodillas? Realmente no me hizo gracia este detalle, que me hacía aparecer como una chicuela muy dormilona.

—Dije la verdad pura. Y pienso que salí bien del paso. En buen apuro me pusiste.

—¡Oh, papá! ¡Me arrepentí tanto!

—Después de haberte advertido, llegar corriendo a gritar "¡papá!" a voz en cuello.

—Fué una estupidez. Pero, ¡hacías una figura tan graciosa! ¡Ja . . . ja . . . ja!

—¡Silencio, muchacha! Y dime, ¿que te parece él?

—¿Quién?

—Ya sabes a quien me refiero: mi socio, Bill Mérrick.

—¡Ah! Me parece un joven mecánico bastante bueno. Por cierto que no me fijé mucho en él.

—¡Oh, no, por supuesto! Bueno, la próxima vez que vayas, mírale con un poco

de atención. Él tiene un alto concepto de ti, por alguna razón desconocida. Ese *sandwich* que le diste debe de haber estado envenenado, porque desde entonces no ha podido restablecerse.

—¡No digas! De todas maneras, eso es siempre halagador. Nos complace agradar. Pero, ¿cómo sabes?

—Me hizo más tarde sus confidencias al respecto.

—Pero, papá, ¡qué mal hecho! No es leal que le permitas confiarte sus sentimientos sin saber quién eres.

—¡Simpleza! Es una suerte para mí. Ningún padre tuvo nunca tan buena oportunidad para conocer a fondo a un posible yerno.

—¡Papá, qué disparate!—dijo Angie, mirándolo sorprendida.—Consiento en que vayas a alternar con esos muchachos ordinarios, a jugar con ellos; pero no debes introducir en tu vida privada a tus engrasados camaradas. No estaría bien.

—¡Oh! Ya despertarás más tarde,—repuso su padre.—Ese muchacho posee mejor educación que yo; es un caballero; y, además, está muy decidido.

—¡Ah! ¿Con que es hombre resuelto y peligroso? Gracias por la advertencia. Felizmente el antiguo amigo de la familia estará siempre a mano como rodrigón.

—Sí; estará. Y quiero que vayas a menudo. Una muchacha como tú puede estimular a un joven a levantarse y alentarle en su trabajo, y nuestro amigo necesita que le den un poco de valor. Ha empleado hasta su último centavo en este negocio, y parece que nos han cogido. —Y le refirió la duplicidad de Pétersen. —Procedí con demasiada precipitación,—admitió.—Me la jugaron. Pero, naturalmente, para mí esto nada significa. Quien me preocupa es el muchacho.

—Y ¿qué van a hacer?

—Pensamos buscar dinero y trasladarnos al camino nuevo. Como le he dicho a Bill, conozco mucho a Jim Alden, y justamente cuando entraste acababa de informar al viejo del asunto, pidiéndole que nos prestara diez mil dólares, y creo que lo conseguiré. Discutíamos el tipo de interés cuando nos interrumpiste.

—Pero Alden te quiere mucho; no te cobrará intereses.

—Alden es hombre de negocios; y, por otra parte, el asunto debe tratarse seriamente. ¡Me lo ha dejado al cuatro por ciento! Ha rebajado del seis al cuatro por antiguas consideraciones. No era posible que olvidara una amistad de tantos años.

—¡Magnífico! Y puesto que todo está arreglado, ven a reunirte con nosotros al salón. Oigo rumores de *bridge*, lo que significa que Árthur ha concluído de cantar.

—Convenido; pero no olvides lo que te he dicho: ven con frecuencia al garage. Le he cobrado afecto a Bill.

—Sospecho,—dijo Angie,—que no es tanto por lo que te gusta Mérrick cuanto por lo que te disgusta Cárter Andrews. Sin embargo, no intento trastornar las maniobras. Hasta he notado que Bill tiene ojos bastante bonitos.—

A la mañana siguiente, a las ocho como de costumbre, Jim Alden se sentó en la cama. Su mente corría tan suave y rápidamente como el famoso motor Alden. Estaba listo para resolver cualquier problema que los negocios del día pudieran ofrecer. Al tocar el suelo con los pies, recordó que esos problemas serían probablemente numerosos y serios, y su corazón palpitó de alegría.

¡Oh hermosos collados de Maxwelton,
Húmedos con el matinal rocío!

canturriaba con voz potente.

Su esposa, que lo oyó desde la habitación contigua, se sintió indecisa entre alegrarse o desconfiar.

Cuando Jim Alden llegó al garage, su socio lo esperaba ansiosamente en la puerta.

—Vengo un poco tarde,—dijo el millonario jadeando.—Tendré que levantarme más temprano en adelante.

—No importa,—replicó Mérrick.—¿Fué usted anoche a Pasadena?

—Ya lo creo que fuí.

—Y . . . ¿la vió usted?

—¿Que si la vi? No, hijo. Mire, se trata del negocio; yo no me proponía ver a Miss Angie sino a su padre, y así lo hice. Todo está arreglado. Nos presta diez mil dólares al cuatro por ciento; y que si necesitamos algo más, se lo hagamos saber.

—¡Debe de ser un excelente viejo el hombre!

—Así lo creo; pero quizá no soy imparcial.

—Bien,—dijo Bill, —ahora todo depende de nosotros. Debemos quebrarnos la cabeza para triunfar. Yo no quiero perder el dinero del padre de ella; ya comprenderá usted por qué. Quisiera saber algo más de automóviles.

—Eso está muy bien. Yo sé mucho, y le enseñaré.

—Es usted muy bondadoso,—replicó Bill Mérrick.—Yo también estuve algo ocupado anoche. Cuando salimos de aquí fuí a comer en una fondita de San Marco, y luego me lancé en busca de la mejor casa de pensión de la ciudad; tomé un cuarto y me trasladé. He formado el plan siguiente: tenemos que conseguirnos un local en cualquiera parte cerca del pueblo, y en seguida debemos ir de un lado y otro, mezclándonos con las gentes. Es decir, trataremos de hacernos amigos de los principales vecinos. No sería mala idea que usted también se trasladara por aquí. No se lo he preguntado todavía: ¿es usted casado?

—Sí . . . soy casado,—contestó Alden sonriendo.

—Bueno. Y ¿por qué no podría usted traer a su familia a San Marco?

—Siento no poder hacerlo por ahora, porque . . . he firmado un contrato de alquiler por la casa que ocupo.

—¡Qué lastima! Bien: entonces yo seré el que comience a hacer rodar la bola. Esta mañana en el almuerzo me he encontrado con el agente principal de inmuebles de la ciudad, y estoy citado con él para las diez y media. Nos va a mostrar todo lo que hay.

—¡Magnífico! Ya está usted en movimiento.

—Estuve despierto pensando la mitad de la noche,—continuó Bill.—Su socio se quedó mirándole, reflexionando cuánto daría él por amanecer tan fresco y rozagante después de pasar media noche sin dormir.

—Hay un millón de garages en el sur de California, y nosotros tenemos que hacer algo especial, algo que nos distinga de la generalidad; y que tenga un sello humano y simpático. Estoy resuelto a ello.

—Y yo también,—dijo el millonario calurosamente.

—Nos dirigiremos al público poniendo anuncios en el periódico de San Marco y carteles en los caminos: *Servicio de automóviles, con el acento en "servicio."* ¿Qué le parece esto como anuncio llamativo?

—Me gusta.

—Usted sabe lo que encuentran los turistas cuando su automóvil sufre algún desperfecto y acuden a un garage. Tropiezan con cualquier patán incompetente y gruñón, que les saquea el bolsillo, y casi a puntapiés los obliga a seguir apresuradamente su camino. No hallan simpatía ni amistad en sus contratiempos. Usted y yo nos interesaremos por nuestros parroquiamos; hablaremos de todo con ellos; y nos conduciremos como amigos suyos; y así volverán a ocuparnos. Establezcamos una casa al lado del camino. . . .—Bill Mérrick iba dejándose arrastrar a la poesía —y seamos un amigo para el hombre. Que sea éste el lema del Garage Misión.

—¿El Garage Misión?

—¡Oh! Me había olvidado de explicarle mi proyecto. Casi todos los garages son unas cabañas feas e inhospitalarias, todas iguales. ¿Por qué no levantaríamos nosotros un edificio especial? Con Jim Alden para respaldarnos, podemos intentarlo. Hagamos una construcción de estuco, pequeña pero limpia: una reproducción de alguna de las antiguas casas de las misiones. Ésa será nuestra divisa particular. Las cadenas que abrían los cerrojos de las misiones estaban siempre al exterior: lo que significaba: "Hospitalidad." Ése será también nuestro lema. ¿Qué opina usted?

—¡Hijo mío, es usted un espléndido socio! Me está usted infundiendo nuevo aliento.

—Ya sabía que el plan obtendría su aprobación. ¿Y quién podrá detenernos? Con el tiempo se verá un cordón de Garages Misión en todo lo largo de California. Sacaremos patente de la idea. Nos conseguiremos la agencia de algún buen automóvil. Y . . . ¡por vida de! . . .

—¿Qué es ello?

—¡Un pensamiento! ¡Su amigo de usted, Jim Alden! ¡Podremos tener la agencia de su automóvil!

—Pero él ya está retirado.

—No importa. Siempre será valiosa su influencia. Por supuesto que yo estoy perdiendo un poco la cabeza, como de costumbre; tenemos que empezar por el principio; lo demás vendrá solo. Usted y yo

seremos los reyes del garage en el sur de California.—Bill Mérrick se echó a reír. —¡Y pensar que yo estudiaba leyes! Pero ya es hora de ir a ver al agente.—

Media hora más tarde estaban con el agente en una esquina a cosa de diez cuadras de San Marco, donde el nuevo camino regional se cruzaba con otro bastante traficado.

—Pueden ustedes creerme,—ponderaba el agente,—si no fuera porque este camino acaba de abrirse, nunca hubieran podido conseguir tan magnífica situación. Quedan ustedes bastante cerca para acaparar mucha clientela de la ciudad, al mismo tiempo que la de los transeuntes. Si les parece bien, quedémonos aquí una hora y contemos los vehículos que pasan.—

Pareció buena la idea a los socios, y contaron un número considerable.

—Y esto es en la mañana de un día de trabajo,—dijo el agente.—Figúrense lo que será en domingos y días feriados. No harán mal negocio esta vez. Aquí se hace ahora todo el tráfico de que aprovechó Pétersen, y el doble más. Si desean ustedes una construcción provisional para ir obteniendo rendimientos, yo puedo conseguir alquilar por poco tiempo el terreno contiguo, donde en seguida pueden instalar el tanque de gasoleno y la bomba.—

Los socios aceptaron la propuesta; y de vuelta en la oficina, firmaron un contrato por cinco años. El agente los condujo en seguida al estudio de un joven arquitecto, instalado en la misma casa. Este caballero, que estaba con los pies encima del escritorio, tiró a un lado un tomo de historietas, y levantándose a recibirlos, acogió presuroso la ocasión que se le presentaba.

—Caballeros,—dijo,—seré franco; ustedes me caen como el maná del cielo, pues la construcción está paralizada, y me encuentro agarrotado. La idea de fabricar, aunque sea un garage, me hace palpitar el corazón.

—¿De dónde saca usted eso de "aunque sea un garage?"—dijo Bill Mérrick. No nos proponemos echar a perder el paisaje con una de esas casuchas corrientes que se hacen para el caso.—Y le explicó lo que querían.

—¡Soberbio!—exclamó el arquitecto.—¡Déjenlo a mi cuidado! Les construiré un edificio que a primera vista hará que los turistas lo busquen en su guía, y que al mismo tiempo sea práctico.—

Prometió pasar la noche en vela hasta terminar el diseño. Había mucha gente sin trabajo, dijo, y les ofreció terminar en una semana la construcción provisional, y el edificio en un mes. "¡Manos a la obra!" era su grito de guerra.

—Me parece,—dijo Jim Alden cuando salieron a la calle,—que lo mejor será que tome en seguida el tranvía y vaya a la ciudad a recoger el dinero de Alden y ponerlo en la cuenta de la sociedad, para hacer frente al pago del cheque que dimos por el alquiler. Y veré también a los del gasoleno respecto de la bomba.

—¡Vaya usted!—replicó Bill Mérrick. —¡Ya estamos en camino, socio! Nos esperan días felices.

—Días felices para mí,—asintió sonriendo el millonario.—

Cuando Jim Alden regresó esa tarde de sus ocupaciones en la ciudad, Bill Mérrick estaba llenando el tanque de un hermoso automóvil de la propia manufactura de Alden, en el cual estaba instalado un hombre delgado, de aspecto simpático, como de sesenta o más años de edad. Sus manos, que descansaban en el manubrio, eran morenas y nudosas.

—¡Hola, amigo!—dijo Jim Alden,—¿qué noticias hay de Íowa?

—Todo está muy tranquilo por allá,—respondió el hombre sonriendo.—Pero, ¿cómo sabía usted. . . .?

—En todas partes se reconoce a los hombres de Íowa,—contestó Alden riendo francamente; aserción que dejó al otro encantado. Jim Alden se acercó a la puerta del auto y entablaron una discusión política. Sus opiniones eran idénticas, y este encuentro fué el principio de una sincera amistad.

—Veo que posee usted un Alden; ¿cómo va su motor?

—Mal,—dijo el otro,—camina jadeante. Nadie sabe qué desperfecto tiene.

—Es un motor muy bien construído,—dijo el inventor con orgullo algo lastimado. —No debería usted dejarlo descompuesto.

Levantó la cubierta del motor. El hombre de Íowa saltó del carruaje para reunírsele.

—Nunca se habría desarreglado por sí

mismo,—dijo el dueño, pero estaba un poco sucio de carbón y lo dejé en un garage de esos que usted debe conocer, adonde va su automóvil con un defecto y vuelve con veinte. Daría cien dólares a por tener la dirección de algún buen mecanico por estas cercanías.

—¡Hum!—murmuró Alden examinando su querido aunque algo descuidado hijo. —¡Mire, mire aquí!—Con ojos y manos de experto recorrió todo el mecanismo, señalando varios desperfectos y corrigiéndolos. —El hombre de Iowa lo miraba hacer boquiabierto.

—¡Por vida de! . . .—exclamó;—usted conoce este motor más que el mismo viejo Alden.

—No, no más,—replicó éste riendo;—pero sí tanto como él. Y ahora ponga en movimiento el auto de usted.—

El desconocido volvió a su sitio, conectó su batería y puso el pie sobre el pedal de gasoleno, produciéndose al punto un sonido suave como el susurro de un gato engreído.

—¡Admirable!—exclamó el de Iowa.—Digo que es usted un portento. Es una lástima que estén ustedes por acá, fuera del camino principal.—

Alden lo informó de que iban a trasladarse.

—No van a estar lejos de mi casa. Tendrán ustedes todos mis trabajos. ¡Un mecánico tan competente! Voy a dar la noticia a todos mis amigos. Yo soy uno de los comisionados de la ciudad, y conozco a todo el mundo en San Marco.

—Mándenoslos a todos,—dijo Alden. —Nos proponemos complacer al público.—

El hombre de Iowa pagó su modesta cuenta y siguió su camino muy contento. Bill Mérrick se acercó corriendo y cogió la mano del viejo.

—¡Papá!—exclamó,—¡Dios me hizo ciertamente un gran beneficio enviándome un socio como usted!

—Vamos adentro,—dijo Alden,—y en diez minutos le enseñaré todo lo que sé acerca de este oficio.—Pero a decir verdad, se sentía muy satisfecho de sí mismo.

A las cuatro y media apareció Angie en la escena.

—No necesito nada para el auto,—explicó,—pero pasaba por aquí. Si va usted a Los Ángeles, papá, tendré mucho gusto de llevarlo.

—Es demasiada bondad de usted, Miss Angie.

—¡En nombre del cielo, restrégate bien las manos!—le dijo ella en voz baja.—Por primera vez recordó Alden que arreglar motores era un oficio que ensuciaba. No había notado sus ennegrecidas manos. ¡Le parecía tan natural, tan de otros tiempos!

Entró apresurado al taller, y Angie y Bill Mérrick quedaron solos.

La muchacha estudiaba sutilmente al socio de su padre, apreciándolo en detalle. Una conquista es una conquista, aunque lleve zaragüelles de obrero; especialmente cuando el conquistado es joven y guapo.

—¿Va adelantando el negocio?—preguntó.

—No mucho. Pero no importa, porque vamos a impulsarlo.—Y antes de darse cuenta de ello, estaba relatándole todo lo que habían hecho y todo lo que les había ocurrido durante el día.

—¡Me alegro tanto!—dijo Angie.—Está muy bien todo eso. Están ustedes en la vía del éxito, ¿no es cierto?

—Sí; así parece. Pero yo estaría en camino de la casa de pobres, si no fuera por papá.

—¿Papá?

—Sí; así lo llamo yo también. Es el mejor de los socios que existió jamás.

—¿Está usted contento de él?

—Proclamaré por todo el mundo que es un príncipe. ¿La complace a usted que le quiera?

—Naturalmente. Es un antiguo amigo.—

Mr. Bill Mérrick se inclinó hacia ella.

—Quiero mejor advertírselo con tiempo. Voy a hacer más que quererlo; imagino que antes de mucho lo amaré tiernamente.

—¡Oh!—dijo Angie.—Era un discurso muy corto, pero fué todo lo que pudo decir, con los ojos grises de Bill Mérrick tan cerca y . . . todo lo demás. Afortunadamente Jim Alden reapareció, después de haberse lavado las manos lo mejor posible, aunque infructuosamente, y subió al auto.

—Ésta es una buena suerte para mí. Miss Angie,—dijo, dejándose caer en el asiento rendido de cansancio.

—Y para mí también,—repuso ella con dulce sonrisa.—A propósito, Mr. Mérrick,

cualquier amigo de papá debe considerarse un amigo de . . . mi familia también. ¿No quiere usted venir a visitarnos alguna de estas noches?

—¡Oh, sí; ciertamente!

—Papá le dirá dónde vivimos. Adiós.—

El pequeño automóvil se lanzó por la carretera.

—Le dije a Haku que no venga por ti esta noche,—continuó ella, dirigiéndose a su padre.—Pensé que te podía evitar el trayecto en tranvía.

—Eso es muy amable de tu parte Angie, pero no lo hagas a menudo; nuestro joven amigo podría sospechar algo.—

Angie se volvió a mirarlo y se echó a reír.

—Si pudieras verte, no temerías eso. Nadie podrá establecer la menor afinidad entre Jim Alden y tú. ¡Pareces tan cansado y tan feliz! Creo más prudente que te deslices por la puerta falsa.

—Tal vez será mejor. Me fijé,—continuó, mientras el auto corría con mayor velocidad,—en que no perdiste el tiempo para invitar a Bill a ir a casa.

—¿No era eso lo que deseabas?

—Sí; en cierto modo. Pero, ¿qué va a ser de mí? ¿Dónde me esconderé?

—Tienes el garage desde luego,—dijo Angie riéndose.—Y en las noches de lluvia puedes meterte debajo de la cama.—

Por la noche, Jim Alden estaba con su esposa en el salón, sentado delante de un buen fuego, en tanto que los jóvenes habían ido a un baile que se daba en uno de los hoteles.

—¡Jim!—dijo ella de improviso,—¿qué tienen tus manos?

—¿Mis . . . manos?

—No están limpias; lo noté en la mesa.

—¡Ah, sí! Me puse a maniobrar con un motor en . . . en el garage. Ese Haku no entiende nada de motores. Y no es fácil tener las manos blancas cuando uno se pone a revisar un auto; debes recordarlo.

La señora no contestó, y Jim Alden sonrió complacido.

—¡Las bromas que tú me dabas por mis manos en otro tiempo! ¡Dios mío, Mary! ¿No es cierto que eran días muy felices aquéllos? ¿No desearías a veces volver a ese tiempo y que los dos fuéramos jóvenes de nuevo?—

Parecióle que el semblante de Mrs. Alden se suavizaba.

—No te vuelvas tonto, Jim,—dijo con gentileza.—No tiene objeto desear lo imposible.

## IV

PERO no era tan imposible como lo juzgaba Mary, al menos para su esposo. Las manecillas del reloj caminaban hacia atrás para él. Encontrábase una vez más al principio de su carrera, haciendo frente a una docena de obstáculos cada día y venciéndolos uno a uno. Todas sus energías estaban dedicadas a salir adelante.

En el transcurso de una semana trasladaron la mayor parte de su equipo al cobertizo provisional contiguo al lote que habían alquilado, donde ya estaba instalada la bomba de gasoleno; y el edificio nuevo adelantaba rápidamente. El primer día que pasaron en su nueva locación fué amenizado por la visita del hombre de Iowa, que se detuvo a comprar gasoleno, renovándoles la promsea de ser parroquiano suyo, promesa que cumplió. Los negocios iban cada día en aumento.

Jim Alden se encontró en más honduras de lo que se había propuesto. Cuando siguió el consejo del agente de seguros, imaginó al principio que daría sus vueltas por el garage como una especie de tío rico y condescendiente, dando una mano al trabajo cuando estuviera en disposición de hacerlo. Pero en el pie en que se hallaban, la situación requería mucho más de él, y a ello se avino, dando alegremente todo su tiempo. Cada día de entre semana lo hallaba en el trabajo, habiendo explicado con varias razones la imposibilidad en que estaba de servir los domingos, y exigiendo que por esta causa su socio percibiera un salario algo mayor. El ligero despacho de las noches estaba encomendado a Alfred.

Dos noches después de haber sido invitado por Angie, Bill Mérrick se presentó por primera vez en casa de los Alden. Jim Alden estaba en el salón cuando oyó la voz de su socio, y tuvo que escapar por la escalera de servicio. Por un rato estuvo dando vueltas en su habitación con algún mal humor—la comedia tenía sus desventajas—y acabó por acostarse temprano.

A la mañana siguiente, al llegar Bill Mérrick al garage, era la tristeza personificada.

—¿Qué tiene usted?—preguntó su socio.

—Estuve anoche en casa de Alden,—explicó Bill,—y aquello es peor de lo que me imaginaba. Quiero decir, que nunca creí hubiera tal riqueza en el mundo. ¡Un palacio real! ¡Jamás llegaré a su nivel! Más vale desistir. . . .

—¡Tontería! ¿Vió usted al viejo?

—¡Oh, no! Estaría por algún lado, sentado en su trono de oro, supongo. No podía molestarse por un ente tan insignificante como yo. Pero vi a Mrs. Alden. ¡Uf! Hubiera querido llevar mi ropa de lana. ¡Qué hielo, papá!

—Pero Angie, ¿no se mostró amigable?

—Angie es un encanto,—convino Bill Mérrick.—¡Ah! ¡Cómo quisiera que no tuviera un centavo! ¡O que hubiera alguna quiebra en el mercado de valores y el viejo quedara arruinado!

—En ese caso nos pediría sus diez mil dólares,—le hizo presente Alden.—Venga acá; ya es hora de la lección; hágame el favor de pensar en el trabajo.—

Bill estaba resultando un discípulo apto. Siempre le había interesado la mecánica, decía. En un mes supo lo bastante para ser calificado como un buen mecánico. A mediados de febrero estaba terminado el edificio nuevo, que era una reproducción de la misión del Carmelo, y en realidad muy bonito. El club de señoras de San Marco resolvió dar un voto de gracias a Grant y Mérrick por el buen gusto que habían desplegado, y toda la población les demostraba amistad.

Jim Alden se rejuvenecía cada día más. Si bien en los comienzos le dolían atrozmente los músculos y una que otra noche su andar era vacilante al volver a casa, todo eso pasó pronto; y ahora se sentía sólo cansado y deseoso de acostarse. Deleitábale armar y desarmar automóviles; y aun más placer le causaba hallarse en contacto diario con toda clase de gente, y cambiar ideas acerca de variados temas. Le sorprendía la facilidad con que representaba dos papeles en el mundo. Cuando llegaba al garage por las mañanas y endosaba el uniforme de trabajo, dejaba de ser Jim Alden para convertirse en John Grant. Podía aislarse y mirar a su antiguo camarada el millonario con absoluto desasimiento. Encontraba admirables algunos rasgos de Jim Alden; otros no le gustaban, y resolvía hablar a su amigo al respecto. Su esposa, siempre atareada con los asuntos sociales hasta quedar exhausta, parecía no sospechar nada; o al menos no lo demostraba. Quejábase a veces de haber telefoneado a la oficina sin obtener respuesta, pero Alden tenía siempre a mano una serie de coartadas: el club, el cinema, el paseo. Una noche, a fines de febrero, le habló de otro asunto.

—Ese joven Bill Mérrick,—comenzó. . .

—¿Qué hay con él? ¿Quién es?

—Es un don Nadie, parece, y no obstante viene muy a menudo a ver a Angie. Es preciso que te fijes en esto. No es más que un mecánico que posee un pequeño garage, no sé donde, en sociedad con un Grant que pretende ser un antiguo amigo tuyo.

—¡Ah, sí! John Grant.

—¿Entonces lo conoces? Yo he tratado de recordar el nombre, ¡pero todo eso es tan antiguo! Ahora bien: yo deseo que veas a ese joven y lo pongas en su sitio. Siempre que viene te metes no sé dónde.

—Ya lo veré, un día u otro.

—Pero esto es serio, Jim. Me parece que a Angie le gusta. Haz algo pronto, por favor. De un momento a otro podemos vernos en una situación embarazosa.—

Alden la tranquilizó con promesas vagas. ¡De manera que a Angie le gustaba Bill Mérrick!

Bueno, y ¿qué habría de embarazoso en todo ello? se dijo impetuosamente.

El 15 de marzo, Grant y Mérrick pudieron pagar a Jim Alden dos mil dólares de su capital. El joven estaba radiante.

—Lenta para seguramente,—dijo.—¿Sabe usted, papá? He hecho un juramento. Pienso que algún día le declararé a Angie que la quiero, y si ella me rechaza habrá acabado todo. Pero he jurado que no se lo diré mientras seamos deudores de su padre.

—Determinación muy juiciosa,—asintió Alden.

—Si es que puedo sostenerla,—suspiró.—Usted sabe, papá, lo hermosa que es, y que se viene la primavera. A veces tengo miedo de perder la cabeza y perderla a ella

en cualquiera de estas noches gloriosas y trágicas.

—Olvide usted la primavera,—aconsejó Alden, sabiendo que pedía un imposible. Hasta para su viejo corazón no podía pasar inadvertido el maravilloso cambio de las estaciones. Llegó abril, perfumando el universo; y el arquitecto del paisaje comenzó su obra en el prado de Jim Alden.

Una noche, a principios del mes, subiendo por la calzada que se asemejaba a una florida nave, encontró en el corredor a un antiguo amigo. El doctor Tillson de Detroit lo estaba esperando con vivo deseo de observar el efecto de sus prescripciones.

—Y bien, Jim Alden,—dijo el médico después de cambiados los saludos,—usted creyó siempre saber más que yo.

—¡Oh, no! No me atrevería a decir eso.

—Quizá no, pero lo pensaba usted. Ahora me perdonará si tomo mi desquite. Cuando le ordené dejarlo todo y venir aquí a vivir en completo descanso, ¿qué fué lo que dijo usted? Dijo que era su sentencia de muerte.

—Confieso que lo dije.

—Y ahora, ¡mírese usted! ¡Hombre, si parece tener diez años menos que la última vez que lo vi! ¡Es un milagro! Dispénseme que ponga el punto en claro: ¿era usted o yo quien tenía razón?—

Alden vaciló. Deseaba también tomar su desquite, pero el momento no era oportuno.

—Tenía usted razón como siempre, doctor,—contestó riendo.

El médico aprobó con la cabeza, admitiendo la aserción.

—¿Y qué se hace usted todo el día? Me dice su señora que tiene usted una oficina. Yo no apruebo eso.

—¡Oh! Solamente un sitio para holgazanear, doctor. Voy todas las mañanas. Luego tengo el club, los cinemas, los largos paseos.

—¡Magnífico! Ni pizca de trabajo, ¿eh?

—Nada que pueda llamarse trabajo.—Y Alden se metió las manos en los bolsillos.

—¿Va usted a permanecer con nosotros mientras esté por aquí?

—¡Mrs. Alden me ha invitado tan bondadosamente!

—¡Bueno, bueno!—Jim Alden reflexionó que la hora de su triunfo estaba próxima. —Está usted en su casa, doctor. En un instante vuelvo.—Y subió a su cuarto.

Por la noche estaba en la biblioteca con el médico, cuando entró su esposa diciendo;

—Jim, ahí está ese joven Mérrick. Quiere llevar a Angie a pasear en automóvil. ¿Vienes a conocerlo o tendré que sacarte por fuerza?

—No, no. No esta noche,—protestó Alden.—Más tarde.—

Ella se quedó mirándolo sorprendida, y su esposo dió gracias al cielo por la presencia del doctor, sin la cual se habría producido una discusión en la que hubiera resultado vencido.

—Muy bien,—dijo Mary.—Trataremos después este asunto.—Y salió.

Jim Alden se levantó inquieto, y se dirigió a la ventana. Sentía que su comedia no podía sostenerse mucho tiempo más, y que se aproximaba la crisis. Vió a Angie y a Bill Mérrick, que bajaban a la calzada. El perfume de una noche indescriptiblemente bella lo invadió. Una luna creada especialmente para los enamorados rodaba entre las estrellas. . . . ¿Podría Bill Mérrick cumplir lo que a sí mismo se había jurado? Jim Alden esperó que no sería así.

Cumplióse su deseo. A la mañana siguiente apareció su socio en el garage con el aire de un hombre mortalmente herido.

—Y bien, papá, ¡todo está perdido!—anunció.—Sucedió como me lo temía. ¡La primavera, la luna, el perfume de sus cabellos! . . . Yo sabía perfectamente que todavía debemos a su padre ocho mil dólares, ¡y sin embargo! . . .

—¡Cuéntemelo todo!

—Nos paseábamos por un camino de travesía más allá de la carretera de San Gabriel. Tan excitado estuve con la esperanza de verla, que había olvidado llenar el tanque de gasoleno, y de pronto el automóvil se paró a la sombra de un árbol. Parecía cosa de la Providencia. La tenía muy cerca. . . . ¡el asiento de nuestro viejo vehículo es harto estrecho! . . . ¡y de repente la vi en mis brazos sin saber cómo, y se lo dije todo!

—Y ella lo rechazó,—terminó Jim Alden con acento de simpatía.

—¿Rechazarme? ¡No por cierto! También ella me quiere, papá. Me dijo,—continuó Bill Mérrick, disipada su tristeza

como por encanto,—me dijo que era el momento más feliz de su vida.

—Pero usted no puede decir lo mismo, a juzgar por la cara que ha traído.

—Sí, puedo; sólo que. . . . ¡Dios me valga! antes de que ella hubiera acabado de hablar me di cuenta de lo que había hecho. ¡La hija de Jim Alden! ¡Era absurdo!

—Bien, ya no tiene remedio. ¿Qué piensa usted hacer?

—No sé. Anoche estaba medio loco. Le propuse que huyéramos, sin decir una palabra a su familia. . . . No sabía lo que estaba diciendo.

—Y ¿qué contestó ella a eso?

—Me dijo que le pidiera consejo. Que se dejaría guiar por usted.

—Juiciosa chica,—dijo Alden sonriendo.

—Debo decirle, sin embargo, que he cambiado de idea. No podría huir con ella; no soy tan cobarde.

—Por supuesto que no lo es usted.

—Pero, ¿qué haré?—dijo Bill Mérrick gimiendo.—Ella me ama, quiere casarse conmigo; no puedo abandonarla.

Alden se levantó, y poniendo una mano sobre el hombro del muchacho dijo:

—Sólo le queda una cosa que hacer

—Ya sé lo que quiere usted decir.

—Vaya esta noche a casa de Jim Alden y pida verlo. Lleve una orden de registro, y sáquelo de donde esté escondido, aunque sea de debajo de la cama. Dígale que usted es un joven correcto y decente, que goza de todas sus facultades, y que quiere casarse con Angie.

—Es lo que debo hacer, y lo haré,—aseguró Bill Mérrick,—aunque me muero de miedo. Usted comprende que él creerá que soy un cazador de fortunas.—Se puso de pie, y mirando con furia a su socio exclamó:—¡Maldito sea el dinero de Jim Alden!

—¡Su dinero!—repitió John Grant, el mecánico de media edad, mirando sobre el hombro.—No le permita usted que mencione su dinero. No lo hará, por otra parte, si es el mismo Jim Alden con quien yo trabajaba en Póntiac; pero si lo hiciera, si lo hiciera. . . .

—¿Y bien, papá?

—Póngalo contra una esquina y dispárele a la cara una pregunta, una sola: "¿Cuánto ganaba usted a mi edad?" Si quiere contestarle honradamente, le dirá que veintiséis dólares a la semana, y que se daba por muy contento.—

Se detuvo sudoroso. Estaba sumamente indignado con el altanero millonario.

—Papá, es usted una perla. Esta noche es la noche. Me encararé con él en su cubil . . . pero; ¡ay de mí! Quisiera que el día de hoy fuera muy largo. . . .

Esa misma tarde, a las tres, Jim Alden estaba parado frente a su garage gozando de algunos momentos de descanso. Álfred estaba ocupado en el taller, y Bill Mérrick había ido a la ciudad en busca de una pieza nueva para un automóvil que tenían en reparación. Inesperadamente, Alden vió que su propio limousine venía por la carretera con Haku en el manubrio. Ocupaban el asiento del fondo Mary Alden y el doctor Tillson.

En una o dos ocasiones, anteriormente, había venido Mary por los alrededores, y su esposo hubo de inventar algo muy urgente que hacer en el interior. Esta vez, su corazón latió un poco más aprisa al ver a Haku girar en redondo delante de la puerta del garage y detenerse junto a la bomba del gasoleno; y bajando cuanto pudo sobre su rostro el ala de su viejo sombrero de fieltro, se adelantó a recibirlos.

—Diez galones de gasoleno,—ordenó Mary Alden. No añadió "mi buen hombre," pero la frase se sentía en su tono.

—Muy bien, señora,—dijo Alden, y llenó el receptáculo. Hecho esto, se acercó a la puerta del automóvil.—Son dos dólares ochenta, si usted gusta,—murmuró.—

Era en su esposa un rasgo de orgullo no fijar nunca la atención en la gente de trabajo, y le alargó con desdén un billete de diez dólares. Entró Alden al garage y regresó con el vuelto. Al entregárselo se apoderó de él un espíritu de travesura. Echóse atrás el sombrero, y dijo mirándola en los ojos:

—Está muy bien, Mary. Puedes seguir tu camino.—

En el rostro de Mary Alden se pintó una expresión de . . . bien, una expresión que se quedó estereotipada.

—¡Jim Alden!—gritó el doctor.—¿Qué significa esto?

—Significa, después de todo, que estaba usted equivocado. Traté de seguir sus

prescripciones por algún tiempo, y me sentí peor, cada día peor. Si hubiera continuado, estaría hoy bajo las margaritas; pero tenía aun bastante sensatez para bajar del anaquel y desatar mis manos. Compré la mitad de este negocio, y durante los últimos cinco meses he venido todos los días, y los he pasado componiendo automóviles, hablando de política y gozando grandemente. Me decía usted anoche que parezco diez años más joven, y así lo siento yo mismo.

—¡Ah, sí!—exclamó su esposa recobrando por fin el uso de la palabra. —¡Satanás aprovecha de las manos ociosas para tentar al mal!

—Si esto es el mal, que me den más,—dijo Alden.—Y en cuanto a Satanás, me ha salvado la vida.—

Mirando hacia el camino, distinguió a Bill Mérrick, que se aproximaba, y continuó: —Ya hablaremos esta noche del asunto. Ahora repito mi invitación. ¡Sigan adelante!

Nadie se movió. Alden pudo ver a Haku, que lo contemplaba con los ojos fijos. Es opinión bastante generalizada la de que un rostro japonés no deja transparentar ninguna emoción. Esto es un error.

—¡Sigue, Haku!—ordenó Alden; pero aquél permaneció inmóvil. Comprendía que pasaba una cosa extraordinaria, y quería darse cuenta exacta de su significación.

—¿Obedecerás mis órdenes o no?—rugió el millonario.—

El japonés pareció al fin volver a la vida; oprimió el pedal; y el automóvil partió, desapareciendo la trastornada faz de Mary Alden de la vista de su esposo.

—Bien: todas las cosas buenas acaban,—decía Bill Mérrick a las cinco de la tarde,—incluso el último día de un condenado. ¡Pasado por las armas al anochecer! Creo que hubiera preferido que fuera en la madrugada.

—¡Anímese, hombre!—dijo Alden, sonriendo.—Si algo puede influir para ello, sepa usted que esta noche voy yo también a casa de Jim Alden.—Me ha invitado.

—¡Bueno!—replicó Bill con débil sonrisa, —Usted se hará cargo de mis restos.—

A pesar de sus bravatas en el garage, Jim Alden cruzaba esa noche su corredor algo amedrentado. Sentíase como un chicuelo que ha ido a nadar sin permiso y ha sido sorprendido. Le admiró encontrar a Mary en su habitación. Estaba sentada delante de la ventana, con las manos cruzadas en la falda. Fué a sentarse a su lado y comenzó diciendo:

—¡Y bien, Mary! Creo que me he portado como un mal muchacho.

—Así me parece, Jim.

—¿Qué vas a hacerme?

—Angie me ha contado toda la historia, y sólo me quejo de una cosa. ¿Por qué me has guardado el secreto?

—Porque te hubieras puesto en contra mía, Mary.

—Probablemente me habría opuesto al principio. Habría hablado mucho, pero al fin te habrías salido con la tuya, como de costumbre. Y más tarde, cuando vi que recobrabas tu salud y parecías tan feliz. . . .

—¿Quieres que sea feliz, Mary?

—Sí, Jim;—contestó ella dulcemente. —Eso es lo que importa: continuar felices el resto del camino.

—Hay otra cosa. Mi socio en el garage, Bill Mérrick, un bello carácter, Mary; lo conozco a fondo. Viene esta noche a pedir a Angie. No sabe que soy Jim Alden, y va a tener una sorpresa. Pero lo que quiero decir es que por mi parte lo acepto.

—¡Un mecánico!

—Justamente lo que yo era cuando te casaste conmigo. Tiene un porvenir, además. Nuestro negocio irá prosperando; yo cuidaré de eso, cuando le haya dicho mi verdadero nombre.—Inclinóse un poco más hacia ella y murmuró:—estarán en el mismo punto en que tú y yo nos hallábamos treinta años ha. No es posible volver a la juventud; pero podemos gozarla de nuevo en nuestros hijos.—

Mary fué a la mesa y cogió un paquete.

—¿Qué es eso?—preguntó su esposo.

—Busqué por toda la ciudad de Los Ángeles, y al cabo lo conseguí. Es jabón, Jim, esa clase de jabón que compraba para ti en Póntiac, ¿te acuerdas? ¡Era tan bueno para tus manos!—

Jim Alden se levantó y dijo rodeándola con sus brazos:

—Una sola mosca había en el unguento, Mary, que tú no lo supieras; esto no me satisfacía. Me parecía que algo nos separaba. Pero ahora ya pasó todo eso.

—Ya pasó todo eso,—replicó ella sonriendo.—Él la besó tiernamente. Parecía que estuvieran de nuevo en su casa de Póntiac.

Cuando Alden bajó vestido para la comida, pidió una conferencia inmediata con el doctor Tillson.

—Olvidé decírtelo, Jim. El doctor se fué a la ciudad esta tarde, y mañana sale para el este. Te dejó un recado,—añadió riéndose:—"Que presentaba su dimisión en favor de Satán."—

Después de comer, Edie y Árthur fueron al cinema, en busca de alimento intelectual. Alden, su esposa y Angie estaban en el salón. Cuando oyeron sonar el timbre, Alden se levantó.

—Es el pobre Bill,—dijo.—Voy a la biblioteca; llévalo allá Angie. No prolonguemos su agonía.

Apenas había tenido tiempo de sentarse detrás de su gran escritorio, cuando entró Angie, toda sonrisas, seguida de Bill Mérrick.

El joven socio del garage de San Marco llevaba su traje de etiqueta, y estaba más blanco que su almidonada pechera.

—Papá,—dijo Angie,—aquí está Bill Mérrick, que desea casarse conmigo.

—Ya lo sé,—contestó Alden.—Me lo ha dicho así varias veces.—

Bill Mérrick abrió la boca, pero no pudo emitir ningún sonido que pudiera considerarse una palabra. Quedóse parado, mirando fijamente al distinguido caballero que se parecía tanto al engrasado socio de quien se había separado tres horas antes.

—Bill,—dijo Alden,—nos hemos portado con usted de una manera algo ruin, pero no expresamente. Angie se lo explicará todo más tarde. Por ahora sólo quiero decirle que me habían relegado al anaquel, junto con los objetos inservibles, y que no hallando esto de mi agrado, bajé y compré la mitad del garage de Pétersen.

—¡Dios santo!—exclamó Bill Mérrick.—¿Usted es . . . usted es James M. Alden?—

Su socio vino hacia él y rodeó con sus brazos los hombros del muchacho.

—¿De dónde saca usted eso de James M.? —díjole.—Debe usted continuar llamándome papá.—

Y como esto resumía cuanto tenía que decir, dejó la habitación, cerrando tras sí la puerta.

# LA TEMPORADA DE CONCIERTOS

POR

CHARLES HENRY MÉLTZER

El favor creciente que el público norteamericano dispensa a los conciertos sinfónicos revela un despertamiento del sentido estético por la música pura, y mejor comprensión de las bellezas del arte excelso. Es algo diferente de la afición convencional por la gran ópera y por las triviales y plásticas exhibiciones de la opereta. Es la música misma, con sus emociones intensas y sublimes, que se hace susceptible de interpretación para los espíritus que se abren a sus bellezas. La última temporada de conciertos significa un triunfo para los amantes de la sinfonía, y para los directores y músicos de orquesta que han sabido encantar y atraer concurrencia cada vez mayor con su interpretación magistral de la música sinfónica, según lo expresa el autor del presente artículo.—LA REDACCIÓN.

DURANTE el invierno, Nueva York se desvivía por la ópera. Deleitábase con los artistas consagrados por la fama, y hasta con los novicios. Noche tras noche acudía a contemplar los palcos resplandecientes, llenos de hombres aburridos y de mujeres engalanadas y altivas. Pretendía apreciar la diferencia entre Verdi y Puccini; y discutía con calor la perversidad de *Salomé* y el voluptuoso encanto de *Tristán e Isolda.* Hacía lo posible por soportar la representación íntegra de *Parsifal* y se declaraba maravillado con *Carmen.*

La ópera era gala del invierno, testimonio de cultura e imán de la moda. No haber oído en el Metropolitan al último cantante, obscuro o célebre, equivalía a confesarse un pobre advenedizo. El tipo a la moda charlaba acerca de "Géraldine" y Caruso, como antaño una generación mejor dotada de sentido crítico habló de "Jean" y de la Calvé. Los tiempos cambiaron y las estrellas que antes parecieron deslumbradoras, palidecieron luego. Pero la afición por la gran ópera no cambió, y pocos de nosotros poseían suficiente sentido musical para comprender que, lenta pero seguramente, la ópera iba perdiendo su antiguo prestigio en el ánimo del público.

¿Y por qué? Porque los cantantes del día, aunque aplaudidos como sus más portentosos predecesores, fueron, con la única excepción del admirado Caruso, no precisamente estrellas, sino cantantes, o buenos actores e intérpretes, algunos de los cuales poseen voces cascadas. La mayor parte de los concurrentes a la ópera sabían esto de manera inconsciente; y, sin embargo, experimentaban un confuso desencanto, una extraña desilusión, cuando asistían a la representación de obras que en otro tiempo les parecieron mágicas.

Este desencanto puede explicar, por lo menos hasta cierto punto, el extraño y frenético interés que se observa en la metrópoli esta temporada por la música de concierto. Desde el mes de noviembre pasado se ha advertido una disminución en el interés por la ópera y un aumento sorprendente en el interés por lo que llamamos la música pura. Dentro de seis meses nuestras orquestas sinfónicas locales, además de cinco de fuera de la ciudad, sobrepujarán cuanto antes se había visto aquí o en cualquiera otra parte; y, si no mienten las estadísticas, Nueva York oirá, no ciento, sino doscientos treinta conciertos sinfónicos.

Para poder enterarse de estas funciones, nuestros atareados críticos musicales tendrán que asistir a nueve conciertos sinfónicos por semana, además de quién sabe cuántos conciertos particulares y de artistas dedicados a la música de salón.

Si las funciones de guardia de policía no son de envidiarse, ¿qué decir de las del crítico? ¿Cómo es posible que el más fervoroso amante de la música pura no se rebele ante tal plétora de arte melodioso? El profano no está en la obligación de escuchar sino la parte de la sinfonía que él quiera; pero el pobre crítico de arte tiene que oírla toda, o por lo menos todo aquello que el perpetuo estrépito de los conciertos y demás funciones, inclusive la ópera, le permite a un mortal percibir cada día. En otra época Nueva York contaba con dos sociedades dedicadas al culto de la sinfonía. La

más antigua, llamada la Philharmonic, tenía por única rival a la importante New York Symphony Orchestra. Existían, por supuesto, algunas asociaciones de menor importancia. Luego, una a una, las ambiciosas orquestas de Boston, Chicago, Filadelfia, Minneápolis, y, más recientemente, la de Detroit, comenzaron a visitar a intervalos la metrópoli; y hace cosa de un año, añadióse a los grupos de la New York Symphony Orchestra y la Philharmonic un tercer rival local.

Al principio se le conoció con el nombre de la New Symphony. En días recientes ha cambiado este nombre por el de National Symphony. Una guerra violenta y sin tregua existe entre esta corporación y las sociedades locales y foráneas. Día tras día, noche tras noche, semana tras semana, Mr. Stransky, Mr. Bodansky, Mr. Dámrosch, Mr. Stock, Mr. Óberhoeffer, Mr. Monteux, Mr. Stokowski y Mr. Gabrilovitch, directores de estas orquestas, han competido entre ellos dirigiendo hermosas sesiones de sinfonía. Y como si eso no fuera bastante para satisfacer el hambre y la sed actuales de música pura, un maestro extranjero, Toscanini, ha traído de Milán una novena orquesta.

Pero el resultado de este incremento repentino de la música no ha sido—excepto tal vez en el caso de una orquesta famosa aquí—el fracaso económico de todos los grupos contendores, sino un aumento considerable del público que asiste a los conciertos. Nadie puede decir cuánto durará la moda de la afición por la música sinfónica. Puede resultar un capricho efímero. Puede, sin embargo, perdurar por cierto tiempo.

En todo caso contribuirá a difundir la afición por cosas más nobles que la opereta; y el prestigio de la "gran ópera" puede quedar menoscabado, si los conciertos siguen atrayendo muchedumbres como al presente. Uno de los buenos frutos de la gran competencia que le hace el concierto, quizá sea el que la ópera mejore desde el punto de vista de la calidad. Dios sabe que se necesita con urgencia una reforma tanto en los cantantes del Metropolitan como en la actitud de su cachazudo auditorio. En nuestro principal teatro de ópera el arte de cantar y el arte y estilo del drama lírico no son hoy lo que eran antes.

Nuestros directores de música sinfónica están llenos de ardor y de celo. Luchan por el reconocimiento artístico y por algo más que eso: por la existencia de sus orquestas. Los sostenedores de la música pura en lo pretérito no fueron egoístas. Les guiaban móviles enteramente altruístas. Los Fláglers, Máckays, Púlitzers, de Coppets y otras personas ricas que han apoyado a nuestras sociedades sinfónicas aspiraron no a ganar dinero sino a difundir el buen gusto. No es para granjearse el aplauso social para lo que dieron o legaron dinero a instituciones tales como la New York Symphony Orchestra y la Philharmonic. A algunos les indujo su propia afición por la sinfonía, mientras otros, menos amantes de la música, deseaban estimular un arte agradable que, como bien lo sabían, es bello y capaz de ennoblecer el espíritu. Los palcos de nuestros teatros para conciertos están mal alumbrados. No ofrecen coyuntura propicia para la exhibición de los ricos trajes. Los ojos de las personas que se congregan para oír la música de Bach o de Béethoven están fijos en el tablado y no en los palcos. El director y los músicos de la orquesta significan mucho más para los sostenedores de nuestros conciertos que todos los millonarios de Nueva York juntos. La música pura tiene sus ventajas sobre la ópera: no halaga la vulgar vanidad de los necios. Y posee, además, otros méritos: ofrece reposo al espíritu fatigado, y, no obstante, despierta y aviva la imaginación. Puede no ser tan excitante como la gran ópera; pero, *en revanche*, estimula la fantasía y el sentimiento poético del auditorio que los goza.

Aun en el caso en que uno lea las notas del programa, lo que éstas dicen acerca del significado y los misterios de la música no lo convencen ni lo guían. Cien personas que oigan una sinfonía pueden atribuirle cien distintos significados. Los más eruditos comentadores del gran movimiento final en el *Coral* han discutido mucho si se trataba de una oda a la paz o a la alegría. A veces los compositores mismos han suministrado la interpretación. Pero aun entonces los que escuchan sus obras pueden preferir leer otras cosas distintas en los tonos, los temas y ritmos del compositor.

Los mencionados programas con notas son, no obstante, útiles en ciertas ocasiones. Es bueno saber antes de oírla, por ejemplo, que cuando escribió su sinfonía *Fantástica*, Berlioz estaba enamorado de Henrietta Smithson, y que cierto *leit-motif* o tema que se repite muchas veces en esa sobrenatural sinfonía expresa la idea de la amada. No hay mal en que se nos recuerde con frecuencia que en su *Sinfonía en do menor* Béethoven quiso evocar el destino. No hemos menester, empero, notas de programa para la *Inconclusa*, las sinfonías de Brahms e innumerables otras más. Preferimos dejar que nuestra fantasía se entregue a sus divagaciones cuando escuchamos la mayor parte de las sinfonías y poesías musicales.

La pasión actual por la música elevada de concierto hará mucho bien, exaltando nuestras facultades imaginativas y preparando muchos oídos torpes o descuidados para lo que el bardo llamó "la armonía de los dulces sonidos." Debe ayudarnos a formar juicio sobre la "gran" ópera, que es, con frecuencia, menos "grande" que la sinfonía. Un breve curso de música de concierto puede refinar nuestro gusto y hacernos más sensibles a las notas falsas y al estilo disparatado. No puede dejar de hacernos más escrupulosos cuando escuchemos la *Aïda* o *Louise*.

La sinfonía está exenta del reproche que los puristas formulan a veces contra la ópera. Aunque emotiva, por ser expresión de emociones, raras veces pinta la sensualidad y el crimen u otros parecidos asuntos de ópera. Canta serena o procelosamente, y raras veces evoca imágenes repugnantes. Expresa la alegría, la pesadumbre, la desesperación y la duda; pero las sugiere en tonos y términos de belleza. Ningún espíritu, por exquisito que sea, puede sentirse mancillado con los más tristes poemas sinfónicos de Strauss y Liszt. La mayor parte de las sinfonías son subjetivas, no objetivas: expresan sentimientos nacidos en el espíritu del compositor. Nuestros sentimientos, mientras las oímos, pueden ser diferentes; pero en cierto modo podemos comprender, a lo menos en parte, qué fué lo que movió al compositor a crear su música. Comprender la significación que tenía, por ejemplo, para un hombre como Béethoven, es casi imposible, a menos que el que escucha sea él mismo un Béethoven.

Mucho puede decírsenos acerca de la música de "programa," tal como la sinfonía de Londres de Vaughan Williams, en que sólo de vez en cuando aparecía lo que trataba de comunicarnos. Si hemos de creer las declaraciones publicadas para explicar su designio, Vaughan Williams deseaba interpretar para nosotros las varias formas y aspectos de su Londres nativo. Intentó describir algo de Holborn y el Strand, los remansos de Blóomsbury y los arrabales situados más allá del Támesis, en Wéstminster. Lo que logró sugerir fué mucho más impreciso. Algunas de sus frases, lejos de evocar paisajes ingleses y holgorios de los barrios bajos, lo transportaban a uno con la fantasía a las ruidosas calles de Nápoles. Las notas explicatorias del programa fueron en gran parte esfuerzo perdido en el caso que menciono; necesitábanse más para algunas otras obras que se ejecutaron en esta temporada. Nos gustaría saber quienes fueron los amigos que inspiraron las variaciones de Élgar en su *Enigma*.

Especial incremento ha recibido la sinfonía con la visita a Nueva York de tres magistrales directores de orquesta. Holanda nos ha enviado a Wílliam Méngelberg, del Concertgebouw; Inglaterra, a Álbert Coates, de la Sinfonía de Londres y del teatro de la Ópera de Cóvent Garden; e Italia nos ha devuelto a Toscanini. La presencia de semejantes maestros ha infundido nueva vida en nuestras orquestas y les ha inspirado inaudita emulación, y ha ejercido también influencia en el público, pues nuestros tres visitantes son tres celebridades, tan famosos en su género como Muratore, Mary Garden y Caruso. Cada uno de ellos es una persona de personalidad enérgica que ha realizado notables hazañas. Difieren extraordinariamente en su aspecto físico y en sus métodos. Toscanini posee la apariencia frágil de una caña y el fuego interior de una llama devoradora. Nos impresiona porque huye del bombo, por sus modales reposados y por su gran distinción. Sus manos son elocuentes: casi hablan. Sus ademanes son discretísimos, aunque revelan los mandatos de un alma despótica. Cuando uno contempla a este débil y mo-

desto maestro, le resulta difícil comprender cómo puede ser tan apasionado y tan heroico. Y, sin embargo, Toscanini fué sometido a juicio una vez, según dicen, por haber dejado casi ciego a uno de sus músicos que lo exasperó con sus descuidos. Pero también ha realizado actos más nobles: arrostró las hordas austriacas en Monte Santo. Desde el momento en que empuña la batuta se ve hasta qué punto domina a sus músicos. No necesita de gestos violentos para dirigir e inspirar su orquesta. El menor movimiento de sus manos obtiene una respuesta. Solamente para preparar algún pasaje intenso despójase de su calma habitual. Posee increíbles y exquisitas delicadezas. En cuanto a su interpretación de algunas célebres sinfonías, las opiniones difieren. Y, en conjunto, a algunos de nosotros nos produce impresión menos favorable como intérprete de la música de conciertos clásicos que como director de grandes dramas líricos. Es capaz de poner gran énfasis en pormenores secundarios y descuidar otros muchos más vitales. Pero al final de la *Sinfonía en do menor* de Béethoven, en el Metropolitan de Nueva York, nos cautivó con su poesía y virilidad.

El holandés Méngelberg es la antítesis del italiano: es pequeño y rechoncho, pero, con todo eso, un director de voluntad resuelta y autoridad prodigiosa. Su rostro, sus labios, sus ojos delatan su temperamento. Su frente, bajo el cabello crespo y desordenado, revela inteligencia. En su ciudad nativa de Ámsterdam adoran al gran hombrecito como a un ídolo. Hasta ahora no se ha dedicado mucho a la ópera: su campo es el de la sinfonía. Interpreta, con la misma segura autoridad, el estilo clásico y el romántico en música. Al parecer los compositores que prefiere son Strauss y Gustav Máhler. Pero se siente igualmente a sus anchas con Brahms y Béethoven, Debussy, César Franck y Héctor Berlioz. Fué la *Fantástica* del último de los compositores franceses nombrados la que escogió para aparecer por primera vez como director de la National Symphony, hace algún tiempo. Y no omitió nada del fuego y el encanto patético de esta extraña composición tan desdeñada. Su interpretación del episodio idílico y pastoral (el tercer movimiento) no habría desagradado al autor, a lo que se me alcanza. La escena final, en el infierno, posee legítimo horror y vivacidad fantástica. Cuando Méngelberg, antes de llegar a la sinfonía, interpretó el *Don Juan* de Strauss, nos hizo en cierto modo indulgentes para las cualidades de relumbrón de esta obra. Las sonoridades que de vez en cuando nos fatigaban en esta hueca ópera asumían, o aparentaban asumir, una significación real. Las frases sentimentales adquirían belleza mayor que cuando las creó Strauss. Nos olvidábamos de censurar los *clichés* del compositor.

Pero de los tres distinguidos visitantes que han dirigido conciertos en Nueva York durante esta temporada me inclino a poner al inglés Coates en nivel superior a sus émulos. Carece de la desconcertante sutileza del maestro italiano, y el impecable sentido del ritmo del holandés; pero es más amplio que el primero en la interpretación, y tan inspirador como el segundo, a juzgar, quizá prematuramente, por un concierto. Este inglés excepcional es grande en muchos sentidos: es corpulento, alto, algo pesado: tiene brazos y piernas fornidos, demasiado fornidos para resultar graciosos. Y mejor que todo eso, su ingenio es grande: emocional casi hasta la exageración, tiene la facultad de dominar sus emociones, de transmitirlas a su orquesta y al auditorio. Su dirección, en el primero de los tres conciertos de que estaba encargado aquí, electrizó a la grave New York Symphony Orchestra. Aun lo mejor de la música clásica con que contamos hoy en los Estados Unidos parecía sobrado frío y escolástico, hasta que Coates inflamó al público de entusiasmo cuando interpretó las variaciones del *Enigma*.

Así como Méngelberg había exaltado a Strauss, Coates, con su vehemencia natural y su raro ingenio, interpretó a Élgar.

Dámrosch, Bodansky, Monteux, Stock, Gabrilovitch y otros habían preparado el terreno para estos maestros que nos visitan y han hecho cosas admirables en favor del arte delicioso que llamamos divino. Todos cuantos amamos la música pura de concierto deberíamos marcar con piedra blanca esta temporada.

# EL ARTE DE THÓREAU

POR

NORMAN FÓERSTER

Aunque célebre en los Estados Unidos, Henry David Thóreau no es bien conocido en los países de habla española. Este artículo lo presenta ante nuestros ojos en su faz de artista, como pintor e intérprete de la naturaleza, a cuyo estudio se dedicó con afán y delicia. A la vez que critica sus versos, el autor pone de relieve, con citas ilustrativas interesantísimas, la belleza e intensidad de la prosa de Thóreau "embalsamada de poesía," donde se revela su percepción íntima de los cuadros de la naturaleza, mudos para los indiferentes, y que él interpretaba con vívido colorido transmitiendo su deliciosa impresión a los lectores. Hace notar asimismo el autor, como rasgo primordial del escritor a quien analiza, el culto que rendía Thóreau a la sinceridad literaria, a la par que el fino humorismo con ligero tinte de mordacidad de que están salpicados algunos de sus escritos.—**LA REDACCIÓN.**

AUNQUE observador inveterado y susceptible a las emociones, Thóreau no era seguramente un naturalista, sino más bien . . . ¿qué? ¿Un artista literario? Esta respuesta, que es una de las más comunes, cuenta no sólo con la autoridad de su amigo Chánning, quien afirma que Thóreau consideraba la literatura como su profesión, sino también del mismo Thóreau quien declaró en términos inequívocos: "Mi trabajo es escribir." Debe recordarse, no obstante, que en toda su vida sólo publicó dos libros:[1] *A week on the Cóncord and Mérrimac Rivers* (Una semana en los ríos Cóncord y Mérrimac) y *Walden; or the Life in the Woods* (Walden, o la vida de las selvas); que su impulso creador no era ni vehemente ni firme, pues la mayor parte de su *Journal* es una enumeración de hechos desnudos; y que carecía del anhelo de gloria y del deseo de ser útil a los hombres, a lo menos tal como suelen forjarse estos conceptos los escritores. Si su oficio era escribir, lo fué en el mismo sentido que la agrimensura o la fabricación de lápices: no fué agrimensor ni fabricante de lápices, ni fué tampoco literato.

Como quiera que sea, no fué poeta, pues un hombre difícilmente puede ser poeta sin haber compuesto cierta cantidad de buenos versos, y todos los versos de Thóreau, los más de ellos poco afortunados, apenas alcanzarían para formar un volumen ordinario. El hecho de que los escribiera no puede achacarse, en todo caso, a sus facultades artísticas, puesto que vivió en una época de renacimiento, en que se desdeñaba la llaneza de la prosa y se prefería las formas solemnes; en una época en que, como alguien ha dicho, no era posible arrojar una piedra en las calles de Boston sin herir a un poeta. Así versificó Thóreau; y en sus trabajos en prosa abundan intercalados fragmentos de poesías, muchos de los cuales producen la singular impresión de servir no para arrebatar al lector en alas de una inspiración repentina, sino para detenerlo consternado ante un verdadero peñasco glacial de Nueva Inglaterra, inerte e informe. Apenas se observa en él ese instinto propio de los poetas líricos de romper a cantar ante cualquiera instigación de la naturaleza. Aunque nos dice repetidas veces que se siente inspirado, también nos dice que su inspiración se desvanece antes de que acierte a versificarla: la mejor poesía, según asegura, jamás se expresa; aserción que no carece de verdad, y que, por desdicha, resultó cierta en su propio caso. Dotado de delicadeza de percepción para el mundo concreto, sensible a la belleza y viviendo interiormente una vida de poeta, absorbióse de tal modo en comprender y asimilarse sus visiones que cuando llegó la hora de cantar encontróse mudo.[2] . . . . . . . . . . . .

[1]El autor se refiere a los libros publicados en vida de Thóreau, quien nació en Cóncord, el 12 de julio de 1817, y murió en la misma ciudad el 6 de mayo de 1862. Además de las obras mencionadas, que vieron la luz pública en 1849 y 1854 respectivamente, se publicaron más tarde, como obras póstumas: *Excursions in Field and Forest* (Excursiones por los campos y el bosque), 1863, con un prólogo de Émerson; *The Maine Woods* (Las selvas de Maine), 1864; *Cape Cod*, 1865; *Letters to Various Persons* (Cartas a varias personas), con preámbulo de Émerson, 1865; y *A Yankee in Canada*, etc. (Un yanqui en el Canadá), 1866.—LA REDACCIÓN.

[2]En el original inglés cita el autor, en apoyo de su opinión, varios pasajes poéticos de Thóreau. Siendo

. . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . Si Thóreau hubiera vivido en la Inglaterra de Isabel, habría podido ser un creador de rimas sublimes. Como Whitman, aunque por razones distintas, fué un gran poeta *in posse*.

Su sentimiento poético encuéntrase, sin embargo, dignamente embalsamado en su prosa. Como lo observa él mismo, los momentos de inspiración no se pierden porque no cuajen en versos: la impresión perdura, y a la hora oportuna exprésase en una forma igualmente genuina, aunque menos ardiente. Cuando el tiempo ha destacado la verdad esencial de tales estados extáticos,

> en momentos más serenos, podemos utilizarlos como pintura, para dorar y engalanar nuestra prosa. . . . Son como un frasco de éter puro. Dan al escritor, cuando llega el instante, cierta superabundancia opulenta, gracias a la cual su expresión rebosa y fluye.

Sin esta superabundancia opulenta la prosa de Thóreau habría perdido la mayor parte de su fuerza y su hermosura. Si no es un gran poeta, Thóreau es un insigne prosador.

## II

LA PRIMERA y la última impresión producida por la prosa de Thóreau es su resuelta y sincera verdad. Es imagen fiel de su idiosincracia, espejo de la sinceridad de su carácter. "Preferiría sentarme sobre una calabaza que fuera toda para mí sólo, que no verme apretado contra otros sobre un cojín de terciopelo." ¿Quién sino Thóreau habría podido escribir esto? Hablando del arte de escribir, Thóreau se inclina a esta máxima, universalmente aplicable, de los transcendentalistas: "Sé fiel a tu propio genio;" y para él ése era el precepto fundamental.

> La única regla formal de la composición—y si yo fuera profesor de retórica insistiría en ella—es decir la verdad; esto es, decirla en primero, en segundo y en tercer lugar: con la boca llena o no de guijas.

Instintivamente, y no sin cierta acritud, desconfiaba de "las *bellas letras* y de las *bellas artes* y de sus *maestros*, sin los cuales podemos pasarnos." Decía sencillamente, como Bonaparte: "Hablad claro, que lo demás vendrá de por sí;" con la mente fija en la verdad, y no en sus adornos. No buscaba expresiones, sino pensamientos que expresar; y ni aun esto le satisfacía, porque lo mejor, dice en alguna parte, es "que el tema me solicite a mí y no yo al tema." Él va únicamente a divulgar, a obedecer, a servir de agente, de instrumento de expresión, "libre y sin sujeción a reglas, como el balido del cordero:" expresión bastante verdadera de su manera de ser, si se tiene en cuenta que era un cordero con algo de lobo, criado en una tradición altamente civilizada. Su originalidad en esta materia no se encuentra, sin embargo, en su teoría del estilo, propia asimismo de toda la escuela romántica, sino en su práctica perseverante, no igualada jamás. El cardenal Newman, a pesar de su admirable exposición del doble aspecto del estilo y del consorcio entre el pensamiento y las palabras, y de su declaración de que su propósito era expresar la verdad prescindiendo de la retórica, mostrábase bastante enamorado de la elocuencia romana. Asimismo, tomando un ejemplo en la Roma de Thóreau, el joven Émerson, que gustaba de las frases sonoras y de los nobles períodos, jamás se libertó por completo en sus últimos años de las seducciones de la belleza de la forma. El ideal del estilo era para Émerson, según dice Mr. Brownell, la elocuencia; podemos añadir en contraste que el de Thóreau era la verdad. Tan rigurosamente ajustóse Thóreau a su ideal, que reclama que cada sentencia sea "el resultado de una larga prueba," expresando así en palabras lo que ya había expresado en hechos. Y este ideal lo aplica no sólo a la composición, sino también a la lectura. "Lo que comienzo leyendo debo terminarlo ejecutando," dice. En un buen libro buscaba, antes que todo, el aguijón, y complacíase en sentir su picadura, semejante a los puritanos de la antigua Cóncord, que exageraban sus pecados y los castigaban con torva alegría. Tal vez la idiosincracia del estilo de la prosa de Thóreau se debe más a su puritanismo que a su romanticismo; más a la voz de la conciencia que al "balido del cordero."

---

imposible conservar rigurosa y exacta fidelidad en la significación, metro y música, en una versión poética, resultaría ocioso verter aquí aquellos pasajes, que, ya traducidos, perderían de todos modos su valor demostrativo.—LA REDACCIÓN.

El encanto de la prosa de Thóreau consiste, pues, en su completa sinceridad; y esa prosa sólo pueden gustarla en toda su belleza los lectores a quienes su personalidad parezca simpática. Con todo, posee cualidades definidas que le granjean la aprobación de cualquier lector avisado. Sus sentencias están llenas de vida. Viviendo a su modo una vida intensa, atento de continuo a lo que acaecía en su ser interior, no hubiera podido escribir una página desprovista de vida, como las insípidas disquisiciones de los periodistas ordinarios. Un escritor sin experiencia cabal usa, como él dice, "palabras torpes, secas o sin vida, palabras tales como *humanitario* que tienen la cola paralítica." Su propia dicción es fresca y como húmeda de rocío: es una dicción matinal. Tiene la enorme ventaja de ser extraordinariamente concreto, como podía esperarse de un escritor cuyas percepciones estaban tan bien disciplinadas, y que aborrecía la metafísica. Usaba con gusto, casi con abandono, todo su caudal de palabras e imágenes concretas, propias del tema elegido, tratando de compenetrar por medio de la simpatía su espíritu o esencia, como en la perfecta descripción del grotesco y violento descenso de la chotacabras.

> La chotacabras describía círculos en las brillantes tardes (pues mi fantasía así las imaginaba) semejando una mota en el ojo, o mejor dicho, en el ojo del firmamento, precipitándose de vez en cuando hacia abajo con ruido tal como si los cielos se rompieran, rasgándose en harapos y jirones: y, sin embargo, la cúpula celeste permanecía inconsútil.

Ese leve giro, "el ojo del firmamento," con la inesperada desviación de la imagen, es típico de su ímpetu contenido. O considérese el siguiente ejemplo de expresión, con su imagen del bejín, sacada directamente de la naturaleza, su fraseología adecuada y su satírico desenfado:

> En los días de gala la ciudad disparaba sus grandes cañones, cuyo eco repercutía con estampidos de cerbatanas en estos bosques; y algunas ráfagas de músicas marciales llegaban de vez en cuando, hasta nosotros. Para mí, que me encontraba en mi plantío de habichuelas, situado en el extremo opuesto de la población, los cañonazos semejaban el ruido de los hongos bejines al estallar; y cuando había en la población fiestas o ejercicios militares de que yo no tenía noticia, sentía a veces, durante todo el día, la impresión de que el horizonte padecía alguna dolencia o escozor, como si alguna erupción estuviera a punto de brotar por aquel lado.

Las figuras de dicción abundan en estos pasajes, como en todos sus escritos; lo concreto de su estilo es, en gran parte, metafórico. Su conocimiento de la naturaleza refléjase en sus imágenes y símiles como en aquella comparación perfecta de los cañones con el hongo bejín; o en la del llanto de los héroes de Ossián con la transpiración de las piedras en el ardor de la canícula; o en su comparación del hombre de talento con una estéril flor estamínea, y del poeta con una flor fecunda y perfecta; o en aquella gráfica comparación, citada por Chánning, de las ramas de la encina de Darby con un relámpago gris estereotipado en el cielo.

Su amor por la paradoja, su afición a los equívocos, en los cuales rivaliza con sus poetas favoritos de la edad de oro de la literatura inglesa, y las sorpresas que por dondequiera aparecen en su estilo, contribuyen a delatar su firme anhelo de exaltarse él mismo y de exaltar a sus lectores a la naturaleza íntima de su tema, sea la chotacabras, o la inauguración del puente rústico echado sobre el río, o el sentido del tiempo y del espacio. A toda costa desea producir una impresión profunda. Nunca, o casi nunca, es lánguido; mantiene su estilo con firmeza, como en esta frase, que por sí sola ilustra claramente su significado:

> Una sentencia debe parecer como si el autor, manejando un arado en vez de una pluma, hubiera abierto un surco hondo y recto hasta el fin.

Aquí el énfasis recae, de una manera precisa y distinta, donde debe recaer; como ocurre, para aducir otro ejemplo, en este pasaje:

> Cuando sopla el viento, la fina nieve cae filtrándose como una nube de oro, al través de los claros del follaje.

Esta concisión logra también un efecto penetrante. Hablando de De Quíncey, observa Thóreau que un buen estilo debe tener cierta fuerza en reserva, que debe ser "concentrado y fuerte." Su propio estilo, especialmente en los pasajes críticos o satíricos, es denso y fecundo, lleno de acre fragancia, como una bellota:

No te resignes a ser un simple superintendente de pobres: trata de convertirte en uno de los poderosos de la tierra.

El tiempo es la corriente en que yo pesco.

Se necesita un hombre para hacer silencioso un aposento.

El hombre tiene razón para apesadumbrarse cuando ve que puede realizar casi todo cuanto concibe.

¿Cómo esperar una cosecha de ideas cuando no hemos hecho una siembra de carácter?

No se diluyó, ni en su vida ni en sus escritos. Todo debe ser deliberado y concentrado.

El escritor debe escribir sus sentencias tan cuidadosa y sosegadamente como el tirador maneja su rifle, disparando, sentado y con apoyo y, además con miras de última invención y balas cónicas.

Y como estilista Thóreau tiene algo de tirador: sus frases estallan ahora cerca, más tarde suenan como disparadas en lugar distante y retumban solemnemente, como si la naturaleza se hubiera apoderado de ellas y les hubiera comunicado una significación nueva.

Tal poder es precioso en la sátira y en el género jocoso. Estaba dotado de humorismo, esa "indispensable prenda de salud;" pero era más característico su ingenio espontáneo y benévolo, con cierto asomo de mordacidad. Dice Chánning:

Había cierta jovialidad oculta en todo lo que escribía, un ingenio satírico, muchas veces deliberado. Acostumbraba reír cordialmente siempre que era oportuno; lo cual observé muchas veces, durante el tiempo que tuve ocasión de tratarlo. . . . Nadie como él para coger un chiste al vuelo; y a menudo contestaba con sorprendente prontitud.

Testimonios de esto se encuentran por todas partes, aun en su modesto *Journal*, como cuando nos habla de una reunión entusiasta y bulliciosa, donde se resignó a que lo presentaran a dos jóvenes, una de las cuales "era tan inquieta y locuaz como un paro: estaba acostumbrada a la sociedad de las playas de moda, y por lo tanto no podía sacar nada de un hombre tan seco como yo;" mientras la otra, a quien se consideraba linda, no podía hacerse oír, "tal era la baraúnda;" y concluye prudentemente que las reuniones de sociedad son máquinas destinadas a crear vínculos matrimoniales; y prefiere comer galleta y queso en los bosques silenciosos, con el viejo Jóseph Hólmer. O véase la siguiente reacción contra das *ewig Weibliche:*

Cuando uno se encuentra sentado cómodamente en una reunión pública, es poco varonil apoyarse en la punta de los pies, en actitud de *qui vive*, estirando involuntariamente el pescuezo, como si la fuerza de gravedad hubiera cesado de existir, cuando se aproxima una señora, con aires de diosa, presumiendo que hará aparecer por milagro una silla, allí donde no existe ninguna.

O finalmente esto, de índole más suave, acerca del método puritano de pagar a los clérigos:

"En 1662, el municipio convino en que una parte de cada ballena que varara en la costa quedaría destinada a sostener a los ministros." Sin duda parecía haber cierta lógica en dejar a la Providencia el cuidado de sostener a sus ministros, pues que son sus servidores, y es ella la única que manda en las tempestades; y cuando las ballenas arrojadas a la playa fueran pocas, bien podían suponer que las ofrendas de su culto no habían sido gratas. Al sobrevenir una tormenta, probablemente los ministros se sentaban en un peñasco, a atisbar la costa, llenos de ansiedad.

Gran parte del encanto de las mejores páginas de Thóreau reside en esta socarronería, en este ingenio satírico, siempre pronto a chisporrotear. Desprovisto de ellos, hubiera resultado un agrio e intolerable crítico social, aunque todavía entonces hubiera podido escribir de un modo agradable acerca de la naturaleza: probabilidad no muy remota, pues sabemos que en sus últimos años tachó de sus ensayos todos los pasajes humorísticos, diciendo: "No puedo soportar el regocijo que produzco." Hablaba como Éndicott en Merry Mount.

## III

COMO Cárlyle y Ruskin y otros escritores típicos de su siglo, Thóreau evidentemente descolló en la parte expresiva del arte. Pero, ¿qué decir de la forma? Su sentido de la forma se ha comparado con el de Émerson. (Para decirlo de una vez, Émerson no tenía ninguno). Es cierto que ambos transcendentalistas tuvieron una misma debilidad: la de preparar sus ensayos por idéntico procedimiento, exprimiéndolos, por decirlo así, de sus diarios cuajados

de pedrerías. Hay, sin embargo, cierta diferencia. Las sentencias y párrafos de Thóreau tienen más coherencia que los de Émerson: generalmente producen una impresión de continuidad, aun cuando carezcan de realidad, mientras que Émerson con frecuencia tiene claridad, pero no lo parece. Thóreau escribe en el Parnaso y Émerson en Delfos. Thóreau, si bien menos noble, es más luminoso, no sólo porque sus asuntos son distintos, sino también porque su modo de pensar es más concreto. Aunque desprovisto del verdadero valor de la arquitectura en las letras, le agradaban la simetría, las hermosas entalladuras, la belleza de la forma, la "elegancia," como él la llamaba: la cualidad vivificadora que es sencillamente el florecer de una naturaleza sana y sabiamente culta: una naturaleza humana. Mucho de este amor por la naturaleza debió adquirirlo en su estudio formal de las literaturas griega y latina. "El motivo," dice—"porque algunos versos latinos me agradan más que todas las poesías inglesas, —es, sencillamente, por la elegancia y concisión del lenguaje." Así, su sentimiento de la belleza no es distinto del de la escuela de Pope y del doctor Johnson, aunque al decir esto debe recordarse que él ignoraba el siglo dieciocho y difería mucho de Johnson cuando éste consideraba a *Lycidas* como el más hermoso ejemplo, quizá, de verdadera elegancia en inglés. En sus propias obras se propuso realizar este ideal de elegancia, en parte por medio de la revisión, pues siendo un escritor fácil acudía constantemente al uso de la lima; y en parte asumiendo en su carácter algo del decoro clásico. Creía que la belleza es la excelencia definitiva: y que el primer examen de un buen escritor debe poner de manifiesto su sentido común, el segundo su estricta verdad, y el tercero su belleza.

Estaba bien dotado para descubrir la belleza en el mundo exterior. Volviendo a la naturaleza después de su estudio de los clásicos de la antigüedad, percibió con redoblada fuerza la significación del tercer elemento de "esa trinidad celeste:" Verdad Bondad, Belleza, en la hermosura de las líneas, de las luces y de las sombras y del color. A pesar de su provinciana ignorancia de las artes plásticas—ignorancia que rivalizaba con la de Émerson—logró adquirir en cierto grado el punto de vista de las artes plásticas, aleccionando sus ojos en el paisaje. Una y otra vez aparece en sus escritos el escenario natural, trazado con sentido artístico del dibujo, y despliega un sentimiento cabal para las proporciones, la repetición, el énfasis y la armonía, enteramente aparte de su concepto sobre la significación espiritual que se encuentra, expresa o tácita, en la belleza exterior. Podía disfrutar de la belleza como tal. Atestigua su interés de profano por los principios estéticos, su lectura cuidadosa de la obra de Wílliam Gilpin sobre el paisaje, y de *Modern Painters* (Pintores modernos) de Ruskin. Cuando vivía en el campo tenía la costumbre de inclinar la cabeza a un lado de vez en cuando, y aun de inclinarse lo suficiente para invertir por completo el cuadro, a fin de reconfortarse con la belleza ideal que brindaba el paisaje, así desligado de sus ordinarias asociaciones. Es digno de notarse que cuando los leñadores van a profanar las arboledas de pinos de Walden, no se estremece, sino que observa con calma: "Ahora se abren nuevas e imprevistas perspectivas;" y mientras las perspectivas aparecen, disfruta tranquilamente del cuadro que se le ofrece: "Una linda vista de bosques; bueyes cachazudos e inmóviles sobre el hielo, buenos para un cuadro: un trozo de vida estacionaria." Uno de los leñadores "se me apareció a cosa de media milla de distancia, como en un cuadro cuyo marco lo formaban los troncos de dos árboles." Después de una extensa descripción de este cuadro, observa que ciertas escenas tienen notable carácter pictórico; que no necesitan ni composición ni idealización, sino que son cuadros ya listos para que el lápiz los perpetúe.

Constantemente andaba a caza de tales cuadros, preparándose para poder reconocerlos, mientras otros pasaban ante ellos indiferentes. Era un artista, tanto como un naturalista. Mientras residió en la ciudad aprovechó a diario la oportunidad de contemplar la puesta del sol, esa obra maestra de la naturaleza que se repite cotidianamente y que nunca es igual. "Cada día pinta un cuadro nuevo, le pone marco y lo expone durante media hora, a las luces que elige el gran Artista; y luego lo retira." Por todas partes buscaba nuevos "efectos"

forjados por ese Artista, maestro *improvvisatore* en el conjunto cambiante de la naturaleza. Nunca se hartaba de contemplar los campos familiares, los bosques, lagunas y colinas de Cóncord, variados sin repetición, gracias a los distintos puntos de vista y a los caprichos siempre únicos del tiempo: tan activo era en sus investigaciones estéticas como en su curiosidad científica por nombres, fechas y temperaturas. Hoy contemplaba a Walden, distante e imponente entre las nieblas; mañana estremecíase ante "la clara y fría luz, peculiar de noviembre," que brilla en las ramas sedosas y se refleja vívidamente sobre "el río plateado." Detiénese en Stráwberry Hill a la caída de una nebulosa tarde de septiembre. "Annúrsnack nunca parece tan hermoso como cuando se le contempla desde esta colina. El éter envuelve todo el paisaje en dulzura de terciopelo, en la cual flotan las colinas. Un velo azul está tendido sobre la tierra." De este modo, día tras día y año tras año, estudió los paisajes de Cóncord.

Fruto de todo ese estudio es el encanto inimitable, la destreza familiar de todas sus descripciones de la naturaleza, ora se trate de una simple hoja, ora del conjunto de una vasta perspectiva. Esa preparación apasionada, que le fué útil como observador de los hechos naturales, ayudólo también como observador de las bellezas naturales, dotándolo de un alto grado de verdad en anbas esferas. ¿Qué escritor de nuestro tiempo ha percibido tan sutilmente y ha expresado su percepción con tan delicada exactitud? Al lado de Thóreau, Ruskin parece teatral, melodramático, extasiado en sus propias facultades, y ocupado en imprimir a la naturaleza el sello de su expansiva personalidad: el dominio de Thóreau sobre sí mismo fortalece su conocimiento íntimo del mundo y lo capacita para penetrar más adentro en el corazón de la naturaleza, como en su propio corazón. Su mágico realismo le ha granjeado muchos lectores que se sienten indiferentes o exasperados ante la acrimonia personal de Thóreau y ante sus sátiras paradójicas contra la sociedad humana. ¿Quién que haya leído el *Walden* puede olvidar aquellos gloriosos pinos blancos de *Baker Farm?*

> A veces vago entre los pinares que se yerguen como templos, o como flotas empavesadas en el mar, como ramas ondulantes y llenas de una luz tan suave, opaca y verde, que los druidas habrían abandonado sus encinas para ir a adorar a sus dioses en estos pinos.

Difícilmente podría decirse más en una frase. O véase esta reproducción del canto del mirlo de alas bermejas, cuyos gorjeos cristalinos resuenan en los prados al comenzar la primavera:

> Los acordes del mirlo que se desparraman esta noche, desde el sauce, sobre el agua, son líquidos, suaves, cristalinos, análogos al murmurio de una fuente, en perfecta armonía con la pradera. Fluyen y caen de su garganta, resuenan y trinan: *bo-bai-li-i-i*, y luego terminan en un silbido fino y agudo.

O véase esta exquisita descripción de las hojas del árbol conocido con el nombre de encina roja:

> Detenéos bajo este árbol y mirad cuán hermosamente se recortan sus hojas sobre el cielo, como si fueran sólo unas cuantas puntas agudas que se extendieran desde la vena central del pecíolo de las hojas. Parecen cruces dobles, triples o cuádruples. Son mucho más ligeras que las menos festoneadas hojas de encina. Tienen tan poca *terra firma* hojosa que parecen diluirse en la luz y apenas estorban la vista. . . . Elévanse cada vez más alto, sublimándose, apartándose de lo terreno, adquiriendo mayor intimidad con la luz todos los años, hasta que al cabo contienen la menor cantidad posible de substancia terrenal, y alcanzan la mayor extensión y amplitud de sello etéreo. Danzan de brazo con la luz, saltando en fantásticos giros, pareja digna de esta sala aérea. Encuéntranse tan íntimamente mezcladas con la luz que, con su tenuidad y sus lustrosas superficies, a duras penas podría decirse al cabo: ¿Dónde está la hoja y dónde está la luz en la danza? Y cuando no sopla el céfiro son como una rica randa en las ventanas del bosque.

O bien la hermosura de las manzanas de Cóncord:

> . . . ¡Inefablemente hermosas manzanas no de la discordia, sino de Cóncord! Pintadas por las escarchas, algunas de un amarillo claro, uniforme y brillante, o rojas o carmesíes, como si sus esferas hubieran girado con regularidad y recibido la caricia del sol por todos lados igualmente; algunas con el más desvaído color de rosa que cabe imaginar; otras abigarradas con obscuras listas rojizas, como una vaca, o con

centenares de hermosos rayos de color de sangre, dispuestos regularmente desde el hoyo del tallo hasta el extremo de la flor, como las líneas de los meridianos, en un fondo de color pajizo; otras manchadas aquí y allá de herrumbre verdosa, análoga a un liquen tenue, con manchas y ojos más o menos confluentes y chispeantes cuanto húmedos; y otras torcidas, pecosas, todas rociadas del lado del tallo con finos lunares carmesíes en fondo blanco, como si aquel que pinta las hojas de otoño las hubiera salpicado por accidente con su pincel. Otras son bermejas del lado de adentro, teñidas de un hermoso rojo: ¡precioso alimento, sobrado hermoso para comerlo; manzana del huerto de las Hespérides, manzana del cielo vespertino!



# Franklin Simon & Co.

Fifth Avenue, 37th and 38th Sts., Nueva York

*LA GRACIA RÍTMICA DEL FLECO Y EL ENCANTO SUTIL DEL RASO EN*



## TRAJES DE BOUDOIR

*Para Damas y Señoritas*

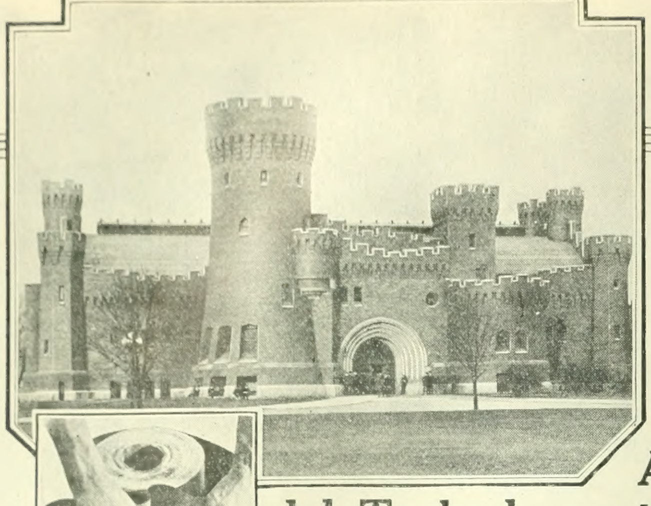
**29.50**

TRAJES de Boudoir de crespón meteoro adornados con flecos; en negro, orquídea, azul de Francia, turquesa, gris, o coral.

*Tamaños del 34 al 44*

Nuestros intérpretes están perfectamente familiarizados con los gustos y las necesidades de las damas de habla española y prestarán atención especial a todos los pedidos, los cuales serán embarcados prontamente. Se invita cordialmente a las personas que vengan a Nueva York a que visiten nuestro establecimiento, donde serán recibidas por intérpretes y compradores expertos.

FRANKLIN SIMON & CO. NO TIENE SUCURSALES



Techado de Amianto Johns-Manville

# Aun el Material del Techado está hecho de Roca

PARA resistencia y protección este edificio fué construído de roca sólida. Fué cubierto con Techado de Amianto de Johns-Manville porque éste, también, está hecho de las fibras de roca de Amianto.

Siendo todo mineral, el Techado de Amianto de Johns-Manville, no puede quemarse, ni pudrirse ni disgregarse. Es absolutamente a prueba del tiempo y debe durar tanto como el edificio que cubre.

Para cada tipo de edificio—desde la cabaña al palacio—hay un Techado de Amianto de Johns-Manville.

Escríbanos preguntándonos qué material para techados es mejor para el edificio que Ud. desee cubrir.

La correspondencia puede ser en español, portugués, francés, italiano o inglés.

**JOHNS-MANVILLE**
Incorporated

**Departamento Extranjero: Madison Ave. and 41st St., Nueva York, EE. UU. A.**

***REPRESENTANTES ESPECIALES***

REPÚBLICA ARGENTINA
Messrs. Ramallo Knudsen & Co.
Florida, 32
Buenos Aires

HABANA, CUBA
Johns-Manville Co., de Cuba
Obrapia 19

BRASIL
P. S. Nicolson & Co.
Rua Visconde de Itaborahy 8
Rio de Janeiro

PUERTO RICO
Sánchez, Morales & Co.,
San Juan

CHILE
D. N. Banks
Casilla 118 D, Santiago

PANAMÁ
Robert Wilcox
Panamá y Colón

MANILA, I. F.
Koster Company, Masonic Temple Bldg., P. O. Box 541



Johns-Manville
*Productos de*
**Amianto**
*y sus Aliados*

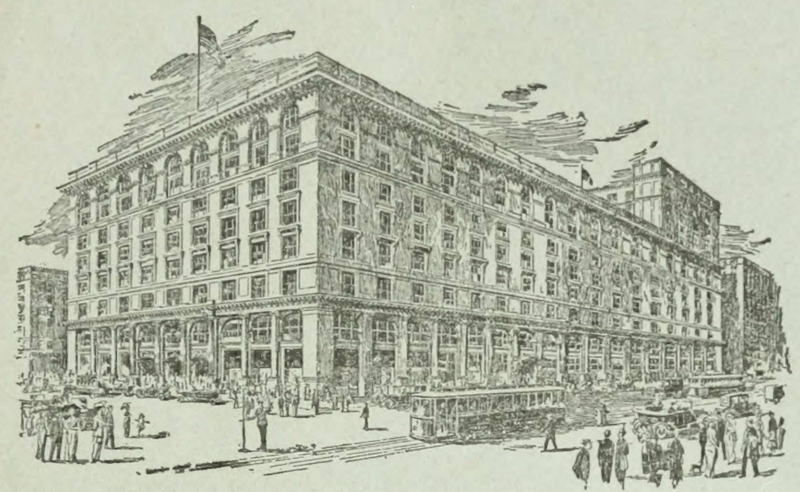
AISLADORES
*para mantener el calor en su lugar apropiado*
CEMENTOS
*para impermeabilizar las paredes de hornos*
TECHADOS
*para disminuir los riesgos de incendios*
EMPAQUETADURAS
*para impedir pérdidas de fuerza*
FORROS PARA FRENOS
*para rendirlos seguros*
PRODUCTOS PARA PREVENIR INCENDIOS

# JOHNS-MANVILLE
## Techados de Amianto

# B. Altman & Co.

QUINTA AVENIDA - AVENIDA MÁDISON

CALLE TREINTA Y CUATRO—CALLE TREINTA Y CINCO, CIUDAD DE NUEVA YORK, E. U. A.



EDIFICIO PROPIO QUE OCUPA UNA MANZANA ENTERA

## INFORMES INTERESANTÍSIMOS CONCERNIENTES A LOS GRANDES ALMACENES DE B. ALTMAN & CO.

ES uno de los mayores y mejor montados edificios mercantiles del mundo entero.
Ocupa una manzana entera en el corazón de la ciudad, y el conjunto total de la superficie de los diferentes pisos es casi cien mil metros cuadrados o diez hectáreas.
En cada uno de sus cuatro frentes tiene una espaciosa entrada, y existen veinticuatro vidrieras de exposición cada una del tamaño de un cuarto regular.

La instalación de fuerza eléctrica, con una capacidad dinámica de 2400 kilowatts, produce toda la electricidad necesaria para alumbrar el edificio entero, y suministra la fuerza motriz para los ascensores, las máquinas de coser, las máquinas de imprenta, los tubos neumáticos, el servicio continuo de cadena sin fin para el transporte de mercancía, y para el estupendo sistema de ventilación y refrigeración del edificio. 6000 metros cúbicos de aire filtrado, purificado y humedecido, son distribuídos cada minuto por los ventiladores abastecedores de aire fresco, en cuanto que los ventiladores de escape, que expulsan el aire viciado, tienen igual capacidad.

Treinta y nueve ascensores están en uso continuo en el establecimiento, de los cuales veintidós son reservados para el uso exclusivo de la clientela y los restantes diecisiete para los empleados y el servicio de la casa.

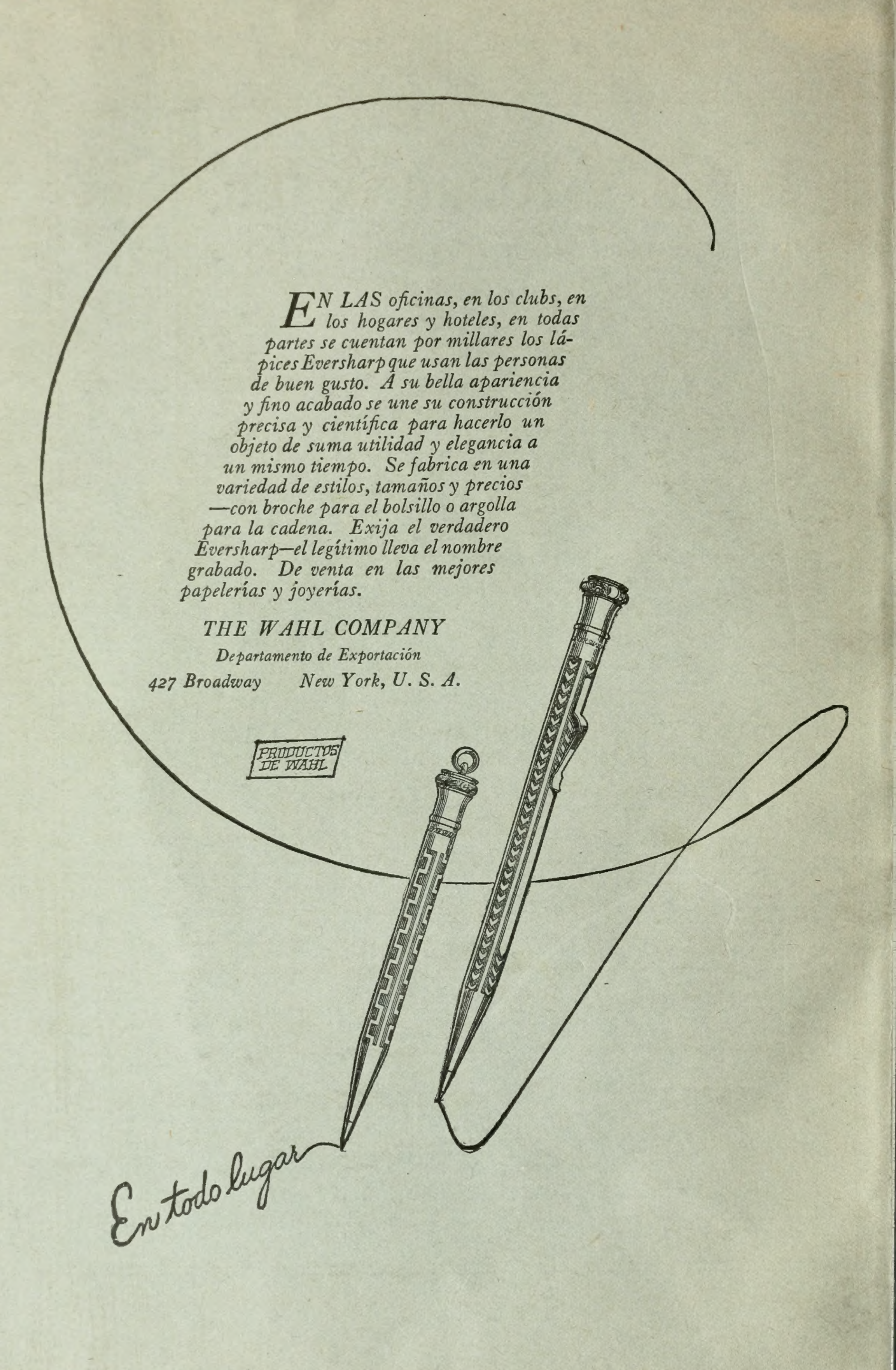
Lindas y lujosas salas de descanso contribuyen esencialmente a la comodidad de las señoras que visitan el establecimiento.

Cuatro mil personas son empleadas en el establecimiento durante cada día de trabajo.
Se mantienen salas de recreo y de descanso, una sala de fumar, un solarium y una biblioteca para el uso exclusivo de los empleados, como también un gran restaurant, espléndidamente montado y equipado, y hay además un departamento médico y un hospital de emergencia, perfectamente organizados.

Otros puntos de interés son: la escuela Professional Práctica para los empleados jóvenes y la Asociación de Beneficencia Mutua.

**Los Almacenes de B. ALTMAN & Co. son hoy lo que eran en el tiempo de su venerado fundador, el difunto Benjamín Altman, es decir, un establecimiento de la más alta categoría en telas, lencería y ramos relacionados. Especialidad se hace de todo cuanto sea de superior calidad y de última novedad en atavíos de señoras, señoritas y niñas; en canastillas para niños de tierna edad; en ropa y artículos para caballeros, jóvenes y niños. Hay siempre un extenso surtido, cuidadosamente escogido, de telas para la confección de ropa, incluyendo sedas y terciopelos; encajes, blondas y pasamanería; guantes, medias, calzado y todos los accesorios para vestirse bien.**

**Se envían muestras de géneros de toda clase a quien lo solicite, así como también cotizaciones e ilustraciones relacionadas con cualquier prenda del actual tocado del día. A los que visitan la ciudad de Nueva York se les mostrará el establecimiento acompañados de un intérprete de habla castellana. A solicitud se mandan catálogos.**


EN LAS oficinas, en los clubs, en los hogares y hoteles, en todas partes se cuentan por millares los lápices Eversharp que usan las personas de buen gusto. A su bella apariencia y fino acabado se une su construcción precisa y científica para hacerlo un objeto de suma utilidad y elegancia a un mismo tiempo. Se fabrica en una variedad de estilos, tamaños y precios —con broche para el bolsillo o argolla para la cadena. Exija el verdadero Eversharp—el legítimo lleva el nombre grabado. De venta en las mejores papelerías y joyerías.
THE WAHL COMPANY
Departamento de Exportación
427 Broadway New York, U. S. A.
PRODUCTOS DE WAHL
En todo lugar